La tentación del corazón de jade

TESORO MÁGICO 1



MARIAN ARPA

Selecta

La tentación del corazón de jade

BILOGÍA

Tesoro mágico 1

Marian Arpa

Selecta

Me encanta dedicar esta novela a la persona que es como mi «Hada Madrina», la que me anima a poner por escrito todas las locuras que se me pasan por la cabeza.

Ella es Lola Gude. Esta va por ti, guapísima.

Prólogo

Era pleno mes de julio y en Nueva Orleans hacía un calor de mil demonios. Michael estaba en la parte de atrás de la casa de su abuela, acababa de bañarse en una pequeña piscina que había en el centro del jardín y fue hacia la mesa de madera donde la mujer había dejado una jarra de limonada con hielo. Se tomó un vaso y se tumbó en una hamaca que colgaba entre dos árboles.

—¿Cómo está mi nieto favorito?

El muchacho estalló en carcajadas; a sus doce años se lo pasaba muy bien en compañía de aquella mujer que lo mimaba como cuando era pequeño.

—¡Soy tu único nieto!

—No me hacen falta más. Vales por una docena —dijo con su sonrisa picarona.

—Abuela, léeme la mano.

—No —negó con la cabeza además de con palabras.

—¿Por qué no? He visto en la tienda que lo haces.

Los ojos azules de la mujer se entrecerraron.

—¿Y si veo algo malo?

Michael se la quedó mirando unos segundos.

—No verás nada malo, yo seré grande y fuerte como papá. Me ligaré a una chica tan guapa como mamá y tendremos...

—¿Qué ibas a decir? —preguntó Kristen con su voz suave y melodiosa.

A él se le pusieron las mejillas coloradas.

—Iba a decir varios hijos.

Ella soltó una carcajada entendedora.

—¿Te hubiese gustado tener hermanos?

—Sí, a veces veo a mis amigos jugando con los suyos... o peleándose. Me haría ilusión, pero ahora ya es demasiado tarde, voy a empezar en el instituto, ya no sería lo mismo.

La confianza entre ambos era absoluta. Michael le contaba a su abuela cosas de las que nunca hablaría con sus padres.

—Yo también tuve un hijo solo, y muchas veces me he preguntado si Bob hubiese querido

tener hermanos, supongo que sí, al igual que tú.

Michael vio que la sonrisa de su abuela se volvía nostálgica, y eso no le gustaba.

—Venga, no te hagas de rogar y léeme la mano. Así sabré si mi chica será muy guapa.

El chico estaba equivocado, por supuesto, pero Kristen no se lo dijo. Le cogió la mano y empezó a reseguir con el índice las líneas de la palma de Michael.

—¡Me haces cosquillas!

—Sh.

La mujer pareció concentrarse, y él la observaba con los ojos oscuros muy abiertos. «¡Cuando les diga a mis amigos que me han leído la mano no se lo van a creer!», pensó con regocijo.

Kristen siempre se había negado a leer las manos de los seres que quería por miedo a lo que podía ver. Tenía la intención de decirle a su nieto lo que quería escuchar, pero algo le llamó la atención y se concentró todo lo que pudo. Resultaba que el muchacho, en la línea de la vida, tenía como un paréntesis, como si se terminara y volviera a comenzar más tarde, ¿qué quería decir aquello?

Observando y recorriéndola con la punta de su índice, vio que tenía como una línea paralela. Nunca había visto algo igual. ¿Significaba que iba a convertirse en otra persona? ¿Por poco tiempo? ¿Luego volvería a ser el de antes?

Capítulo 1

Michael Smith estaba escuchando al notario mientras leía el testamento de su abuela, Kristen. Había fallecido a los noventa años, una noche se acostó y no volvió a levantarse. La mujer había tenido una vida plena: se casó muy joven con Thomas y tuvo un único hijo, Robert, el padre de Michael. Por lo que él sabía la felicidad había reinado durante toda su existencia, siempre tenía una sonrisa para todo el mundo, fuesen sus seres queridos o sus clientes. Había disfrutado hasta el último día de todo y de todos los que se había rodeado. Su cabeza estuvo lúcida hasta el final, echaba las cartas y leía las manos en el local de los bajos de su casa, donde poseía una tienda de antigüedades.

Hacía años que había contratado a Darleen para que la ayudara en el negocio y esta se encargaba de la tienda mientras Kristen disfrutaba charlando con los compradores, explicándoles la historia de los objetos que tenían a la venta.

Michael, a sus treinta años, ejercía de policía en la ciudad que lo vio nacer: Nueva Orleans, donde había vivido junto a su familia. Robert Smith, su padre, era policía, y su hijo había seguido sus pasos; en esos momentos hacía trabajos de oficina. Su madre, Savannah, trabajaba en una joyería en el centro de la ciudad.

Él se había independizado a los veinticinco años y poseía un piso en el centro de la ciudad. No obstante, el vínculo que lo unía a sus progenitores era muy fuerte, se reunían siempre que el trabajo se lo permitía, y con ellos la abuela Kristen, que había enviudado cuando Michael era aún un chaval. Eso hizo que los lazos entre nieto y abuela se afirmaran a tal punto que en el testamento le había dejado todas sus pertenencias a él.

A sus padres, que se sentaban a su lado, se los veía satisfechos por la decisión de la anciana. Savannah, que estaba en la silla junto a él, lo cogió de la mano y le dio un suave apretón; sabía que la muerte de la abuela lo había afectado mucho.

Al terminar de firmar los papeles conforme aceptaba la herencia, salieron todos de la oficina del notario; Michael llevaba bajo el brazo una carpeta con todos los documentos que le había dado la secretaria.

—¿Qué voy a hacer yo con la casa de la abuela? —dijo con sus ojos oscuros apesadumbrados.

—No tienes que decidirlo ahora —aconsejó Robert, a quien todos llamaban Bob.

—Deja pasar un tiempo —añadió su madre—, más adelante lo verás todo más claro, cariño. Sabemos lo que querías a la abuela, el tiempo mitigará el dolor que sientes.

Él asintió con la cabeza.

Padre e hijo volvieron a la comisaría y Savannah se fue a casa, ese día no iría a trabajar.

Cuando Michael, por la madrugada, terminó su turno y subió a su jeep Wrangler, vio la carpeta con los documentos y pensó en los maravillosos años que habían vivido juntos, de lo bien que se había sentido en su compañía. Incluso en los últimos tiempos, que a la mujer le pesaban, nunca la había abandonado su buen humor, sus bromas, sus risas, y había disfrutado de las horas que pasaba en la tienda en compañía de Darleen.

Él no creía en los poderes que su abuela había afirmado poseer, aunque muchas personas sí, y siempre había alguien que quería saber su futuro. Recordaba que en la adolescencia, él mismo le había preguntado qué sería cuando fuera mayor, a lo que la mujer le había dicho que un hombre muy guapo.

—¿Eso es lo que les dices a esa gente? —le había preguntado, inocente.

—Solo digo lo que quieren escuchar, y por lo que me dicen acierto muy a menudo. —Entonces soltaba una de sus carcajadas cariñosas.

***

Tumbado en su cama pensaba en su abuela, en la herencia y en Darleen. La casa le traía muy buenos recuerdos, estaba situada en la rue de Chartres, detrás del convento de las Ursulinas, muy cerca del río Mississippi. Con el paso de los años, su abuela había ido adquiriendo sus tesoros, como ella llamaba a sus posesiones, que adornaban toda la propiedad. Eran aquellos de los que no quería desprenderse en la tienda. Sonrió al pensar en lo que se iba a encontrar cuando se decidiera a ir a la casa. Sabía que varias de sus amistades le habían dicho que podía convertir el lugar en un museo, a lo que la anciana se negaba.

Se durmió y soñó con ella...

Estaban los dos en las marismas del río y a lo lejos veían un antiguo barco anclado sin bandera.

—¿Ese es un barco pirata? —preguntaba él al ver aquel balandro de madera.

—Sí, en él viaja el capitán Smith, es tu antepasado.

Michael la miraba con sorpresa en los ojos y la veía muy joven. Ella se reía y el sonido lo transportó a cuando era niño, a los momentos que ella le contaba historias de piratas cerca de Nueva Orleans, de cómo se hacían con los licores que vendían de contrabando.

De repente volvía a ser un niño.

—Ahí a lo lejos puedes ver la isla de Bretón, allí tienen su mansión y almacenes donde guardan sus botines antes de cambiarlos por oro.

—Me gustaría ser pirata, tiene que ser emocionante.

—Tienes que crecer un poco antes de subirte a uno de esos barcos. Todos ellos son unos filibusteros que no dudarían en rajarte la garganta si no obedeces.

—Aprenderé a defenderme —se mofaba él.

De repente los dos vieron un esquife que se acercaba a la costa.

—Vamos a escondernos antes de que nos vean.

—¡¿Por qué?! —exclamó él.

Ella no le contestaba, lo agarraba del brazo y lo llevaba tras unos árboles. Se ponía un dedo sobre los labios en señal de que se mantuviera callado.

—Más nos vale que no nos vean, no todos ellos son amistosos —susurraba.

—El capitán Smith nos defenderá.

—Él debe estar en tierra, cuando se entere de que nos han apresado puede ser demasiado tarde.

El niño obedecía a regañadientes. Desde su escondite veían a seis hombres vestidos con pantalones ajustados oscuros, con botas hasta las rodillas y camisas anchas de colores apagados. Se reían los unos de los otros y mostraban unos dientes picados. Sus tricornios no ocultaban sus melenas enredadas y sucias.

Al verlos alejarse, Michael dijo:

—¿Dónde van?

—A la ciudad, a seguir emborrachándose y en busca de mujeres.

Él cogía un palo del suelo y lo blandía en forma de espada, luchando con un enemigo invisible.

—Seré el más valiente bucanero, algún día tendré mi propio barco, mi tripulación.

—Primero crece. —El pequeño se miró para replicar y vio consternado que vestía unos pantalones cortos, tenía las rodillas despellejadas y unas botas que habían conocido tiempos mejores.

Michael despertó en medio de la noche con una sonrisa en los labios, su abuela se colaba en sus sueños incluso después de muerta y le hacía vivir aventuras.

Capítulo 2

New Orleans History era la tienda de antigüedades de Rebecca Travers, estaba situada en la rue Saint Pierre, una calle llena de casas de distintos colores, de uno o dos pisos, que llamaban la atención a todos los turistas que cada año pasaban por allí, además de tener una clientela fija que acudía al establecimiento buscando los mejores objetos antiguos.

Rebecca era propietaria de una casa de dos pisos color burdeos con las contraventanas de un blanco roto que llamaba la atención. En el bajo, tenía la tienda; y, detrás, un gran almacén donde restauraba algunos objetos y almacenaba otros.

Kathy, su sobrina, estudiaba Historia del Arte, y a sus veintidós años estaba a punto de terminar la universidad. Cada verano y vacaciones la ayudaba en la tienda, y Rebecca admiraba sus conocimientos, que habían llegado a ser mejores que los suyos. Estaba entusiasmada, muy pronto su sobrina se uniría a ella en el negocio. Al no tener hijos ya le había propuesto convertirse en socias.

—¿Estás segura, Rebecca? —Siempre había insistido en que la joven la llamara por su nombre de pila, si le decía «tía» le sonaba como si fuera muy mayor y era muy coqueta para consentirlo; a pesar de ser hermana de su madre, las separaban diecisiete años. ¡No era tan mayor!

—Claro que sí, con mi experiencia y tu sabiduría seremos las mejores.

Kathy se rio.

Cuando se lo contó a sus padres, Phil y Mariah, estos se mostraron muy contentos, los años que había empleado Kathy en sus estudios le serían beneficiosos. Esa noche lo celebraron en compañía de Rebecca.

Sin apenas darse cuenta, el curso terminó y su pequeña se había convertido en una licenciada en Historia del Arte.

Kathy se tomó unas vacaciones con sus amigas Ashley, Meg, Christal y Zoe. Estuvieron dos semanas en Nueva York. Era su manera de celebrar su graduación, cada una en lo suyo, sabiendo que a partir de entonces no podrían verse cada día como en los últimos cuatro años.

Esos días les supieron a poco, no se cansaban de pasear y ver tiendas en la ciudad de los rascacielos. Visitaron Staten Island, Queens, Manhattan, Brooklyn y el Bronx; sin dejar de subir

a la Estatua de la Libertad y al Empire State. Pasearon por Central Park; e incluso Kathy y Meg fueron a correr por el parque en más de una ocasión en la que, al salir de noche, las demás se quedaron durmiendo más de la cuenta. ¡Aquello era una maravilla!

—Algún año tenemos que venir a celebrar la Nochevieja a Times Square —animaba Christal a las demás durante el vuelo de vuelta a casa.

—Sí —gritaron todas al unísono.

El resto del pasaje se las quedó mirando con una sonrisa en los labios al escuchar la algarabía que formaban las chicas.

***

Kathy estaba en el almacén puliendo una mecedora cuando Rebecca la llamó al móvil.

—¿Puedes venir un momento?

—Voy.

Se comunicaban de ese modo para no dejar la tienda desatendida. Se secó las manos en un trapo y se dirigió a la tienda. Llevaba un peto de trabajo de pantalones cortos y una camiseta de tirantes debajo. Se miró y vio que no era adecuado para estar frente al público: tenía manchas de barniz y pintura, pero no tenía tiempo de cambiarse; si Rebecca la había llamado era por alguna urgencia.

Cuando se asomó a la tienda se sorprendió, solo había un cliente ante su tía, parecía que se conocían, su manera de comunicarse y sonreírse así lo indicaba. Mientras se acercaba a ellos, le dio un buen repaso a aquel hombre que de espaldas podía pasar por un modelo de pasarela: era muy alto, con unas piernas larguísimas enfundadas en unos vaqueros, una camisa blanca que marcaba su espalda y brazos musculosos, su pelo castaño lo llevaba muy corto. Igual cuando le viera la cara resultaba ser un adefesio, pero así...

—Aquí estás, Kathy —dijo Rebecca con una ancha sonrisa—. Quería presentarte a Michael Smith.

El hombre se dio la vuelta, y en su rostro se le dibujó una sonrisa de infarto, mostrando unos dientes perfectos y unos labios muy besuqueables. Kathy le devolvió el gesto y alargó el brazo para estrecharle la mano.

—Es un placer, Kathy, tu tía me ha hablado mucho de ti. —La voz profunda de ese hombre, junto al tacto de aquella mano que la tomó con firmeza, le hizo sentir un estremecimiento.

Ella miró a Rebecca, ¿de qué habrían estado cotilleando esos dos?

—No vayas a pensar cosas raras —dijo su tía al captar su mirada—. Michael tiene una tienda de antigüedades también.

—¡Es nuestra competencia! —exclamó ella con una risita.

Él se la quedó mirando con una chispa de diversión en sus ojos oscuros rodeados de espesas pestañas.

Entonces ella recordó lo que había pensado cuando lo vio de espaldas; definitivamente, podía muy bien ser modelo, era un tipo guapísimo.

—No, no es competencia, su tienda está bastante lejos de aquí. Si ha venido es porque necesita a alguien que... —Al ver las miradas de Michael y de Kathy, que habían quedado enganchadas, los tentó—. ¿Por qué no os vais a tomar un café y él mismo te lo cuenta?

Eso los sacó a los dos de su arrobamiento.

—Por mí, encantado.

Kathy se miró las ropas que llevaba, sabía que nadie se escandalizaría; total, la cafetería estaba frente a la tienda y había ido muchas veces con vestimentas similares.

—Vamos pues, la mecedora que estaba barnizando puede esperar. —Con una sonrisa en los labios, ella lo precedió hacia la entrada.

Michael se había fijado en la mirada de ella a su atuendo, pensó que era una mujer coqueta y le gustó. Además, se temía que aunque se pusiera un saco de arpillera encima estaría igual de bonita. Esos ojos verdes turquesa rodeados de pestañas morenas como su mata de pelo, que llevaba atado en una cola; esa naricita respingona y esa boca ancha, de fácil sonrisa, del color de las cerezas le encantaron; junto a su cuerpo menudo con las curvas justas, era una tentación.

La siguió y cruzaron la calle para internarse en el local donde el aroma los recibió. Ella fue a sentarse en una mesa, y él lo hizo enfrente. Pidieron dos cafés.

—Bueno, ¿qué es eso que tienes que contarme? —Directa al grano, como a él le gustaba. Vio que cruzaba las piernas y apoyaba los codos en la mesa.

—Hace unos meses heredé una propiedad de mi abuela.

Ella dio por hecho que la mujer había fallecido.

—Oh, vaya, lo siento.

—Gracias, estábamos muy unidos. —Se calló un momento, pensando que aquella mujer se podía reír si le decía que aún no había sido capaz de ir a la casa que había sido como un hogar para él—. Sé que te va a parecer raro... o tal vez no. —Parecía que se pensara muy bien las palabras antes de decirlas y Kathy supuso que le costaba hablar del tema, no iba a atosigarlo—. Verás, no sé nada de antigüedades, Darleen es la dependienta de la tienda y no sabe mucho más que yo, siempre era la abuela la que tasaba lo que compraba y vendía.

Kathy lo miraba a los ojos esperando que dijera lo que quería de ella.

—¿Estás tratando de decirme que quieres que nos asociemos?

—No, la tienda tiene sus proveedores, sigue funcionando muy bien. En los últimos meses, Darleen ha hecho un buen trabajo.

El camarero les trajo su comanda, y ambos aspiraron el aroma con fruición; cuando se dieron cuenta de que habían hecho lo mismo, rieron.

—Veo que a los dos nos gusta el buen café.

—Sí.

—Rebecca me ha dicho que te has licenciado en Historia del Arte y en Antigüedades.

—Cierto.

—Igual es una tontería, pero mi abuela siempre me dijo que en su casa tenía verdaderos tesoros. Incluso sé que le propusieron más de una vez que la convirtiera en un museo.

—Interesante. ¿Es eso lo que pretendes hacer?

—No lo sé. Ya te he dicho que a mí sería muy fácil engañarme en esas cuestiones. Puedo tener delante un objeto de valor y no saberlo, son sus cosas y siempre han estado ahí. Igual te digo que los tesoros de una mujer de noventa años pueden ser cuatro baratijas.

—A ver si estoy entendiendo lo que quieres pedirme. —Ella se daba cuenta de que le era difícil hablar del tema—. ¿Me equivoco si pienso que quieres que les eche un vistazo a las posesiones de tu abuela?

—Eso es lo que quiero, sé que hay muchas personas que lo harían encantados, pero no me fío de ellas. Si lo que poseía no tiene ningún valor no me importa, solo por el hecho de que ella lo conservó, lo quiso y lo cuidó ya me vale. No pretendo deshacerme de sus cosas. Quiero saber si tengo que poner medidas de seguridad en la casa, hace meses que nadie vive allí; de momento no tengo intenciones de trasladarme, yo tengo mi piso en el centro.

Kathy veía en ese hombre a una persona sensible, seguro que muy familiar y amoroso con quienes quería. Tanto que pretendía conservar las posesiones de su abuela, aunque fueran simples baratijas.

Le sonrió.

—Desde luego que te voy a ayudar. Cuando tú quieras podemos ir y echar un vistazo a esos tesoros.

—Me quitas un gran peso de encima. Por supuesto, te voy a pagar por hacer ese trabajo.

Ella lo miró, no sabía si sentirse ofendida. No había pensado en cobrar por eso.

Michael vio que esos bellos ojos verdes lo contemplaban asombrados y algo más que no supo identificar.

—Eso ya lo veremos.

—Insisto, no pretendo que pierdas tu tiempo a la ligera.

—¿De qué conoces a Rebecca? —El cambio de tema lo cogió por sorpresa.

—Aunque te parezca mentira la he conocido hoy. —Kathy lo miró extrañada—. Ella y mi abuela eran buenas amigas, siempre me decía que podía confiar en ella. Por lo visto hacían negocios juntas.

—Nunca me ha hablado de ella, claro que hace poco que estoy aquí a tiempo completo, antes solo venía cuando estaba de vacaciones.

—Pues antes de que vinieras del almacén, me ha contado algunas anécdotas de ellas dos, nos hemos reído mucho. Mi abuela era un personaje.

Michael miró su reloj de pulsera.

—Ahora tengo que irme, entro a trabajar; si me das tu número de teléfono te llamo.

Ella se lo recitó y él le hizo una llamada perdida.

—Así tú también tienes el mío.

—¿En qué trabajas? —preguntó Kathy, ese hombre tenía un horario raro.

—Soy agente de policía.

—Quiero pensar que eres bueno —dijo ella con una sonrisa.

Él vio que le tomaba el pelo. Le guiñó un ojo al levantarse.

—Donde pongo el ojo pongo la bala. —Kathy se carcajeó—. Te llamaré.

Con esas palabras dejó un billete sobre la barra, para pagar los cafés, y le echó un último vistazo antes de salir del local.

***

Cuando Kathy volvió a la tienda, Rebecca la esperaba.

—¿Qué tal con Michael?

—Hablas de él como si lo conocieras de toda la vida.

—No lo conocía en persona, su abuela me hablaba mucho de él, era su único nieto y el niño de sus ojos. No me extraña que le haya dejado en herencia todas sus propiedades.

Ella se apoyó en el mostrador.

—Cuenta, cuenta. —Ahí estaba su lado cotilla.

—Kristen era una mujer que muchos tachaban de loca, pero no tenía ni un pelo de tonta.

—¿Loca?

—En la trastienda se dedicaba a leer las manos y a echar las cartas. Era muy especial, inteligente y sabía calar a las personas. Me dio mucha pena cuando murió, en el funeral no faltaba nadie, todos estábamos trastornados. Era de aquellas personas que se ganaba el cariño de todo el mundo, a pesar de que dijeran que le faltaban algunos tornillos. A veces se dedicaba a contar historias que decía que eran de sus antepasados; nadie la creía, por supuesto, tenía mucha imaginación. Afirmaba tener a un célebre pirata en su árbol genealógico.

Kathy rio y entendió el cariño que su nieto tenía por aquella mujer. Por lo visto, y por la mirada de Rebecca, supo que había sido una buena influencia para todos sus conocidos y seres queridos.

—Me hubiese gustado conocerla.

—Tal vez puedas llegar a saber algo más de ella.

—¿Cómo?

—Por lo que me ha dicho Michael, iba a pedirte que le echaras un vistazo a sus cosas. Por las pertenencias de una persona puedes llegar a conocerla.

—Sí —dijo Kathy—. Quiere saber si lo que atesoraba su abuela tiene algún valor económico o no. Si tiene que preocuparse por sufrir algún robo. Me ha dado la impresión de que, aunque lo que guardaba sean simples baratijas, pondrá seguridad de todas maneras en la casa, para él tiene un valor sentimental.

—Me gusta este hombre —asintió Rebecca pensativa—. No he conocido a ninguno que hablara de su abuela con tanto cariño.

—Me ha dicho que hacíais negocios juntas.

Rebecca sonrió con nostalgia.

—Sí, era una verdadera experta en el arte del regateo. Muchas veces me llamaba cuando sabía que había llegado algún barco con mercancías interesantes, ella a su edad ya no conducía, la pasaba a recoger y nos íbamos a los muelles, créeme, era implacable. Si decía que no soltaba ni un dólar más por los objetos, no lo hacía; y cuando volvíamos me confesaba que tenían más valor del que habíamos pagado. Era tremenda.

Kathy rio ante lo que le contaba su tía.

Capítulo 3

Era viernes y Kathy había quedado en salir con sus amigas. Al irse de la tienda se fue a su casa para ducharse y arreglarse. Mariah, su madre, se había sentado sobre la tapa del inodoro mientras ella se secaba el pelo.

—Hija, ahora apenas nos vemos, pasas mucho tiempo en la tienda. ¿No estarás trabajando demasiado?

—Me gusta, mamá.

—Entonces, ¿te va bien con tu tía?

Kathy rio.

—Me va estupendamente.

—Tenía miedo de que al ser familia...

Ella miró a su madre a través del espejo.

—Puedes dejar de preocuparte, tu hermana me trata muy bien.

—Me alegro mucho, hija. ¿Qué planes tenéis para hoy?

Se arrimó a su madre y le dio un beso en la mejilla, al tiempo que le decía:

—Mamá, ya no tengo quince años. —Le guiñó un ojo—. Te lo contaré de todas formas. Saldremos a cenar con las chicas y después nos tomaremos una copa por ahí. Desde el viaje que no nos hemos juntado.

Mariah asentía con la cabeza.

—Vi a la madre de Christal y me dijo que le iba muy bien, pero que llegaba a casa hecha polvo.

Kathy rio.

—No me extraña, cuando hablamos siempre me dice que aún no ha encontrado el botón para desconectar a los niños. Parece que nunca se les acaban las pilas.

—Es lo que tiene trabajar con pequeños.

Las dos intercambiaron una sonrisa.

—Las demás —hizo un movimiento con la mano— también están muy ocupadas. A Ashley la cargan con todos los casos más aburridos y que nadie en el bufete quiere. Zoe está muy contenta

con su trabajo en la clínica, ya lo estaba cuando hacía las prácticas.

—¿Y Meg?

—Está entusiasmada, de momento está en el laboratorio de Criminalística, cuando la dejen salir a la calle... Está deseando hacerlo.

—¿Cómo puede ser que le guste un trabajo así? —murmuró Mariah al tiempo que era recorrida por un escalofrío.

—Mamá, creo que has visto muchas series en la tele.

—Hija, la realidad muchas veces supera la ficción.

Kathy se rio de su madre.

—Ya veremos; si no me equivoco, ella está deseando que eso ocurra.

Al terminar de maquillarse fueron las dos a la habitación de Kathy, donde la última se vistió. Se puso un vestido corto con tirantes, el calor apretaba a pesar de que estaban en primavera. El color verde esmeralda hacía resaltar el de sus ojos.

—Te queda precioso —dijo Mariah cuando ella se miró en el espejo de cuerpo entero.

Ella cogió un pequeño bolso.

—No me esperes despierta, mamá.

Kathy le dio un beso en la mejilla y salió de la casa.

***

Cuando Kathy llegó al restaurante Royale, en la calle con el mismo nombre, sus amigas la estaban esperando en la barra, tomándose un aperitivo.

—¡Ya era hora!, Doña ocupada. —Se cachondeó Ashley.

—Mi madre me ha hecho un tercer grado —contestó mirando a la abogada.

—¿Y eso? ¿Qué le has hecho ahora? —Quiso saber Christal, que era la que siempre abogaba por la razón de las madres. Todas suponían que se debía a su trabajo con los niños.

—¿Por qué tendría que haberle hecho algo? —se defendió Kathy—. Lo que pasa es que hacía días que no me pillaba y ha aprovechado mientras me arreglaba.

—Una estrategia que espero que no comparta con mi madre. —Meg rio al decirlo.

Ella pidió una cerveza al camarero y empezaron a contarse las novedades desde que habían empezado en sus nuevos trabajos. La charla siguió en la mesa donde estaban comiendo unos mariscos en salsa con arroz blanco muy especiado.

—El otro día quería morirme —dijo Christal, todas la miraron—. Tengo en mi clase a dos críos que se quieren tanto que uno le dio un mordisco al otro y le dejó la marca de sus dientes en la mejilla.

—Vaya manera de quererse, lo que pasa es que se deben odiar. —Ashley habló con convencimiento.

—No, siempre están juntos, juegan entre ellos y hasta duermen la siesta uno al lado del otro.

Cuando lo reñí por haber mordido a la niña, se puso a llorar y me dijo que no quería hacerle daño, que la quería mucho.

Todas la miraban con la boca abierta.

—¡Vaya niño más precoz! —exclamó Ashley, lo que hizo que las demás soltaran una carcajada.

—Hablando de niños... —Ante aquellas palabras todas se giraron hacia Kathy—. He conocido a un tipo que está para mojar pan.

Sus amigas silbaron sonrientes.

—¿Dónde? ¿En la tienda? —Quiso saber Meg, que desde que lo dejó con su antiguo novio hacía medio año por las continuas disputas por sus horarios, no había vuelto a estar con nadie—. Me tendré que pasar a verte por allí.

Kathy rio.

—Cuenta, cuenta —la animó Christal.

—Lo volveré a ver —dijo presumida.

—No nos tengas en ascuas, habla. —Se impacientaba Zoe. Era la única de ellas que tenía una pareja formal, Steve. Hacía dos años que se habían trasladado a vivir juntos en un pequeño apartamento.

—Se le murió su abuela hace unos meses y quiere que revise sus pertenencias, ella le hablaba de «sus tesoros».

—*Wow!* —exclamó Ashley.

—Él no cree en ningún tesoro, pero quiere asegurarse.

—¿Y te fue a buscar a ti?

—Por lo visto la buena mujer era amiga de Rebecca, y le había hablado de ella. Vino a pedirle ayuda, y me lo pasó a mí.

—¿Crees que Rebecca está haciendo de casamentera? —dijo Meg mirando a las demás.

—No, en todo caso se lo habría quedado para ella. —Se rio Kathy.

—¡No será para tanto! —se burlaron Meg y Zoe a la vez.

—No lo habéis visto. Está cañón, es alto como una torre, tiene unos ojos oscuros y unas pestañas tupidas que cuando te mira...

—Vamos, que te derretiste. —Se cachondeó Christal.

—Sí, su voz profunda y esa boca... harían pecar a una monja.

Aquellas palabras hicieron que las chicas se carcajearan a gusto, varios comensales se giraron y vieron al grupo de jóvenes divirtiéndose.

***

Al salir del Royale, fueron paseando hacia la rue de Bourbon a tomarse unas copas. La calle estaba muy concurrida, la mayoría con ganas de pasarlo bien. La música salía de todos los

locales de ocio nocturno dejando oír una cacofonía de canciones. Ellas andaban entre el gentío sonriendo por la gran algarabía que las rodeaba.

—Niñas, los pies me están matando —anunció Kathy, que se había puesto unos zapatos altísimos.

Las demás rieron al mirarse los propios y ver que todas lucían bailarinas planas.

—Toma ejemplo de nosotras —aconsejó Meg.

—Si lo hago me queda la nariz a la altura de todos los sobacos que nos rodean.

Las carcajadas se les escaparon sin poder retenerlas.

—Tienes razón, con el calor que hace... mejor ponte tacones.

Entraron en un local, y pidieron unos combinados; sentadas en una mesa en la pequeña terraza interior adornada con farolillos de colores, veían el continuo ir y venir de gente. Se había levantado una ligera brisa muy agradable que llevaba hasta ellas el bullicio de la calle.

De repente oyeron las sirenas de la policía, ¿qué habría pasado? Todo ocurrió tan rápido que apenas tuvieron tiempo de asustarse. Un hombre corría hacia la terraza, salió y, cuando iba a pasar por su lado, Meg, que se había entrenado por su trabajo, se giró, estiró la pierna y le puso el pie, con lo que el tipo cayó llevándose a Kathy consigo al suelo.

Al momento, dos policías de paisano estaban esposándolo y librando a Kathy del peso de ese fulano.

—¿Está usted bien, señorita? —preguntó el agente sin mirarla. Ella estaba aturdida, se había dado un golpe en la cabeza al caer de espaldas con ese hombre encima—. Travis, una ambulancia —ordenó a su compañero.

—Ya está en camino.

Las chicas vieron cómo hablaban por un intercomunicador, salieron de su estupor y rodearon a Kathy.

—Cariño, ¿cómo estás? —preguntó Meg, que le palpó la cabeza y sus dedos salieron manchados de sangre—. Te está saliendo un buen chichón.

—Ayúdame a levantarme.

—Mejor que no, te has dado un buen golpe, espera un poco —aconsejó su amiga.

—Me siento ridícula. —Se removió para ponerse en pie.

En ese momento, en su campo de visión apareció Michael, que se encaró con Meg.

—Tienes buenos reflejos.

—Va con mi trabajo. Soy criminalista —contestó ella admirando a ese hombre que le podría achicharrar las bragas con una mirada.

—Nos has ahorrado tener que buscar por todos los patios traseros de esta manzana, gracias. ¿Cómo está tu amiga?

—Tiene una brecha en la cabeza.

Kathy quería que el suelo se abriera bajo su cuerpo y la tragara. Él bajó la mirada y la reconoció.

—¡Kathy! —Se inclinó sobre ella, vio que estaba pálida—. Tranquila, enseguida llegan los sanitarios. —Le puso una mano en el hombro cuando ella trató de levantarse—. Quieta. —Su voz profunda no admitía replica.

Todas la miraban con una pregunta silenciosa en la boca. Sin embargo, ella se negó a decir nada, apretó los labios dándoles a entender que no hablaría.

Cuando oyeron las sirenas de la ambulancia, él la cogió en brazos y la sacó del local, los sanitarios la atendieron allí mismo, le limpiaron la herida y le pusieron un gran apósito.

—Un poco exagerado, ¿no? —dijo Kathy cuando se tocó y notó lo grande que era—. Ni que me hubiese hecho el cráter de un volcán.

Michael, que se había quedado allí, fuera de la ambulancia, la oyó y sonrió.

—Kathy, si te duele tómate un paracetamol, si te mareas o no puedes dormir ve al hospital —le aconsejó el sanitario que la había curado.

Cuando salió por su propio pie de la ambulancia, sus amigas y Michael estaban allí. Él se había presentado como el agente Smith, y ellas lo interrogaban sobre lo que había hecho el hombre al que habían detenido ante sus ojos. Al verla, todas se interesaron en ella.

—Se nos ha terminado la juerga, ¿verdad? —dijo Meg, con una sonrisa en los labios—. ¿Cómo te sientes?

—Chicas, seguid sin mí, me voy a casa.

—¿Duele? —preguntó Michael.

—No, me han dado una píldora, pero me siento como si me hubiese atropellado un camión.

Él le sonrió de esa forma tan seductora.

—Te llevaré a casa.

Al ver cómo la miraba, ellas fruncieron el ceño.

—No hace falta. La alcanzaremos nosotras —replicó Christal.

—¿Tenéis el coche aquí cerca? —preguntó él.

—Cuando salimos de juerga vamos a pie.

—Entonces la llevaré yo, ¿queréis que os acerque a alguna parte?

Todas se miraron entre sí. Kathy captó las miradas de desconfianza.

—Tranquilas, la noche es joven. Divertíos, mañana os llamaré para que me deis un poco de envidia. —Ashley la miró entrecerrando los ojos—. Lo conozco —dijo en un susurro, acercándose al oído de su amiga—. Es el cañón.

Los ojos de Ashley brillaron divertidos.

—De acuerdo, mañana hablamos. —Las otras la miraron sin poder creerse lo que había dicho.

Michael la cogió en volandas y a grandes zancadas la llevó hacia el coche que tenía en un callejón cercano.

Al ver que se paraba al lado de un jeep Wrangler gris oscuro y que lo abría con el mando, habló:

—No hacía falta que me tratases como a una inválida, tengo dos piernas para caminar.

—Lo sé, pero con el gentío que llena las calles...

Ella se había dado cuenta de que al llevarla en brazos todos se apartaban de su camino, no supo si por eso o por su mirada intimidatoria.

Michael la sentó en el asiento del copiloto, le abrochó el cinturón de seguridad y se ubicó tras el volante.

—¿Dónde te llevo?

—Rue Saint Louis.

Él arrancó el coche y se metió por estrechas callejuelas para evitar las aglomeraciones que llenaban el centro las noches de los viernes.

—¿Qué había hecho ese hombre para que lo persiguierais?

—Nos han llegado varias denuncias de robos de carteras y teléfonos. Suelen aprovechar las aglomeraciones y actúan en grupo. Espero que mi compañero ya le haya sacado el nombre de sus cómplices. —Michael no apartaba la mirada del frente y ella observaba su perfecto perfil. ¡Era guapo de narices!

Paró delante de la casa ocre con las ventanas amarillas que ella le señalaba.

—Ya sabes, si te mareas o te sientes mal ve al hospital.

—Estoy bien, ha sido el susto más que nada.

—Y el volcán que te ha dejado el trompazo —dijo él parafraseándola a ella con una sonrisa.

Ella le devolvió el gesto.

—Gracias por traerme.

—No hay de qué.

Michael bajó del coche para acompañarla hasta la puerta, quería estar seguro de que no se mareara. Caminó a su lado y ella sacó la llave de su pequeño bolso.

—No hacía falta que me acompañaras hasta la puerta; si los vecinos te ven, mañana lo sabrán hasta las ratas. —Kathy sonrió.

—Prefiero que se enteren a que te caigas por dejarte en medio de la calle.

—Bien, gracias de nuevo.

Ella abrió la puerta y se despidió de él; una vez en el interior, se sentó en la escalera y se sacó los tacones. Así descalza se fue a su habitación, mientras se desnudaba y se desmaquillaba veía el gran apósito que llevaba en la cabeza.

«Me lo tendré que sacar antes de bajar a desayunar mañana», pensó. Si su madre lo veía le cogería un patatús.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Mariah entró en la habitación de su hija, ella estaba sentada en la cama sopesando los lugares del cuerpo que no le dolían. Se sentía magullada.

—¡Por Dios! ¡¿Qué te ha pasado?! —exclamó su madre con los ojos saliéndole de las órbitas y apresurándose a ubicarse a su lado.

—Mamá, tranquila, no pasa nada.

—Nena, no trates de engañarme.

—No lo hago, ayúdame a quitármelo, no puedo ir a la tienda así.

Mariah la miró entrecerrando los ojos.

—Primero cuéntame lo que pasó —dijo la mujer mientras empezaba a ayudarla a retirarse el vendaje y el apósito que le pusieron los sanitarios—. Vamos a ver qué tienes ahí debajo.

Con manos diestras, le sacó todo de la cabeza y vio el chichón y la carne abierta.

—Fue un pequeño accidente, un tipo al que perseguía la policía nos pasó por al lado y Meg lo hizo caer, con la mala fortuna de que lo hizo encima de mí.

—¡Ay, Dios! No, no, hoy no vas a la tienda. Llamaré a Rebecca. No estás en condiciones para ir a trabajar.

Kathy era consciente de que su madre tenía razón, no se sentía con fuerzas de ir.

—Deja que yo la llame.

Mariah asintió con la cabeza.

—Siempre que me prometas que te quedarás en casa.

—Lo haré, mamá, me duele todo el cuerpo. —Aquello alarmó a la mujer.

—Vamos, te llevaré al médico.

—No hace falta, ya me revisaron los sanitarios, es normal que me sienta así. —Kathy le quitó importancia—. Solo necesito descansar.

—Está bien. —Mariah claudicó, con la intención de quedarse en casa con su hija—. Ahora te subo el desayuno, túmbate otra vez.

—Mamá...

—No repliques —dijo la madre señalándola con un dedo.

Ella asintió y Mariah salió de la habitación, lo que aprovechó Kathy para ir al baño y mirarse con un espejo la herida de la cabeza. Se le hizo difícil, con su espesa melena no veía nada, y con el movimiento empezó a cogerle dolor de cabeza. Volvió a la cama, se tumbó y cerró los ojos.

El timbre de su teléfono móvil la despertó, miró la hora, eran las once y media de la mañana; al contestar, Meg estaba al otro lado de la línea.

—¿Cómo se encuentra hoy mi amiga favorita?

—Bien.

Por su voz supo que acababa de despertarse.

—¿No estás trabajando? ¿No te sientes bien? —Se la oía preocupada.

—¿Cómo quieres que esté? Ayer me pasó una apisonadora por encima, así es como estoy.

Meg soltó una risita.

—Te dejo que descanses, ya llamaré por la tarde.

—Vale.

Volvió a cerrar los ojos y se durmió al instante.

Mariah había dejado la puerta de la habitación abierta para controlar a su hija sin molestarla. Un rato más tarde volvió a oír el sonido del móvil, iba a subir para que dejaran de molestar a Kathy, pero esta ya había descolgado.

—¿Sí?

—Oh, vaya, lo siento, te he despertado. —Era Michael, lo adivinó por su voz—. ¿No has ido a trabajar? ¿No te sientes bien?

Al oír la voz de él se espabiló.

—Pregunta tonta, sabes las respuestas a tus preguntas.

—Tienes razón. —Sonrió al ver que ella le hacía una chanza.

Se quedaron en silencio un momento.

—¿Necesitas algo?

—Oh, sí, que dejen de tocar todas las campanas dentro de mi cabeza, ¿puedes acallarlas?

Él soltó una carcajada.

—¿Te has tomado algo?

—No.

—Serás cabezona, te dijeron que si dolía, un paracetamol.

—No me gusta tomarme nada, prefiero dormir y ya se pasará solo.

—¿Tengo que ir a tu casa y meterte la pastilla por el gaznate? —la amenazó él.

—¿Olvidé decirte que vivo con mis padres? —Su voz destilaba diversión.

—No me importa, convenceré a quien me encuentre de que me ayude, y te la vas a tomar.

—Uy, ¡qué miedo me das!

Michael ya tenía las llaves de su coche en la mano, no había dormido mucho, después de salir del trabajo apenas había descansado y la culpa la tenía esa mujer que lo desafiaba. No se la había sacado de la cabeza, en su coche conservaba el olor a su perfume floral, se le coló en la nariz y

parecía que hasta en el cerebro.

A través de la línea escuchó la voz de una mujer.

—Cariño, deberías descansar, pon el móvil en silencio —decía la voz de la que debía ser la madre de Kathy.

—Pásamela —exigió él.

—Ni loca.

—¿Por qué no? —insistió Michael—. Solo voy a decirle que te haga tragar el puñetero paracetamol.

—Ni de coña.

—Muy bien, Kathy la terca ha hablado.

Ella soltó una risita.

Michael iba conduciendo, había puesto el manos libres, tenía la intención de pasar por una floristería y llevarle flores, luego por una farmacia a comprar las pastillas, así, con la excusa, informaría a la madre que se las tenía que tomar. Dio la casualidad de que pasó ante una iglesia y tocaban las campanas, vio que había algún tipo de celebración, supuso que una boda.

—¡Ay, Dios, vuelven a sonar las campanas! —exclamó Kathy—. Cuelgo, descansaré un rato más.

—Perfecto —asintió él con una sonrisa, cortó la llamada, ella no se había dado cuenta de que las campanadas venían del teléfono.

Una hora más tarde, estaba tocando el timbre de la casa de Kathy. Le abrió una mujer que se parecía mucho a Rebecca.

—Soy Michael Smith, usted debe ser la madre de Kathy.

—Sí, soy Mariah Travers.

Le contó que conocía a su hermana y a su hija de la tienda de antigüedades, que era policía y que el día anterior había traído a Kathy a casa.

Mariah se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—No te quedes en la puerta, hace mucho calor, parece que este verano se ha adelantado.

—Sí, si en mediados de mayo hace este calor, no quiero ni pensar en el mes de agosto.

Mariah asintió.

—Kathy está durmiendo —dijo cuando él le entregó las flores.

—No creo, he estado hablando con ella y me ha pedido que silenciara las campanas de la ciudad, que por lo visto tocaban dentro de su cabeza.

La mujer frunció el ceño.

—No me ha dicho nada de eso.

—Le dijeron que se tomara un paracetamol si le dolía, pero me ha dicho que no le gusta tomarse nada. —Puso una mano en el bolsillo y sacó de él una cajita del medicamento—. ¿Ha desayunado?

—Se ha tomado una infusión.

—¿Sería muy atrevido si le pido que prepare un zumo de naranja? —Ella lo miró frunciendo el ceño, pensó que se estaba autoinvitando. Él lo vio en su mirada, sonrió—. No es para mí, es para que se tome la pastilla.

Mariah le sonrió.

—Ahora mismo —dijo. «Sería digno de ver cómo se las apañaba este hombre para hacerle tomar a mi hija esas píldoras», pensó.

Michael se quedó en el salón mirando el acogedor ambiente que lo rodeaba. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con libros y objetos antiguos. Había fotos de Kathy cuando era una niña, otras con sus padres y otras con las chicas que había visto la noche anterior, estas le parecían muy recientes.

—Se fueron a Nueva York al terminar los estudios. —Oyó a sus espaldas—. Por lo que contaron, se lo pasaron de maravilla, quieren volver algún año en Nochevieja, para celebrarlo en Times Square.

Él se giró y vio que la mujer sostenía un vaso de zumo de naranja.

—¿Le molesta que suba a convencerla?

Mariah sonrió.

—Será digno de ver cómo haces para que se lo tome.

Él le devolvió la sonrisa, y ella lo precedió por la escalera que llevaba a las habitaciones. El pasillo del piso de arriba estaba alfombrado y sus pasos no hacían ruido, se pararon ante una puerta abierta y Michael pudo ver que Kathy tenía los ojos cerrados. Llevaba una camiseta rosa con unicornios de colores que debía llegarle a medio muslo, pero al estar echada, la tenía enrollada alrededor de su trasero. Sus piernas bien torneadas y sus pequeños pies con las uñitas pintadas de rojo le dejaron la boca seca.

Las cortinas blancas estaban corridas y la contraventana cerrada, por lo que la luz tenue colmaba de paz la habitación. En un lado vio un armario que ocupaba toda la pared, al lado de la cama una mesita de noche con una lámpara antigua donde estaba el teléfono de Kathy. A sus espaldas, al otro lado había una estantería llena de libros y objetos varios, donde también predominaban las fotos con sus amigas. Los tonos amarillos de las paredes daban calidez y frescura. Había una puerta cerrada frente a la ancha cama que supuso era el baño.

Se giró hacia ella, se inclinó a su lado, le puso una mano en el hombro y la zarandeó con suavidad.

—Kathy, Kathy —susurró.

Ella abrió los ojos, parpadeó un par de veces y cuando enfocó, lo miró enseñando sus pupilas verdes muy grandes.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Trató de levantarse.

—Me has desafiado.

—¡Joder!

Oyeron la risa de Mariah, que llegaba desde la puerta.

—Niña, no seas mal hablada.

Michael se giró y le guiñó un ojo a la mujer.

—¿Aún suenan las campanas? —Él hablaba en voz baja para no causarle molestias—. ¿Duele?

—Si hay silencio, no.

Él sonrió.

—Bébete este zumo y tómate esto. —Tiró de ella para que se incorporara.

—Te he dicho que no iba a tomarme nada.

—Eres más terca que una mula.

Detrás de ellos, Mariah los observaba con los brazos cruzados debajo del pecho y una sonrisa en los labios. No dijo nada, a ver cómo lograba ese hombre que Kathy se tomara las dichosas pastillas.

—Todo el mundo me lo dice, no sé por qué.

—Yo me hago una ligera idea —replicó él—. ¿Te apetece un zumo de naranja?

—Sí, bien fresquito, si puede ser. —Notó que se ponía caprichosa, eso era buena señal.

—Ahora mismo te lo subo.

Mariah lo miró extrañada, ella tenía el vaso en la mano. Michael lo tomó de sus dedos y bajó a la cocina, allí sacó una píldora y con dos cucharas la machacó, la puso en el zumo, lo removió bien y volvió a la habitación.

—Supongo que no te has dormido —dijo al ver que tenía los ojos cerrados. Mariah estaba sentada a los pies de la cama, mirando a su hija, se le notaba que estaba conteniendo una sonrisa —. Venga, cabeza dura, antes de que se caliente, que la señorita lo quiere muy fresquito. —En su voz se notaba que se divertía con la situación.

Kathy abrió los ojos y se incorporó despacio.

—¿Sabes que eres un incordio?

—Lo sé, y si quieres que me vaya tendrás que tomártelo todo todo.

Ella resopló, cogió el vaso y empezó a beber a pequeños sorbos. Mariah se imaginaba lo que había hecho Michael y la miraba divertida. Él se quedó de pie a su lado. Cuando se lo terminó le devolvió el vaso.

—¿Contento?

—No sabes tú cuánto. Ahora te voy a dejar que descanses. Señora, no hace falta que me acompañe, conozco la salida, dejaré el vaso en la cocina y me voy.

—Te acompaño —replicó Mariah. Mientras bajaban las escaleras, preguntó—: Has hecho lo que yo creo, ¿verdad? Cuando era pequeña yo misma lo hacía.

—Si lo que quiere decir es si le he machacado la pastilla dentro del zumo, la respuesta es sí.

—Hombre listo. —A ella se le escapó una risita—. Si lo hubiese sabido ya se lo habría hecho yo en la infusión, pero no me ha dicho nada de que le recomendaron tomar paracetamol.

—Lo imagino. Si no mejora, no dude en llamarme —ofreció Michael cuando llegaron a la

puerta y le tendió una tarjeta. Mariah tomó nota del número y le apuntó el suyo en el reverso.

—Gracias por tu interés. Y tutéame, por favor.

—Será un placer. Adiós, llamaré esta noche a ver qué tal sigue.

Ella asintió con la cabeza.

—Hasta luego, Michael.

Al cerrar la puerta, Mariah fue directa a coger el teléfono, llamó a Rebecca y le preguntó por Michael Smith.

—Es un buen hombre, solo lo he visto una vez, pero percibí que no es ningún descerebrado. ¿Por qué quieres saberlo?

—Ha estado aquí en casa, y te hubieses partido de risa con lo que se han dicho.

—¿Se encuentra mejor Kathy?

—Supongo que no tardará en hacerlo, él le ha dado una píldora y no creo que tarde en dormirse.

—¡¿Que Kathy se ha tomado un medicamento?! —Rebecca sabía de lo contraria que era su sobrina a tomarse nada.

—Ella no sabía que estaba disuelta en el zumo.

Las hermanas rieron.

—Que no se entere; si no, lo va a correr a patadas por toda la calle.

—No creo que eso suceda, tú lo has visto, al primer intento se la cargará al hombro como un saco de patatas.

Rebecca recordó lo que él le había pedido a Kathy, y pensó que sería divertido ver cómo les iban las cosas cuando estuviesen juntos.

Capítulo 5

Kathy se encontraba mucho mejor, y por la tarde recibió la visita de sus amigas. Cuando la vieron sentada con las piernas dobladas sobre la cama, le sonrieron.

—Quiero que me perdones —dijo Meg, que se sentía culpable porque, por haber detenido a ese tipo, ella había terminado lesionada.

—No hay nada que perdonar, digamos que fui un daño colateral. —Su buen humor las hizo reír a todas—. Ya ves que estoy bien, no pasa nada.

—Parece como si te alegrases de haber terminado herida —señaló Ashley—. Ahora cuéntame, ¿qué pasó con el cañón?

—Es como un tábano en el culo de un caballo. ¿Sabéis que ha venido esta mañana, con la excusa de traerme esas flores —señaló un jarrón que su madre había dejado encima de la cómoda —, pero solo quería que me tomara un paracetamol? Insistía en que debía hacerlo.

—Ay, Dios, y tú te lo has sacado de encima como si fuera un apestado. —Zoe se rio al imaginárselo, todas sabían de la aversión de su amiga a tomarse cualquier fármaco.

—Es impermeable a mis excusas, ha logrado que me bebiera un zumo.

—Oh, pobrecita mía —se burló Christal.

—No te cachondees.

—¡Qué flores tan bonitas! No podemos negar que el tío tiene buen gusto. —Alabó Zoe el bonito ramo de flores coloridas.

Ashley movió la mano quitando importancia al asunto. Miró a todas.

—Debemos reconocer que el tío está para mojar pan. Y encima le importas. —Kathy iba a replicar—. No quieras negarlo, ayer te trajo a casa y hoy ha vuelto para ver cómo te iba.

Todos los ojos estaban clavados en ella, y negó lo que era evidente para todas las demás.

—Quizá entra en sus obligaciones laborales.

Meg negaba con la cabeza.

—No. —Movió el dedo índice—. Él no tenía por qué quedarse allí anoche, los sanitarios ya estaban atendiéndote, lo normal hubiese sido que se fuera con su compañero y con el detenido.

—Quizá lo hizo porque conoce a Rebecca.

—¿Y por eso ha vuelto esta mañana?

—¡Qué sé yo cómo funciona la cabeza de ese hombre!

Todas se miraron entre sí y vieron que Kathy iba a negar todas las evidencias. Ella vio sus expresiones y se preguntó el motivo de ese interés.

***

Michael conducía su jeep hacia la comisaría, con la mente en aquella mujer que había dejado su impronta en el interior de su coche. Olía a ella. Había guardado el número de Mariah en su móvil y llamó.

—Hola, ¿cómo sigue la tozuda de tu hija?

Oyó una risita a través de la línea.

—Mucho mejor, ahora está con sus amigas, las oigo reír.

—Eso es buena señal; de todas maneras, con la infusión de antes de dormir machácale una píldora.

—Pensaba hacerlo.

—Bien, me alegro de que esté mejor.

—Gracias, Michael, le diré que has llamado.

—Claro, hasta luego.

Michael y su compañero Travis tuvieron una noche muy movida. El calor que había caído sobre la ciudad hacía que todo el mundo saliera a la calle por las noches, ya que el ambiente se refrescaba. Y los delincuentes aprovechaban para robar entre las multitudes y a entrar en viviendas vacías.

A las nueve de la mañana aún estaba rellenando papeleo sobre los que habían arrestado esa noche. Había mandado a Travis a casa, cansado de oírlo bostezar.

—Tío, ¿qué te pasa?

—Que la pequeña Caroline se ha pasado el día sin dejarme dormir, le están saliendo los dientes y requiere de mimos a todas horas.

—Vete a casa a recuperar algo de sueño. Suerte tienes que mañana es nuestro día festivo.

—Sí, pienso pasarme todo el día durmiendo.

Michael se rio.

Cuando volvió a casa, en el coche su olfato fue asaltado por el aroma de Kathy, esperaba que se encontrara mejor. Llamaría más tarde.

Llegó a su pequeño piso, se puso en la ducha y luego se acostó desnudo. Se quedó dormido en el acto.

A las tres despertó y le llegó olor a comida, sonrió al pensar que su madre había estado en su casa y le habría llenado el frigorífico de comida casera.

Savannah solía cocinar los fines de semana, su trabajo en la joyería no le permitía hacerlo a

diario, y cuando lo hacía le llenaba la nevera de fiambreras, le encantaba. Su estómago rugió y se levantó, se puso unos pantalones cortos y fue en busca de su comida.

Su piso estaba en una vieja construcción en rue du Maine, un edificio de tres alturas, él ocupaba la última. Consistía en un salón-comedor separado de la cocina por una barra americana, una habitación y un baño completo. A través de la cocina se salía a una terraza desde donde podía ver el Mississippi. Le encantaba sentarse allí fuera en las noches que no trabajaba y tomarse cualquier cosa con una cerveza bien fresquita. Había hecho él mismo su rincón *chill out* para relajarse cuando tenía oportunidad. Unas plantas trepadoras le ofrecían frescor y sombra.

En la puerta del frigorífico encontró una nota:

> Te he dejado la comida en el microondas,
> y cervezas en el frigo.
> Que aproveche!!
> Savannah

Sonrió al leer la letra de su madre, cualquiera que la viera diría que él no era capaz de ir al supermercado y comprar lo que le hiciera falta.

Se calentó la cazuela de pescado, que olía de maravilla, y abrió una cerveza mientras ponía la mesa en la terraza. Después de comer ojeó el periódico que había traído esa mañana, mientras se tomaba un café fuerte, tal como le gustaba.

La prensa venía cargada de artículos sensacionalistas y de los sucesos de los que ya estaba enterado; entró en el piso y cogió un libro a medio leer de historias de piratas en Nueva Orleans dos siglos atrás.

El sol apenas había empezado su descenso cuando Kathy le vino a la cabeza, ¿cómo estaría? No lo pensó dos veces y la llamó. Ella lo cogió al tercer timbre.

—Hola.

—Hola, ¿cómo estás?

—Muy bien, apenas me molesta.

—Me alegro mucho. ¿Te apetece que salgamos a dar un paseo? —La línea quedó en silencio —. ¿Kathy? ¿Estás ahí? —Michael pensó que se había precipitado. Entonces oyó:

—Me gustaría, mi madre está tan pendiente de mí que a veces me agobia. La quiero mucho, pero...

Él sonrió.

—Entiendo, no te justifiques. Se ve que os queréis mucho. Paso a buscarte en quince minutos.

—Vale.

Cortó la llamada sin siquiera despedirse. Michael se quedó mirando el aparato. «Pues sí que estaba ansiosa por salir», pensó con una sonrisa en los labios. Se puso una camiseta y se fue de su casa.

Aparcó frente a la casa de Kathy, aún no había dado al mando para cerrar el coche, cuando

oyó que ella salía.

—Voy a dar un paseo, mamá. No volveré muy tarde —decía ella.

Él se giró y la vio bajando las escaleras hacia la acera. Se había puesto unos vaqueros cortos y una camiseta de tirantes de color blanco, llevaba el pelo recogido en una trenza floja. Al toparse sus miradas, ella le sonrió.

—Vámonos antes de que salga detrás de mí.

Michael rio.

—Si sale la saludaremos, ya no tenemos quince años para escaparnos.

Kathy se cruzó de brazos, esperando ver aparecer a su madre, algo que no ocurrió; esta estaba tras la ventana de la cocina, y al ver con quién salía su hija se quedó tranquila.

Michael y Kathy caminaban por la acera uno al lado del otro.

—Veo que tienes mejor aspecto.

—Sí, y sin tomarme ningún medicamento.

Él se guardó para sí que seguramente Mariah se los estaba dando en las infusiones o zumos.

—Cuando alguien tiene razón hay que dársela —dijo con dificultad para aguantar la risa.

—¿Hoy no trabajas?

—Tengo fiesta hasta el martes por la tarde. A no ser que haya alguna catástrofe, entonces nos movilizamos todos. Antes de que te pasara esto había pensado en que mañana, lunes, fuéramos a casa de mi abuela, pero lo dejaremos para la semana próxima, si a ti te va bien.

—De ninguna manera, si vuelvo a oír que tengo que descansar me volveré loca. Ya estoy bien. Llamaré a Rebecca y se lo diré.

Pasearon por la ribera del río, oyendo el transcurrir del agua de fondo.

—Es muy relajante —dijo ella en un momento que se quedaron callados.

—Tienes razón. —Las farolas ya se habían encendido y el ambiente era muy agradable—. Supongo que los domingos tarde sueles salir por ahí con tus amigas, por el centro bullicioso de la ciudad.

—Sí y no, no podemos reunirnos siempre todas —afirmó con una sonrisa—. A menudo hay alguna que trabaja o que se lo lleva a casa. Aunque no lo creas, la otra noche fue la primera que nos reuníamos después de terminar la carrera. Todas tenemos algo que hacer.

—Cuéntame.

—Zoe es enfermera y trabaja a turnos, además tiene pareja. Christal es profesora de guardería y siempre tiene algo para preparar para la semana siguiente. Ashley es abogada, y al ser la última que entró en el bufete, la cargan con los casos que nadie quiere. Y Meg...

—Sí, lo sé, es la criminóloga.

—Temiéndonos todo esto, cuando terminamos nuestras carreras hicimos un viaje a Nueva York. Fue alucinante.

Era muy agradable escucharla, le ponía tanta pasión a lo que decía que se explicaba con todo el cuerpo, movía las manos y la cabeza. A Michael le agradaba, se la veía sencilla, no era

ninguna belleza artificial ni con aires de grandeza. Kathy era una preciosidad por dentro y por fuera.

Capítulo 6

El lunes por la mañana, Kathy desayunó en la cocina con Mariah; esta le decía que podía esperar para ir al trabajo, que no había descansado suficiente, que la herida aún no estaba cicatrizada del todo.

—No voy a la tienda, voy a casa de la abuela de Michael. Me pidió que les echara un vistazo a sus cosas. La anciana siempre le hablaba de tesoros, claro que tenía noventa años cuando murió.

Mariah se puso una mano en el pecho.

—¿Cuánto hace de esto?

—Unos meses. Creo que estaba muy unido a la mujer.

—No me extrañaría, se lo ve muy atento.

—Lo es.

—¿Dónde lo conociste?

—En la tienda, cuando fue a ver a Rebecca.

En ese momento sonó el teléfono de Kathy, vio en la pantalla que era Michael.

—Buenos días.

—Hola, ¿cómo estás? —Se interesó él.

—Me tatuaré en la frente «estoy bien».

—Ya veo.

—¿No sería más correcto decir «ya oigo»? —Por el tono de su voz, Michael supo que estaba sonriendo.

—No... lo que es atento, a ti no te va, no volveré a preguntarte. ¿Estás preparada? En quince minutos estoy ahí.

—¿No habíamos quedado a las nueve? —Ella miró su reloj de pulsera—. ¡Mierda!

—No nos aguarda nadie, puedo esperar.

—Estoy desayunando, habré terminado cuando llegues.

—Entonces ¿a qué viene tanta tontería?

—Te estaba tomando el pelo. —Se carcajeó y él sonrió; «esta mujer me volverá loco», pensó. Sin embargo, era refrescante el humor que siempre se gastaba.

—Hasta ahora —dijo antes de colgar.

—Okis.

Puntual como un reloj británico, Michael estuvo allí a las nueve en punto. Ella salió con unos vaqueros que se adaptaban a todas sus curvas, una camiseta de tirantes color ciruela y su habitual sonrisa en los labios. Se montó en el jeep y él esperó a que se abrochara el cinturón de seguridad.

—Buenos días para ti también —dijo ella al notarlo tenso.

—Buenos días.

Kathy supo que no era momento para bromas, a él debía resultarle difícil ir a aquella casa. Se mantuvo en silencio mientras Michael conducía hasta la rue de Chartres, detrás del convento de las Ursulinas, donde estaba la casa de su abuela.

—Ya hemos llegado. —Miró la casa con algo parecido a la nostalgia.

—¿Me equivoco si pienso que no has vuelto desde que ella no está?

—No, estás en lo cierto.

Kathy se dio cuenta de que los sentimientos por aquella mujer seguían latentes en el corazón de Michael.

—Vamos. —Le guiñó un ojo—. Seguro que encontraremos algún tesoro por ahí.

Michael supo lo que ella pretendía: acompañarlo y darle ánimo para traspasar aquella puerta por donde no había entrado desde el día del funeral.

Al cruzar el umbral, los asaltó el olor a cerrado. La casa estaba a oscuras, con todas las contraventanas cerradas.

—¿Puedo abrir las ventanas?

—Desde luego.

Kathy supo que él estaba trasportado al pasado, observaba alrededor como si esperara que su abuela apareciera en cualquier momento.

—¿Estás bien?

Él se giró, la miró a los ojos.

—La veo ahí sentada en su butaca favorita —hablaba despacio, como si estuviera reviviendo algún momento especial—. Me contaba historias sobre sus antepasados, decía que entre ellos había un famoso bucanero. —Sonrió con cariño al recordar.

—Te lo debías pasar muy bien con ella.

—Siempre, primero de niño me dejaba alucinado. —Se le dibujó en los labios una sonrisa con mucha ternura—. Mis padres le llegaron a decir que no me contara esas historias, que luego yo iba diciendo por ahí que de mayor sería pirata.

—¿Les hizo caso?

—No, qué va; cuando yo le pedía que lo hiciera, ella me hacía prometerle que no se lo contaría a nadie.

Kathy sonrió.

—¿Y no lo hacías?

—No, era un secreto que solo compartíamos nosotros, en algún armario deben estar todos los juguetes de piratas que me compró a espaldas de mis padres.

—¡Vaya personaje!

—Lo era, ya lo creo que lo fue.

Ella se lo quedó mirando, imaginándolo de niño que jugaba a los bucaneros con su abuela.

—¡Fuiste un niño feliz!

—Sí, mucho.

Ya no se olía ese fuerte tufo a cerrado.

—¿Me enseñas la casa?

Michael pensó que era una extraña pregunta. Sus ojos oscuros, casi negros por los sentimientos que estaba sintiendo, se clavaron en ella.

—¿A qué viene esa petición? —preguntó con el ceño fruncido.

—Porque me da la impresión de que no quieres que una extraña revuelva en las cosas de tu abuela.

«¿Cómo puede ser que se dé cuenta de los sentimientos encontrados que me produce estar aquí con ella?», pensó Michael.

—Me gustaría pensar que ya no somos unos desconocidos.

—A mí también.

La mirada de Michael brilló.

—Entonces... ¿amigos? —Él estiró una mano para sellar su floreciente amistad, y Kathy se la quedó mirando, con la sensación de que lo que dijera podía marcar un antes y un después.

—Cuando me encuentro con un amigo no le doy la mano.

Las cejas de él se levantaron entre sorprendidas y a la espera de lo que ella diría.

—¿Cómo lo...?

Kathy se puso de puntillas, le dio un abrazo y un beso en cada mejilla. Las tenía tersas, seguro que se había afeitado esa misma mañana y olía a un perfume amaderado con toques de cuero. A ella le encantó.

—Así se saluda a un amigo.

Él se había quedado de piedra ante aquella muestra que no imaginaba. Nunca había saludado a sus amigos así, claro que no podía decir que tuviera muchas amigas, las que tenía no le daban besos.

Le devolvió el gesto con una sonrisa, y ella fue recorrida por un estremecimiento cuando sus labios gruesos le acariciaron las mejillas. Estaba segura de que se le habían acalorado. Tenía que moverse si no quería que le temblaran las rodillas. Ese hombre tenía algo que le había atravesado la piel. Nunca había sentido nada igual.

—Bien, ahora que ya no somos unos desconocidos, vamos a ver la casa. —Lo precedió hacia la cocina, al haber abierto las ventanas ya sabía más o menos la distribución.

Michael había notado el estremecimiento de ella y le había encantado. La energía de esa

pequeña mujercita le agradaba mucho.

—Siempre tenía galletas recién hechas —dijo tomando y abriendo un bote vacío de porcelana. Supuso que sus padres habrían estado allí y sacado todo lo que pudiera echarse a perder.

Kathy se quedó mirando la estancia desde la puerta, era un lugar muy acogedor, con armarios de madera clara en los bajos y sobre las encimeras. A un lado, una mesa redonda con cuatro sillas, y un frutero en el medio con un mantel floreado, como las cortinas que cubrían la ventana. Encima de todas las superficies había botes y tarros bellamente decorados, algunos se veían más antiguos que otros.

—Estoy segura de que pasaste muy buenos momentos aquí.

Michael asintió.

—Sí, siempre me hacía mis comidas favoritas.

—Lo imagino, ¿has pensado ya en poner algún tipo de alarma o medida de seguridad?

—No, ¿has visto algo que tenga que protegerse?

Los ojos verdes de Kathy se clavaron en los oscuros.

—Todo.

—No entiendo, este tarro... —dijo Michael cogiendo uno que se veía claramente que lo había pintado un niño—. Lo pinté yo, no tiene ningún valor.

—En eso te equivocas, para ti tiene un valor especial, porque lo hiciste con amor, pensando en la persona a la que se lo regalarías.

Él reconoció la verdad en aquellas palabras, todo lo que veía o tocaba le recordaba a su abuela del alma. Si un día llegaba allí y se encontraba con que cualquier maleante había destruido algo sería un duro golpe para él.

—Tienes razón, hoy mismo contrataré un servicio de seguridad. —La miraba como si quisiera adivinar algo—. Me dijo tu tía que habías estudiado Historia del Arte y Antigüedades, no eres psicóloga, ¿verdad?

—No, ¿por qué lo preguntas?

—Porque tienes un extraño don, lo siento cuando me miras, parece que supieras lo que me pasa por la cabeza antes de que yo mismo me dé cuenta.

Kathy lo miró con una sonrisa hechicera en los labios.

—Solo se trata de observar a las personas, lo que para unas puede ser reemplazable para otras no. Tú tienes un cariño especial por todo lo que hay en esta casa. —Señaló la mesa y las sillas—. Esa mesa, por ejemplo, puedes encontrar otra similar en cualquier tienda, pero ya no sería la de tu abuela, no sería en la que te sentabas con ella a comer o merendar; si algún día llega a romperse la llevarás a que la arreglen.

Él asentía con la cabeza.

—Me gusta tu forma de razonar. Parece que me conozcas de toda la vida. —Le dedicó una gran sonrisa y las piernas de Kathy volvieron a temblar, ¿qué le estaba pasando? Había empezado a sentirlo al entrar en aquella casa.

«No veas fantasmas donde no los hay, la abuela de Michael no está aquí para hacer ningún sortilegio», se reprendió.

Capítulo 7

Pasaron a un salón comedor, donde se podía ver la impronta de la anciana en todos los rincones. Las butacas con cojines coloridos, las pequeñas mesitas distribuidas aquí y allá con todo tipo de objetos decorativos, algunos eran realmente antiguos. Las paredes estaban cubiertas por estantes con todo tipo de adornos típicos de la ciudad, algunos muy viejos, pero muy bien conservados.

A Kathy le llamó la atención una balda con una bandeja de plata con unos anillos que eran muy raros, con símbolos de calaveras. Justo al lado había un cuchillo y un sable. Lo tomó en sus manos y se dio cuenta de que no eran imitaciones baratas. ¿De dónde habría sacado aquellas joyas la abuela de Michael? De repente recordó lo que le había dicho Rebecca, que la anciana alardeaba de tener entre sus antepasados a un bucanero.

Dando unos pasos se encontró con una colección de libros sobre piratas, los acarició y cogió uno. Sus hojas estaban amarillentas, supuso de las veces que los habría leído.

—Me encantaba que me contara las historias de esos libros. —Escuchó la voz de Michael a su espalda—. Decía que eran cuentos sobre la familia.

—Por lo que dices tenía mucha imaginación.

—Ella hacía que todo pareciera muy real. Cuando me hablaba, y no me estoy refiriendo a sus últimos años, aunque estuvo muy lúcida hasta el día en que murió, se expresaba de tal forma que me hacía vivir las historias que me contaba. Desde siempre me insistía en que no renegara nunca de mi sangre, que entre nuestros antepasados había un capitán pirata muy famoso.

Se miraron entre divertidos y escépticos.

—¿Y tú la creías?

Michael no tuvo que pensar mucho en la respuesta.

—Por supuesto. Primero, al ser un niño me encantaba esa posibilidad, y al ir creciendo pensé que no era un imposible. Quién sabe a lo que se dedicaron nuestros ancestros.

—Tienes razón —dijo ella pensativa. Todos los que poseían raíces en Nueva Orleans podían tener entre sus antepasados a contrabandistas, bucaneros o descender de esclavos. Ella misma había leído mucho sobre la historia de la ciudad, y sabía que había padecido tiempos convulsos.

Era un territorio que estuvo en manos de franceses, españoles, británicos y estadounidenses. Todos habían luchado para hacerse con el dominio de la ciudad. Por un momento le vino a la cabeza Jean Lafitte, conocido pirata que surcó aquellas aguas como corsario, traficante negrero y espía a sueldo de quien mejor le pagara—. Y a ti te encanta creerlo —añadió con una mirada divertida.

—Oh, sí —afirmó él con una sonrisa nostálgica.

Si, como decía Michael, la mujer estuvo lúcida hasta el último aliento y siempre le contaba lo mismo, era posible que fuera cierto, pensó Kathy. Y se dejó envolver por el brillo que vio en los ojos de él. De repente, le entraron ganas de saber sobre sus propios ancestros.

—¿Tu abuela había estudiado Genealogía? —preguntó dejando a un lado lo que acababa de pensar. Estaba allí para ayudarlo a él.

—No. Se dedicó toda su vida a la compra y venta de antigüedades y...

Kathy lo miró alzando una ceja morena.

—¿Y?

—También leía las cartas del tarot y las líneas de la mano, en la trastienda.

En la ciudad había muchas personas que se dedicaban a ello en plena calle, era algo de lo más normal ver a mujeres con brillantes vestiduras echando las cartas y diciendo la buenaventura a los turistas.

—¿En la tienda?

—Sí. Tal vez al decirte que tenía noventa años te has formado una impresión equivocada de ella —afirmó Michael—. No era ninguna ancianita que se dedicara a salir al jardín a tomar el sol. Estaba llena de energía. Se pasaba los días en su negocio charlando con los clientes, y muchos de ellos iban a propósito para que adivinara su futuro. Recibía visitas de sus parroquianos habituales, con los que se encerraba en la parte de atrás y se pasaban largos ratos. Hace muchos años que no he estado allí, siempre decía que no quería saber el futuro de sus seres queridos.

Aquello despertó la curiosidad de Kathy.

—Por lo que dices, ella se pasaba la mayor parte del día allí. ¿Podré ver ese lugar? —A Kathy le hubiese gustado conocer a aquella mujer a la que todos parecían respetar tanto a pesar de sus nada convencionales aficiones.

—Desde luego, ven.

Esa aceptación tan rápida por parte de Michael le hizo saber que él estaba tan ansioso como ella de ver dónde se pasaba la mujer tantas horas. Salieron de la casa y, después de cerrarla con llave, él la guio por las escaleras que bajaban hasta la tienda.

—Hola, Darleen —saludó a la dependienta.

—Hola, Michael, ¿ocurre algo? —La mujer se extrañó al verlo, no había acudido allí desde el entierro de la anciana.

—No, tranquila. Estaba por aquí y me he decidido a pasarme. Ella es Kathy.

—Un placer, Kathy.

—Lo mismo digo. —Le regaló una de sus sonrisas amistosas y luego dio una vuelta por el local. Lo que vio la sorprendió. La tienda no era como la de Rebecca, esta no poseía tantos artículos; sin embargo, todo parecía muy muy antiguo. No había restauraciones como las que ella misma hacía. Incluso las lámparas que colgaban del techo parecían auténticas. Un vistazo le bastó para darse cuenta de que sí lo eran.

—¿Vienes? —Oyó a Michael a su espalda. Este había cogido la llave del cuarto donde su abuela hacía sus cosas, y que siempre mantenía cerrado para que nadie dejara en él energía negativa, según decía la anciana.

—Sí. —Kathy lo siguió a través de un pequeño almacén donde pudo ver muchas antigüedades preciosas, y otras que estaban cubiertas con sábanas.

Michael se paró ante una puerta y metió la pequeña llave en la cerradura. La puerta se abrió con absoluta fluidez, como si no hubiese estado cerrada durante meses. Se encontraron en una sala completamente a oscuras. Él sacó su móvil del bolsillo trasero de su pantalón y puso la linterna. Así vieron que la estancia era bastante reducida y que en cada rincón había una mesita pequeña con una lámpara encima. Ella se acercó a la primera y le dio al interruptor, y al ver lo poco que iluminaba, hizo lo mismo con las demás. Se trataba de unas luces muy tenues con cristales de colores, lo que daba a la estancia un resplandor místico.

Kathy miraba alrededor y veía las telas de brillantes colores que cubrían cada mesa pequeña. En el centro había una más grande rodeada con varias sillas, con lo que parecía un mantel bordado a mano con el dibujo de una brújula; sin embargo, no estaba segura, porque encima había algún objeto tapado con un paño de satén de color rojo. Del techo colgaban gasas esmeraldas y rojas, que estaban sujetas en las paredes y llegaban hasta el suelo, dando la sensación de misterio e intimidad.

Desde que entraron que Michael no decía nada, se había dejado envolver por la magia y sentía como si su abuela estuviera allí con él.

Kathy se acercó a la mesa del centro y, con respeto y reverencia, quitó el paño. Ante ella vio una bola de cristal y un mazo de cartas del tarot. Por el rabillo del ojo le pareció notar que una de las telas se movía, se giró y supuso que habría sido efecto de su imaginación. Pero Michael miraba en la misma dirección y sus ojos se clavaron en él.

—¿Tú también lo has visto?

—Siento como si estuviera aquí —susurró el agente.

Ella nunca había creído en las pitonisas ni en las adivinadoras, en ese momento se le erizó el vello de la nuca y también le pareció que no estaban solos. Con el mismo respeto que había quitado el paño, volvió a cubrir la bola de cristal. Una sensación agradable la recorría de arriba abajo y no supo a qué era debido.

—Si es así, creo que está contenta de que hayas venido.

—Siempre se alegraba de verme. —En el momento que habló le pareció ver los ojos azules de su abuela y creyó escuchar: «Me gusta esta chica para ti». Se quedó estático donde estaba,

aquella voz...

Kathy esperó unos minutos, lo veía mirando a algún punto de la sala y dejó que él saliera por sí solo de ese ensimismamiento. Cuando Michael se giró hacia ella, sus ojos oscuros lucían un brillo que no le había visto con anterioridad.

Salieron a la calle, cada uno pensando en lo que había ocurrido allí dentro.

—¿Te apetece dar un paseo? —preguntó Kathy. Supuso que por ese día él ya había soportado bastantes emociones.

—Sí. —A Michael se lo notaba más relajado. Mientras caminaban él no paró de contarle momentos pasados junto a su abuela, la mayoría de ellos graciosos, en los que los dos rieron a gusto.

—Tengo la impresión de que era una gran mujer.

—Lo era.

Al fin, cuando volvieron sobre sus pasos hasta la casa de la abuela Kristen, Kathy le dijo:

—Yo que tú no perdería el tiempo y pondría un sistema de seguridad en todo el edificio.

—¿Has visto algo...? Si no has visitado ni el piso de arriba...

—No, no lo he hecho, pero imagino que irá en consonancia con lo que me has mostrado. Todo, todo tiene mucho valor. Tú mejor que nadie sabes sobre los maleantes que asolan nuestra ciudad. ¿Cómo te sentirías si algún día te llega una llamada de que han invadido esta propiedad?

Michael se la quedó mirando pensativo, Kathy tenía razón, sería un duro golpe.

—Esta misma tarde me ocuparé de ello. ¿Cuándo te va bien para terminar de darme tu opinión?

—Cuando tú quieras, ya sabes que trabajo con Rebecca, no va a poner ninguna pega en que me ausente. Ella respetaba mucho a tu abuela.

Después de volver a cerrar las contraventanas y dejarlo todo como lo encontraron, Michael la llevó a su casa y, antes de que bajara del coche, le puso una mano sobre el muslo para hablarle.

—Gracias.

—¿Por qué? ¿Por decirte que contrates un sistema de seguridad? Me extraña que siendo policía no lo hayas hecho ya.

—No, te doy las gracias por acompañarme. Desde el primer momento has advertido que me era difícil estar allí y has sido muy delicada.

Kathy se daba cuenta de que él le estaba mostrando su vulnerabilidad y de lo difícil que debía ser para un hombre como él. Pensó en algo que le quitara hierro al asunto y que consiguiera hacerlo sonreír.

—Tú ya has visto mi lado terco, digamos que no siempre me comporto con poca sensibilidad. Soy como un prisma, tengo varias caras. —Por la expresión de sus ojos verdes, que brillaban al mirarlo, supo que pretendía divertirlo.

Clavó sus ojos oscuros en ella, a ese juego podían jugar los dos.

—Que, por cierto, me gustaría conocer.

—Eres muy atrevido.

—Lo soy.

Kathy abrió la portezuela del coche y, antes de bajar, dijo:

—Cuando quieras que terminemos con la inspección, llámame. —Se quedó en la acera, viendo cómo él se alejaba con su jeep, mientras por su cabeza pasaban las miradas que disimuladamente había observado en los ojos oscuros de Michael. Por ellas supo que era un hombre sensible. Y eso hacía que se sintiera atraída por él.

Capítulo 8

Habían pasado tres días desde la visita a la casa de la abuela de Michael. Kathy había hablado mucho con Rebecca sobre la sensación que había sentido en donde la buena mujer echaba las cartas y por lo visto buscaba respuestas en la bola de cristal. Nunca había sido muy creyente de esas prácticas; sin embargo, respetaba a todo el mundo que acudía a las pitonisas.

—Kristen era una mujer muy inteligente —le había dicho su tía—. Siempre tenía libros en las manos; y con lo que me has contado, yo diría que muchas de las cosas que nadie se creía eran verdad. No te diré que no hay muchos impostores por ahí que van a sacarles algunos dólares a los turistas. Ella no era así. Les decía a sus clientes que si querían, podían comprar alguna fruslería de la tienda.

—¿No cobraba por echar las cartas?

—Nunca, que yo sepa.

Kathy estaba ansiosa por volver a aquella casa, no se la sacaba de la cabeza. Suponía que era porque a simple vista lo que encontró le pareció auténtico.

Aquella noche, al cerrar la tienda, iba a tomarse un refresco con Rebecca cuando reparó en el jeep aparcado enfrente. Era Michael. Él estaba apoyado en el capó, con las manos en los bolsillos del vaquero y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Al verlo le regaló una de sus mejores sonrisas.

—Buenas tardes, señoras —saludó él cuando se le acercaron—. ¿Me permitís que os invite a una cerveza?

—Claro que sí, precisamente...

Las palabras de Kathy fueron interrumpidas por la voz de Rebecca.

—Tendréis que perdonarme, pero me acabo de acordar de que me esperan unas amigas.

Kathy se dio cuenta de que su tía quería dejarla sola con Michael y sus ojos se abrieron sorprendidos.

—Otro día será —dijo él, que al ver la cara de Kathy supo lo que pasaba y ocultó una sonrisa —. Parece que tiene prisa, ¿no?

—Oh, sí, cuando la pille mañana...

Él ya no aguantó una carcajada que le subió del pecho.

—Si no te apetece que nos tomemos esa cerveza, lo dejamos.

—Claro que quiero, estoy seca.

Él le abrió la puerta del coche para que ella se acomodara. Una vez que se incorporaron al tráfico condujo hasta el barrio francés, aparcó en una callejuela y entraron a una terraza, a la parte de atrás de un establecimiento que desprendía unos apetitosos olores. Michael pidió que les trajeran cervezas con cangrejos de río rebozados. Mientras esperaban, le contó a Kathy que ya tenía el sistema de seguridad instalado en la casa de su abuela.

—Ahora puedes estar más tranquilo.

—Sí, lo estoy. Tú me hiciste ver que me cabrearía mucho si alguien entraba en esa casa.

—Por lo que dices no creo que vayas a venderla o alquilarla.

—No, no sé qué voy a hacer con ella. Tal vez en un futuro venda mi pequeño piso y me instale allí. Por ahora no, es demasiado grande para mí solo. —Les llevaron la comanda y se chuparon los dedos con el exquisito manjar. Mientras, ella le ofrecía ayuda para la tienda—. Gracias, por ahora no la necesito, Darleen hace muchos años que trabaja allí y sabe lo que se hace.

—Perfecto.

Al terminar de comer, pidieron una copa y se quedaron allí disfrutando de la tranquilidad. Ella le contó anécdotas sobre sus años de estudio y se estuvieron riendo un rato.

Mientras conducía hacia su casa, Michael le preguntó:

—¿Cómo te va mañana por la tarde para volver a casa de mi abuela?

—Muy bien. —La cara de Kathy se había iluminado y él quiso saber por qué.

—Parece que tengas muchas ganas de ir.

—Si te soy sincera, sí. Por sus posesiones se conoce a las personas y creo que me hubiese encantado conocerla.

—Estoy seguro de que sí.

Paró frente a la casa de Kathy y sus ojos se prendieron en los de ella. Los verdes brillaban contra la piel blanca y el cabello moreno. Aquella mujer era preciosa por dentro y por fuera, pensó.

Ella salió del encantamiento de aquella mirada y bajó del coche, cuando se giró para despedirse, chocó contra el pecho de él, que estaba a su espalda.

—¡Uf! —exclamó ella.

—Te acompaño a la puerta.

—Como si fuera a perderme —se guaseó Kathy.

—Me aseguraré de que eso no pase —dijo él al subir los tres escalones que separaban el porche del cuidado jardín frente a la casa.

—Ahora mismo, mi madre debe estar detrás de los cristales de la cocina, mirando.

Michael encontró aquello gracioso.

—¿Le damos algo en lo que pueda pensar?

Ella no lo entendió, y él se inclinó y le rozó los labios con los suyos. Fue un contacto magnético. Los dos sintieron un agradable calambre donde se habían tocado.

—Eres malo —lo acusó ella al caer en la cuenta de que lo hizo para despertar la curiosidad de su madre con respecto a él—. ¿Te das cuenta de que ahora me someterá a un tercer grado queriendo saber qué hay entre nosotros?

A Michael se le dibujó una ancha sonrisa en los labios.

—Si lo hace no será por esto, ¿o te lo hizo cuando vine porque estabas herida en la cabeza?

—Entonces no, pero le has dado más artillería.

—Me gustaría verlo —afirmó mientras volvía hacia su coche, divertido—. Mañana te llamo.

—Eso, dale más razones —gritó ella al ver que lo había dicho suficientemente alto como para que su madre lo escuchara.

La carcajada de Michael la persiguió al entrar en casa.

Capítulo 9

Hacia las cuatro de la tarde del día siguiente, Michael pasó a recoger a Kathy por su casa. Cuando ella tuvo el cinturón de seguridad abrochado, se incorporó al tráfico e hizo la pregunta en la que había estado pensando toda la mañana.

—¿Cómo fue ayer con tu madre? ¿Fue muy dura en el tercer grado?

—Traté de hacerle entender que lo hiciste a propósito cuando te dije que ella estaría espiándome. No me creyó.

Él soltó una carcajada.

—No te diré que lo siento, porque no es verdad.

La noche anterior, cuando la dejó, Michael se fue a trabajar y tuvo la suavidad de los labios de ella en la memoria durante todas las horas. Se encontraba deseando volver a besarla, pero poniendo en la caricia mucha más pasión, la próxima vez no sería una simple rozadura de labios.

—Por lo menos eres sincero.

—Mi abuela me enseñó a no mentir.

—Era una mujer muy sabia.

—Sí.

Al llegar a la propiedad de la anciana, volvieron a abrir las ventanas para que corriera el aire.

Michael la precedió hacia el piso de arriba, donde había varias habitaciones y un baño muy amplio. Entraron en una que, por la decoración, ella supo que Michael había utilizado en más de una ocasión. Al abrir un armario, allí se encontró con todos los juguetes de los que le había hablado: un barco pirata, espadas de madera y plástico, sombreros de bucaneros, hasta disfraces; la sonrisa que le vio fue directo a su corazón. Él lo tocaba todo con una gran reverencia.

—Has encontrado tu tesoro.

—Sí.

La habitación era muy amplia, con varias alfombras en el suelo donde se lo pudo imaginar jugando. Una cama individual con la colcha hecha de retales, unas cortinas color aguamarina contrastaban con las paredes un poco más oscuras, había dibujos enmarcados en todas. Por los trazos se veía la evolución de la mano que los había pintado. Estaba segura de que eran de él.

Encima de una mesa rectangular con una silla en cada lado había varios libros apilados. Kathy miró los títulos: *Los mares del sur*, *La isla de Bretón*, *La isla del tesoro*... Ella sonrió, sin preguntar intuyó que los habría leído varias veces, que eran sus preferidos.

Lo dejó solo con sus recuerdos y entró en la habitación contigua, supo que era la de la abuela. La cama antigua, con sus mesitas; un tocador ante un espejo donde descansaban muchos tarros. Cogió uno y sintió una colonia muy particular, nunca había olido nada igual, imaginó que la mujer se hacía sus propios perfumes. La cómoda tenía la superficie llena de fotos muy antiguas y otras que no lo eran tanto, en las que se veían a quienes supuso que eran Michael y sus padres. Le llamó la atención una imagen amarillenta de un hombre muy apuesto con el pelo largo y una sonrisa que se parecía mucho a la de Michael. Ante todas ellas había una especie de bol alargado de plata con piedras brillantes de diferentes tamaños. «Curioso», pensó, ¿serían piedras preciosas sin tallar?

El papel de la pared era de un estampado color burdeos que debía estar de moda muchos años atrás. Notó que las puertas del armario que ocupaba toda la pared estaban forradas del mismo papel. Lo abrió y estaba lleno de vestidos pasados de moda, pero de buena calidad. Todo colocado pulcramente.

En la pared opuesta vio que había otro armario mucho más pequeño, como si estuviera oculto tras la puerta de la habitación, y un gran cuadro de una mansión antigua en lo alto de un cerro, al fondo se veía el mar embravecido y a lo lejos lo que parecía un barco rodeado de bruma. Era muy bueno. Sin embargo, lo que le llamó la atención fue ese pequeño armario casi escondido. Lo abrió y dentro no había nada. ¡Qué raro! Entonces cayó en la cuenta, había andado un buen tramo de pasillo desde la habitación donde había dejado a Michael hasta esa. Desde su posición a la altura de la puerta hasta la pared del cuadro había poco más de un metro, salió al pasillo y vio la distancia que la separaba de la otra jamba. Frunció el ceño.

Así la encontró Michael, que salió y la vio parada mirando hacia donde estaba él.

—¿Pasa algo? —Al ver su entrecejo añadió—: ¿Kathy, te encuentras bien?

Ella afirmó con la cabeza, fue hacia él y miró, del umbral a la pared había poco más de metro y medio, según las baldosas que había contado. ¿Podría ser que hubiese una habitación secreta? ¡Un misterio que estaba dispuesta a resolver!

—Me estás inquietando, ¿qué pasa? —Quiso saber Michael.

—Ven.

En el mismo instante que él llegaba, a ella le sonó el móvil. Lo sacó del bolsillo trasero de su vaquero, era Rebecca por una mecedora que estaba restaurando.

—Dile a Lucía —la dueña del mueble— que me dé tiempo para hacer los arreglos, que me la trajo hace tres días. ¿Qué se cree, que yo hago magia y lo dejo todo como nuevo en unas horas?

—Ya me encargo yo de ella. Estás con Michael, ¿verdad?

—Sí.

—Si quiere vender algo...

—No va a vender nada —contestó interrumpiendo a su tía—. Sabes perfectamente que si quiere hacerlo tiene su propia tienda.

—¡Qué lástima! —Ante el dramatismo en su voz, Kathy sonrió.

—Hasta luego —se despidió antes de que Rebecca empezara a preguntarle si habían encontrado algo valioso.

Michael la veía mirar el armario en el que había estado trasteando, y advirtió que recorría el pasillo como si contara los pasos hasta la puerta siguiente. La siguió, y entraron juntos en la habitación de su abuela.

—Hace un montón de años que no había estado en esta habitación, parece que no haya pasado el tiempo, está todo igual a como lo recuerdo.

—¿No ves algo raro?

Él giró sobre sí mismo.

—Nada.

Kathy tiró de él hasta el pasillo de manera que viera la pared del cuadro y el corredor. Él no sabía qué debía ver. La miró a ella sin comprender, abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba en señal de no entender nada.

—Mira la distancia de aquí a la pared. —Él lo hizo, luego observó el pasillo, frunció el ceño y bajó los ojos hacia ella—. ¿Ahora te das cuenta de lo que te enseño?

Él asintió. Entró en la habitación de su abuela y vio el pequeño armario, lo abrió y al encontrarlo vacío frunció el ceño, extrañado.

Kathy se metió en el armario y tocó la pared del fondo con la mano abierta, buscando cualquier cosa, quizá una palanca oculta o algo escondido. Nada, no halló nada, la superficie era tan fina como la de fuera; se agachó y abajo tampoco encontró nada. Salió sacudiendo la cabeza. Él miró hacia adentro, pero con la poca luz que entraba no veía nada que fuera de ayuda.

Al girarse notó que ella tocaba la pared con mucho cuidado y con sus manos abiertas como abanicos. Parecía que Kathy contenía hasta la respiración. A pesar de lo desconcertante de la situación, Michael sintió ansias de que ella lo acariciara a él con aquel interés y cuidado. Le faltó el aliento al caer en sus pensamientos fuera de lugar.

La observaba con tanta atención, recorriendo el pequeño cuerpo con la mirada, que sintió cómo todo su cuerpo reaccionaba. Al volver la vista a sus manos vio con la atención con que exploraba la pared, llegó al marcó del cuadro y empezó a recorrerlo más despacio, hasta la vio cerrar los ojos para concentrarse mejor. Le acariciaba el rostro con sus ojos oscuros y se sobresaltó al ver que abría mucho esas lagunas verdes que adornaban su bella cara.

—¿Qué pasa? —Sus palabras hicieron que ella lo mirara sorprendida, como si se hubiese olvidado de que él estaba allí.

Kathy movió los dedos y oyeron un suave clic que salía de dentro del pequeño armario. Se miraron con la sorpresa reflejada en sus caras.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él.

—Ha venido de dentro del armario.

Michael caminó hacia el lugar donde habían escuchado el ruido y vio que lo que era el fondo parecía haberse desplazado unos centímetros por un lado. Empujó, era una puerta, y al no hacer ningún ruido supo que su abuela la usaba con frecuencia. A oscuras, tocó para ver si había algún interruptor cerca, al hallarlo lo accionó y ambos contuvieron el aliento.

Era una habitación secreta, sin ventanas, iluminada por una lámpara antigua de cobre con abalorios de pequeños cristales que relucían de diferentes colores debido a las telas de seda entrelazadas que colgaban del techo, haciendo un intrincado dibujo. Se parecía mucho a la sala de la trastienda, donde la mujer solía tirar las cartas a sus clientes, pero esta desprendía una energía que no habían notado en la otra. El vello de sus cuerpos se les erizó y un escalofrío los recorrió de arriba abajo.

Kathy lo miraba con la boca abierta; él, con los ojos muy abiertos.

El suelo estaba cubierto por alfombras mullidas de varios tonos de azul. En medio de la estancia había una mesa redonda con dos sillas, una frente a la otra, cubierta con un mantel rojo de raso, y en el centro algún objeto tapado con una tela esmeralda.

Ninguno de los dos se movía, lo miraban todo desde la entrada. En cada pared había un tapiz, todos lucían muy antiguos: uno parecía que representara el firmamento; otro, un círculo con los horóscopos; otro era la rosa de los vientos; y detrás de ellos, al lado de la puerta, había una bandera con una calavera y dos tibias cruzadas.

—¡Ay, Dios! —La voz de Kathy salió ahogada por la impresión de lo que estaba viendo.

En cada rincón había unas mesitas redondas cubiertas como la del centro, con raso rojo, y encima se veían cajitas de madera tallada de diferentes medidas.

—¿Cómo pudo ocultarme mi abuela todo esto? —dijo Michael, que se había acercado a la mesa central y, al tirar de la tela esmeralda, descubrió una bola de cristal.

Aunque pareciera mentira, allí no olía a cerrado como cuando entraron en la casa.

—¿Hueles lo mismo que yo? —preguntó Kathy.

Él la miró y olfateó.

—Es muy raro, es como aroma a playa en un día soleado.

—Esta habitación no tiene ventanas. Quizá es algún tipo de incienso —dijo al ver una bandeja redonda con restos de conos quemados—. Me gustaría saber dónde los compraba, es muy agradable.

Miró las cajitas de aquella mesa, había barritas y conos, se inclinó y los olió, el aroma salía de allí. Fue hacia otra mesa y empezó a abrir cajitas, en todas había conchas marinas de diferentes tamaños. En la otra, estaban llenas de algo parecido a la arena, había de diferentes colores. Fue hacia la última mientras Michael miraba y tocaba con cuidado la bandera pirata, supo lo que estaba pensando, las historias que le contaba su abuela no eran cuentos para entretenerlo, era la verdad transmitida de padres a hijos.

Las cajitas de la última mesa, la que estaba más alejada de la puerta, estaban talladas de

diferente forma. La mano que las había hecho no era la misma. Abrió una y vio que sobre un lecho de tela negro había una piedra roja brillante, ¿sería posible que fuera un rubí? No estaba tallado, pero era precioso. La dejó abierta para que la viera Michael; en la de al lado, también sobre negro, destacaba lo que parecía un zafiro, el azul era espectacular. Encontró una amatista, un ágata, un topacio, una esmeralda... cuando iba a abrir la última caja Michael se situó a su espalda.

—Creo que aquí tienes tu tesoro.

—¿Son lo que creo que son?

—No estoy segura.

Él pensó que su madre podría sacarlo de dudas, trabajando en la joyería conocería las piedras preciosas a la perfección.

—Si lo son... aquí hay una fortuna.

—Los tesoros de tu abuela —dijo abriendo la última caja, momento en que el aliento se le atascó en la garganta, la piedra estaba perfectamente tallada, era un corazón de jade, brillaba tanto que no pudo evitar tocarlo, la tentación era tan grande, lo cogió con reverencia y lo acunó entre las dos manos—. ¡Es maravilloso!

Michael pensó lo mismo al verlo; y sus manos, como si tuvieran voluntad propia, sostuvieron las de ella. En el momento en que se rozaron, sintieron una extraña energía que los recorría de arriba abajo. Sus ojos se encontraron y no pudieron separar sus miradas, parecía que estaban en una burbuja y que todo a su alrededor se estaba desdibujando.

—Me estoy mareando —susurró Kathy.

Él estaba sintiendo algo muy parecido, la agarró fuerte, envolviéndola entre sus brazos por la espalda, cerrando sus dedos en torno a los de ella y la joya en forma de corazón.

Todo empezó a rodar a su alrededor, los colores se mezclaban los unos con los otros, hasta que todo se volvió de un blanco cegador que los obligó a cerrar los ojos.

Capítulo 10

Michael y Kathy abrieron los ojos y estaban en esa habitación secreta, pero algo había cambiado. Se soltaron las manos y no tenían el corazón de jade entre ellas. Los dos extendieron los dedos.

—¿Dónde está? —La voz de Kathy era de alarma al no notar la piedra entre sus manos.

—No lo sé. ¿Qué ha pasado? —Michael estaba tan desconcertado como ella.

Sus fosas nasales fueron invadidas por un olor a rancio que antes no habían notado, y al mirar a su alrededor faltaban dos mesas.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde has puesto la mesa del incienso? —preguntó Kathy.

Él frunció el ceño.

—Falta la de aquel rincón también —señaló él.

—¿Y el raso que cubría las mesas?

—¿Has cubierto tú la bola de cristal?

—¿Cómo iba a hacerlo si estábamos cogidos de las manos?

Se hallaban frente a la mesa de las piedras preciosas, pero faltaban cuatro de las cajas que Kathy había abierto, miró las que estaban: la esmeralda, el topacio y el ágata. Habían desaparecido la amatista, el zafiro, el rubí y la caja del corazón de jade.

—Joder, me voy a cargar a quien haya entrado aquí. —Michael sacó su teléfono del bolsillo de sus vaqueros y la pantalla estaba negra—. Mierda, me he quedado sin batería.

Ella cogió el suyo del pantalón y se quedó mirándolo.

—Es imposible, he salido de casa con la batería llena, tal vez aquí no haya cobertura. —Al girarse para salir, la puerta estaba cerrada, no le extrañó, quien hubiese entrado la habría dejado así al escapar después de robar, pero ¿qué les habían hecho para que ellos no se enteraran? ¿Los habrían drogado de alguna forma? Tenía que ser eso, no había otra explicación.

Kathy se cogió al picaporte y tiró con la fuerza que le daba el cabreo por lo que había ocurrido. La puerta chirrió al abrirse. Alzó una ceja y miró a Michael, recordaba perfectamente que no había hecho ningún ruido cuando la empujaron.

Él pensó lo mismo, ¿qué estaba ocurriendo? La apartó y salió él antes, ella chocó contra su

espalda.

—Sal de en medio, tenemos que encontrar cobertura. —Trató de apartarlo, pero era como empujar un muro.

Michael no entendía lo que estaba viendo, la que era la habitación de su abuela estaba muy distinta a un rato atrás. Las paredes no estaban empapeladas, eran de un blanco sucio, la cama era muy grande y con cuatro postes, estaba por hacer, con unas sábanas que parecían sucias y tiesas. Las mesitas no eran tales, eran cajas de madera que sostenían velas y vasos sucios, no había tocador, ni espejo ni cómoda. En un rincón había dos sillones y una mesa redonda donde descansaban varias botellas vacías. ¿Qué había ocurrido allí? Se volvió y el cuadro también había desaparecido.

Kathy logró colarse por el lado de Michael, iba a salir de la habitación y se quedó parada después de dar unos pasos. Miró alrededor. Ningún ratero podía haber hecho aquello. Se giró hacia Michael, lanzando rayos por los ojos.

—¿Estás tratando de asustarme? Lo estás consiguiendo —dijo encarándose con él con cara de malas pulgas y clavando un dedo en su pecho, acusándolo—. Y te aseguro que no quieres verme ni asustada ni con mala leche.

—Yo...

—Michael, te juro que si no me dices ahora mismo lo que está pasando te voy a dar una patada donde más te duela.

—Yo no he hecho nada.

—Oh, sí, claro, y yo soy gilipollas y me lo creo. ¿Acaso tengo cara de idiota? ¿Te estás divirtiendo a mi costa? Lo tenías todo planeado. ¿Cuántos tíos has traído para montar esta pantomima? —gritó con la sangre en ebullición. No había nada que la cabreara más que alguien pretendiera jugar con ella.

—No he hecho nada de lo que me acusas.

—Ahora me dirás que van a empezar a llover ranas y yo me lo creo. ¿Por quién me has tomado? —El genio de Kathy estaba desatado—. Me largo de aquí, ve a divertirte a costa de otra.

Michael no la dejó moverse de donde estaba. La cogió por los brazos y la miró a los ojos. Se había cansado de que ella lo acusara de algo que no había hecho.

—¿Te parece que me estoy divirtiendo? ¿Acaso me he reído sin darme cuenta? —Los ojos oscuros estaban tan desconcertados como lo debían estar los suyos, y su tono de voz no parecía divertido. La soltó y recorrió la habitación, ¿cómo era posible? Deberían haber estado drogados el tiempo suficiente para que alguien montara ese circo, pero... ¿por qué? Los ladrones no acostumbraban a montar ningún espectáculo como aquel. Que se lo dijeran a él. Nunca se había encontrado con una situación semejante.

Michael negaba con la cabeza sin entender. La cogió del brazo y la situó detrás de él. Salieron de la habitación, el pasillo era tan desastroso como el dormitorio, la limpieza brillaba por su

ausencia. Meneó la cabeza, tenía que ser una pesadilla, aquello no era posible. Caminó hacia el que había sido su reino en los días que se quedaba con su abuela, halló la puerta cerrada.

—En cualquier momento me despertaré. —No fue consciente de que expresaba sus pensamientos en voz alta.

Kathy lo oyó.

—¿Qué pasa? ¿Estamos teniendo los dos la misma pesadilla? —Miró la pantalla de su móvil; nada, muerto—. ¿Tienes las llaves de tu coche?

—Sí.

—Pues salgamos de aquí cagando leches.

Evidentemente, Michael no llevaba su arma en los días que tenía libres, y mucho menos para lo que iban a hacer. Supo que la sugerencia de Kathy era la más acertada, no sabía qué estaba pasando, pero una vez en el exterior podría llamar a la central con la radio de su coche. La cogió de la mano y los dos corrieron escaleras abajo y hacia la entrada, no reconocía nada de lo que veía a su paso, pero no podía entretenerse; se ponía en peligro y a ella también. No entendía lo que había pasado, pero lo averiguaría.

Salieron al exterior y el coche no estaba, las casas de alrededor no estaban, se encontraban en medio de un campo. No muy lejos se veían unas cuantas construcciones desvencijadas, y más allá una ciudad, pero todo era irreconocible.

—¡¿Dónde estamos?! —exclamó Kathy, empezaba a estar muy asustada.

Michael se pellizcó el puente de la nariz, ¿es que aquella pesadilla no tenía fin? Había notado el terror en la voz de ella y no le había gustado nada.

—Tranquila, todo esto tiene que tener una explicación. No perdamos los nervios. Supongo que nos han drogado y quizá nos dure unas horas toda esta confusión. Será mejor que entremos y descansemos; unas horas de sueño y se nos pasará.

Cogidos de la mano como estaban, Kathy se la apretó y se dejó guiar hacia el interior.

—Por favor, no me dejes sola —murmuró ella.

—No lo haré.

La llevó arriba, arrancó de la cama las sábanas sucias; el cochón era un desastre, pero les serviría para que se les pasara lo que fuera que los tenía trastornados.

Él se tendió con la intención de mantenerse alerta, por si los delincuentes volvían, ella se acurrucó contra él rodeando su cintura con los brazos, no fuera a dejarla. Los dos estaban en tensión.

Michael empezó a acariciarle la espalda, mientras la cabeza de ella reposaba sobre su pecho. La escuchaba respirar entrecortadamente del susto que llevaba en el cuerpo, la admiró por no deshacerse en lágrimas como habría hecho la mayoría de las mujeres. Miró su reloj, eran las dos de la tarde; esperaba que para la hora de la cena ya se les hubiese pasado el efecto de lo que fuera que les hubiesen dado. Todo sería mejor si comían algo, pero... ¿cómo encontrarlo?

El tamborilear del corazón de Michael sumió a Kathy en una semiinconsciencia tensa, se

agarraba a él con fuerza.

De repente, la puerta se abrió y apareció una mujer con unas extrañas vestimentas, morena, con un moño en lo alto de la cabeza desde el que escapaban guedejas que le rodeaban el rostro alargado. Se sorprendió tanto como ellos, que al escuchar el ruido de la puerta se incorporaron, quedando sentados en la cama.

—Walter, ¿qué haces aún en cama? —Su voz era autoritaria—. ¿No me irás a decir que esa ramera que trajiste te ha dejado tan seco como para estar holgazaneando? —Ante la falta de respuesta continuó con su diatriba—: ¿Ha sido por ella que te has cortado el pelo? Aun así, todo el mundo te va a reconocer. Con barba o sin ella, no podrás engañar a nadie.

Michael se quedó mudo, quien fuera esa mujer lo estaba confundiendo con un tal Walter.

—¿Quién es usted? —preguntó Kathy, al notar que le temblaba la voz se enfadó con ella misma. No lograrían nada si esa pendenciera se daba cuenta de lo asustada que estaba.

La mujer soltó una carcajada desagradable.

—Soy Lauren Smith, zorra, si piensas que por haberte acostado con mi hermano, el capitán, tienes algún derecho aquí vas muy equivocada.

«Zorra, acostarse, capitán», aquello tenía que ser fruto de la pesadilla.

—¡No soy ninguna zorra!

La vieron que empezaba a recoger las botellas vacías que había por casi todas las superficies. Cuando tuvo los brazos cargados volvió a girarse hacia ellos.

—Claro que no, eres la princesa de los mares, juraría que te lo ha estado diciendo durante toda la noche.

—No soy ninguna princesa, soy Kathy Bullock.

Las botellas que sostenía la mujer acabaron en el suelo, destrozadas a sus pies.

—¿Bullock? —Los dos vieron cómo la mujer se ponía pálida, y en cuestión de segundos se enfurecía—. ¿Te has vuelto loco? —Su ira iba dirigida a él—. ¿Cómo se te ocurre traer a la hija de tu peor enemigo aquí? ¿Es que se te ha disuelto la sesera? ¿No ves que cuando sepan dónde está, vendrán a cortarte la cabeza? —gritaba encarándose con Michael—. Ahora entiendo por qué te has afeitado la barba y cortado el pelo... por eso llevas esas extrañas vestimentas, ¿verdad? Te colaste en la guarida de los Bullock y te la llevaste.

Kathy y Michael se miraron frunciendo el ceño. Él ya estaba lo suficientemente cabreado para no tolerar más tonterías, si todo aquello era una broma ya había llegado demasiado lejos. Se levantó de la cama y se encaró con la mujer, la cogió del brazo con fuerza para hacerle saber que no le gustaba toda esa pantomima.

—Escúchame bien porque solo lo diré una vez. —Su voz dura retumbaba en las paredes—. Estoy harto de todo este teatro, puedes estar segura de que cuando los efectos de lo que nos habéis dado se me pasen, haré lo imposible para que paséis una buena temporada en la cárcel. —Sus ojos lanzaban rayos contra otros tan oscuros como los suyos. Vio el miedo en la cara de esa que decía llamarse Lauren, a saber cuál sería su nombre.

—¡Te has dejado manipular por esa zorra! —gritó la mujer mirando a Kathy con odio—. ¡Te ha puesto en contra de los tuyos!

—Estás loca, ¿qué pasó? ¿Queríais entrar a robar en esta casa, sabiendo que estaba vacía, y nos encontrasteis a nosotros?

Ninguno se dio cuenta de que al oír los gritos, el pasillo se estaba llenando de hombres espadas en mano y mujeres que los miraban con los ojos muy abiertos.

—Aquí si hay algún loco eres tú. La casa nunca está vacía, siempre hay alguien dentro y fuera. Gracias a mí, nadie se atreve a acercarse por aquí, y mucho menos los Bullock. Cuando tú estás fuera, saqueando los barcos británicos, yo soy la que doy las órdenes para que cuando vuelvas todo esté en orden. —En ese momento, Lauren advirtió que la puerta del escondite secreto de su hermano estaba abierta, abrió los ojos como platos—. ¿Le has mostrado tu escondrijo a una Bullock? ¿Te das cuenta de que no podrás volver a esconderte ahí?

—¡Yo no me escondo!

—No, desde luego, cuando Bullock se entere sabrá dónde encontrarte.

Michael supo que estaba tratando con una loca, se le había terminado la paciencia. Se giró hacia la puerta y entonces vio a todos los que los miraban, parecía una fiesta de disfraces, y se hubiese reído si la situación no fuera tan grave. Él solo no podía hacer nada contra todos esos filibusteros, para colmo no tenía línea en el móvil para pedir ayuda.

«Piensa, rápido», le decía su mente.

—Todos fuera de aquí —gritó de malos modos, empujando a aquella mujer hacia la puerta; para su sorpresa el pasillo se quedó vacío en cuestión de segundos. Cerró la puerta de un portazo que retumbó en la habitación.

Kathy lo miraba sin entender nada; además, sentía miedo, sí, no podía negarlo, estaban en manos de unos lunáticos, había visto las armas que llevaban y no parecían de juguete.

—¿Qué está pasando? —susurró ella muy bajito, casi no le salía la voz.

Él se sentó en la cama, mirando al infinito, se lo veía concentrado en algo.

—No lo sé, es imposible que en el rato que hemos estado ahí dentro hayan montado todo este teatro.

—Son muchos.

—Sí, pero habríamos oído algo mientras estaban sacando los muebles de esta habitación.

Ella afirmaba con la cabeza, estaba en lo cierto.

—¿Qué vamos a hacer?

—Dejaremos que pasen unas horas, lo que hayan utilizado para drogarnos tiene que dejar de hacernos efecto.

Michael le hablaba con tranquilidad para no pasarle su inquietud a ella.

***

En el primer piso de la casa, Lauren estaba que sacaba fuego por las muelas. ¿Dónde diablos se había dejado el seso su hermano? Traer a la hija de Jack Bullock iba a desencadenar una batalla monumental con su peor enemigo. Ya podían prepararse para recibir la visita del viejo con ganas de sangre. Ordenó a los guardias que estuvieran alerta, no podían dejar que los cogieran por sorpresa.

Ya estaba anocheciendo cuando llegó Derricks, uno de los esbirros de Walter, y le dijo a Lauren que el capitán estaba a bordo del Emerald, su barco, y que pretendía salir con la marea de medianoche.

Ella frunció el ceño, ¿cómo habrían salido esos dos sin que se dieran cuenta? ¿Es que el muy desgraciado pretendía dejarlos solos mientras él se hacía a la mar con la zorra Bullock?

—¿Lo acompañaba esa mujer?

—¿Qué mujer?

—La hija de Jack.

Al hombre se le salían los ojos de las órbitas al escuchar aquello.

—No. —Un pensamiento se le pasó por la mente, ella lo interpretó a la perfección—. Tu hermano nunca haría una cosa así. Los hombres querrían disfrutar de sus encantos y no atenderían a razones.

—Todos pensáis en lo mismo, panda de demonios.

—¡Ya te gustaría a ti poseer su belleza!

Lauren sacó un cuchillo que siempre llevaba a mano y lo apoyó en la entrepierna de aquel esbirro.

—Esa perra no me llega ni a la suela de mis botas.

Al notar el pinchazo de aquel afilado cuchillo, el hombre retrocedió con rapidez.

—¡Mujeres! —exclamó dando la vuelta con los brazos en alto, mascullando y saliendo de la casa.

Al verlo desaparecer, Lauren subió a la recámara de Walter, esperaba que hubiese devuelto a la perra Bullock a su casa y no tener problemas. El susto fue monumental cuando halló a las dos personas donde las había dejado.

—¡¿Qué diablos?! —Se los quedó mirando y una extraña premonición le puso el vello de punta. Cogió la llave que colgaba de la cerradura por la parte interior y cerró la puerta, dejándolos encerrados.

Capítulo 11

Se dirigió al otro lado de la casa, a su recámara, tenía que comprobar algo. Antes de sentarse a la mesa, miró por la ventana y vio al Emerald, con movimiento frenético en cubierta, dispuesto a bajar por el Mississippi hasta el mar. Se quedó un rato pensativa tras los cristales, observando el balandro hasta que desapareció en la negrura de la noche. ¿Qué diablos estaba pasando allí?

Se sentó en su mesa, desenvolvió un paño y de dentro salieron las cartas del tarot que estaba buscando. Las barajó y puso cuatro sobre la mesa, boca abajo, dejó las demás a un lado y giró una: el carro, eso significaba un viaje, la miró frunciendo el ceño, ¿se referiría a la partida de Walter? Ella lo que quería saber era sobre los dos que tenía encerrados.

Con mal humor, recogió las cartas y volvió a empezar, barajó y puso otra vez cuatro sobre la mesa. Levantó una, esta vez era el ermitaño, era la carta de la meditación, de la búsqueda de la verdad. Frunció el ceño. Levantó otra: la luna, algo que estaba oculto; la próxima fue la torre, ¡el caos!, esas tres juntas le causaron un escalofrío que le recorrió la espalda de arriba abajo. Giró la última: otra vez el carro, un viaje, meditación, algo oculto junto al caos, eso podría resultar fatal. Se las quedó mirando sin entender nada, notaba que las manos le sudaban y se las secó en la falda.

¿Quién diablos era ese hombre que estaba en la recámara de Walter? Tenía que averiguarlo si no quería que las tinieblas cayeran sobre ellos. Cogió la pistola que siempre tenía a mano y salió de allí. Sus pasos resonaron apresurados en el suelo, se cruzó con dos de las chicas que vivían allí, dos zorritas de los hombres de su hermano; y estas, al verle la expresión, se apartaron de su camino, conocían su carácter explosivo.

Al abrir el cerrojo, este hizo un chirrido quejumbroso. Dentro, sus dos invitados indeseados la miraron con el ceño fruncido.

Sus ojos negros se clavaron en el hombre.

—¿Quién demonios eres tú?

—Michael Smith.

¡Era la viva imagen de su hermano! Sin embargo, no tenía ningún pariente con ese nombre.

—Levántate.

Él no se lo hizo repetir, era muy consciente de la pistola que aquella mujer llevaba en la mano; aunque fuera una antigualla, podía hacer el mismo o peor daño que a las que estaba acostumbrado.

La mujer se le acercó y, viendo su gran estatura, le advirtió:

—Ten muy en cuenta que sé utilizar esta arma —dijo levantando la pistola. Dio una vuelta alrededor de él.

Kathy, que en el tiempo que llevaban allí estaba con los nervios a flor de piel, no lo pensó dos veces, cogió una botella vacía que había quedado encima del cajón a su lado y la levantó para golpearla en la cabeza, pero recibió un golpe de culata en la sien. Lauren había visto su movimiento con el rabillo del ojo.

—Joder, no... —Él se arrodilló sobre la cama donde Kathy estaba desmadejada boca abajo, vio un hilo de sangre que le corría por la frente. Le buscó el pulso en el cuello y lo sintió regular bajo sus dedos—. Si vuelves a tocarla desearás no haber nacido. Tráeme agua limpia, alcohol y unas vendas.

Lauren lo miró frunciendo el ceño. Vio cómo él acomodaba a la hija de Jack, ¿sería la Bullock que ella pensaba? Empezaba a dudarlo. Si lo fuera, ya tendrían a su enemigo tocando a la puerta. Además, él no era Walter.

—No soy tu criada.

—No he dicho que lo fueras, tengo que curarle esa herida. —La voz profunda y dura de Michael hizo que saliera de allí apresuradamente. Cuando volvió lo hizo con un cubo de agua, una botella de ron y unos paños sucios.

—Aquí tienes.

Él lo miró.

—¿Qué se supone que voy a hacer con eso?

—Tú me lo has pedido.

—Déjame tu cuchillo.

—¡Y un cuerno!

En un movimiento que no esperaba, él se lo arrebató del cinturón. Lo vio rasgar su propia ropa en una tira y dejar el cuchillo a un lado. Michael le lavó la herida con la mano mojada con el agua del cubo, por lo menos estaba limpia. Luego olfateó qué era la botella que le había llevado, ron, imaginó que serviría para desinfectar la herida. Le vertió un chorrito y con la tira de su camiseta le hizo un vendaje improvisado, pensando que no era bueno que en pocos días recibiera dos golpes en la cabeza.

Lauren no perdía de vista lo que él hacía y cómo la trataba, jamás había visto a un hombre ser tan cuidadoso con una mujer. Además, le llamaba la atención cómo iban vestidos, nunca había visto nada igual. Una mujer y un hombre con unos pantalones que parecían una segunda piel y esas camisas tan raras... Tenía que saber lo antes posible de dónde habían salido. Enseguida entendió lo que tenía que hacer.

—Veo que te importa mucho esta mujer.

Se irguió sobre ella en toda su estatura y, con cara de pocos amigos, le dijo:

—Si aprecias tu vida no vuelvas a ponerle una mano encima. —Su tono amenazante la hizo dar un paso atrás.

—No lo haré si ella no me ataca. —No podía dejar que él tuviera la última palabra, necesitaba demostrar quién mandaba allí—. Ahora que no nos molestará durante un rato —dijo mirando el cuerpo inconsciente de Kathy—, ven.

Michael vio que con la pistola señalaba la habitación secreta. La precedió alerta por lo que ella pudiera hacer. Lauren lo seguía.

Al entrar le indicó que se sentara en una de las sillas que rodeaban la mesa central. Se mantuvo callado, a ver qué hacía a continuación. Se sentó frente a él, quitó el trapo que cubría la bola de cristal y empezó a respirar profundamente, parecía que se estaba concentrando, él era escéptico y esperaba alguna tontería. Lauren cerró los ojos y su respiración se volvió errática, cuando volvió a abrirlos, sus manos se movían sobre la bola y se concentró en lo que veía en ella. El silencio era absoluto, la mirada de ella no se apartaba de lo que le mostraba la bola, de repente fruncía el ceño o sus ojos se abrían con desmesura.

Así estuvo un buen rato, que a Michael se le hizo eterno; tenía la necesidad de acudir al lado de Kathy para que, si volvía en sí, no se encontrara sola. Ella había mantenido la calma, pero por el ataque a Lauren supo que ya se le había terminado la paciencia.

De repente, los ojos negros de la mujer se clavaron en él.

—No hace falta que me digas ninguna tontería, no la creeré. Si has terminado...

—¡Has venido del futuro!

Aquellas palabras le recordaron una famosa película y sonrió sin humor.

—Oh, sí, me he olvidado a mi perro Einstein.

Ella no entendió lo que había querido decir, pero supo que no la creía.

—¿En qué año estamos?

—2022.

—¡Demonios! ¿Cómo llegasteis aquí?

—Dímelo tú. ¿No te lo ha dicho esa bola que mirabas con tanta atención? —dijo con ironía.

—Estamos en el año 1805.

—Y una mierda. Tenéis muchas cosas que explicar, habéis retenido contra su voluntad a un agente de policía y a una civil. Cuando salgamos de aquí vais a ir de cabeza a la cárcel.

Lauren rio.

—¿Has visto lo que te rodea? ¿Todo esto es típico de tu tiempo?

Michael pensó en todo lo sucedido desde el momento que entraron en aquella cámara secreta: los cegó una luz que los obligó a cerrar los ojos y al abrirlos todo estaba cambiado, y ellos no se habían movido del lugar. El corazón que habían acunado entre las manos desapareció, y todo a su alrededor... Recordó el exterior de la casa, su coche no estaba, había muy pocas

construcciones cerca, no muy lejos se advertía una ciudad, pero no parecía la que él había visto tantas veces desde la ventana de la casa de su abuela. ¿Sería posible lo que estaba diciendo esa mujer? ¿Qué había desencadenado ese caos?

—¿No nos habéis drogado?

—¿Qué es «drogado»?

—Joder, joder, joder...

Capítulo 12

Michael estaba sentado al lado de Kathy, pensando en si creerse o no lo que le había dicho Lauren. Esta se hallaba en uno de los sillones, había dejado la pistola a un lado y él se preguntaba qué habría visto en la bola de cristal.

El policía no creía en esas tonterías, pero lo cierto era que al salir de la cámara secreta había apartado las cortinas y mirado por la ventana, tuvo una visión del río igual que la que siempre había tenido al subir al desván de la casa de su abuela. Lo que faltaba eran las casas de los vecinos y todo el entorno.

—Eres idéntico a Walter, no me extraña que te confundiera con él, hasta andas de la misma forma. —Lauren lo miraba como si tampoco se lo acabara de creer—. Y tu voz es la misma.

—Walter Smith —dijo él—. Pirata.

—¿Tienes algún problema con eso?

—No. Crecí con mi abuela Kristen contándome historias de piratas, siempre le decía que de mayor quería ser uno de ellos.

Lauren sonrió.

—Los sueños de un niño.

—Eso es lo que eran. Cuando Kathy y yo entramos ahí —con la cabeza hizo un gesto señalando la puerta secreta—, en una de las paredes había una bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas.

—¿Me estás diciendo que tu abuela sabía...?

—Nunca creí que tuviera los poderes que decía poseer, ahora dudo de mis creencias.

—¿Poderes?

—Sí, echaba las cartas del tarot en la parte de atrás de su tienda de antigüedades.

Lauren volteó un poco la cabeza, pensativa. Cuando echó las cartas, le salió la luna, y la interpretó de otra forma, algo que todavía no conocía. Supo que Michael era descendiente de Walter. Cualquiera los confundiría a los dos por hermanos, eran idénticos. Lo único que cambiaba era su vestimenta.

—¿Qué hacíais cuando viajasteis en el tiempo?

No había ninguna razón para no decírselo, tal vez ella los pudiera ayudar a volver a su realidad.

—En la cámara había una mesa con piedras preciosas.

—Está ahí. Todas me las ha traído Walter de algunos de sus viajes.

—Había más. Había un corazón de jade perfectamente tallado, parecía que nos invitara a tocarlo, la tentación se volvió irresistible.

—¿Jade? Se hacen amuletos, atraen a la buena suerte. —Vio que Lauren sabía más que él—. Eso puede significar que vuestra presencia aquí nos traerá prosperidad.

—No podemos quedarnos aquí. Nuestro mundo es otro.

Se dio cuenta de que estaba asumiendo que habían viajado en el tiempo.

Miró la cama hacia Kathy, ella seguía sin sentido y empezaba a estar preocupado. Además, ¿cómo decirle que habían retrocedido dos siglos? Pensó en que todo el mundo se alarmaría si no los encontraban, luego recordó que tenía problemas mayores que ese, como por ejemplo volver a su época.

—¿Sabes cómo podemos...?

Lauren ya sabía lo que le quería preguntar y negó con la cabeza.

—Creo que necesitáis esa piedra y no hay ninguna como la que describes.

Michael resopló. ¿Tendrían que esperar a que Walter le trajera el corazón de jade a su hermana?

Kathy se removió, él le apartó el pelo de la cara.

—Kathy, Kathy...

—Mmm.

—¿Cómo te sientes?

—Otra vez la preguntita dichosa, estoy cansada de deciros que estoy bien. —Parecía como si ella no recordara lo que había sucedido y Michael frunció el ceño alarmado.

—Kathy, mírame.

Ella aleteó las pestañas y al fin abrió los ojos. Pareció que recordara todo de golpe, miró a su alrededor.

—No ha sido una pesadilla. —A pesar de que no lo había preguntado, él negó con la cabeza —. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—Va a ser un poco complicado.

—No me jodas, volvemos a casa caminando y punto.

—No es tan fácil.

—Esperamos a que sea de noche y nos largamos a toda leche.

«¡Qué manera más rara de hablar que tiene esta mujer!», pensó Lauren.

—Creo que antes tendremos que encontrar el corazón de jade.

Kathy se incorporó.

—¿Por qué? —En ese momento sintió un pinchazo en la cabeza y vio a Lauren, sentada en el

sillón frente a la cama—. ¿Qué pasa aquí?

No había forma de decirlo sin que lo tomara por un loco.

—Hemos retrocedido dos siglos en el tiempo.

Ella no lo entendió.

—¿Qué? ¿De qué hablas? No digas tonterías, que me duele la cabeza.

—No te estoy tomando el pelo, mira por la ventana y lo verás tú misma.

Kathy clavó su mirada verde tormentosa sobre él. Si le estaba tomando el pelo le daría una patada en las pelotas que se le pasarían las ganas de bromear. Se levantó despacio al notar que la cabeza le daba vueltas. Él le dio una mano y la acercó a la ventana, vio cómo palidecía al ver la oscuridad, la falta de casas alrededor y el río al fondo, iluminado por la luz de la luna.

—¿Qué ha pasado? —Su voz apenas se oía, la impresión le hizo temblar las piernas, se tambaleó y Michael la cogió por la cintura arrimándola a su pecho.

—El corazón de jade nos trasladó en el tiempo.

Aquellas palabras le cayeron a Kathy como si de repente le hubiese estallado la cabeza.

—¡¿Qué?! —gritó—. No puede ser. —Desconfiada, miró a Lauren. Esta afirmaba con la cabeza—. No me lo creo.

Salió de la habitación como una exhalación, bajó las escaleras y fue directa a la puerta, la abrió y empezó a correr mirando a su alrededor. Su mente le decía que no podía estar pasando aquello; sin embargo, lo estaba viendo con sus propios ojos. Se giró a mirar la casa y parecía la misma en la que había entrado por la mañana, pero muy rústica. Cuando su cerebro se dio cuenta de las implicaciones se derrumbó, cayó de rodillas y sus dedos se internaron en la tierra blanda. Entonces la venció el miedo y no pudo evitar un llanto histérico.

Michael, que se mantenía cerca de ella, se arrodilló a su lado y la envolvió entre sus brazos, arrullándola.

Capítulo 13

En aquella casa vivían Walter, su hermana y varias mujeres que eran las compañeras de los esbirros del capitán Smith, que hacían las veces de criadas cuando ellos estaban en el mar. Además, siempre quedaban en tierra varios tipos, para la seguridad de la propiedad; era bien sabido por todo el mundo que Bullock no dudaría en atacar si sabía que dejaba a Lauren desprotegida. Otros de sus hombres residían en la isla de Bretón, donde el capitán tenía unos almacenes para sus botines mientras no los vendía, y se estaba construyendo una mansión. Iba a trasladarse allí cuando estuviera terminada. Lauren se negaba a trasladarse, la isla estaba llena de los pendencieros amigos de Walter.

Por otro lado, a él le iba bien, pues en la casa de su hermana podía guardar los objetos de valor que saqueaba, los que no compartía con los demás. ¡Él era el capitán y quien mandaba! Y eliminaba la tentación de que alguno de sus hombres quisiera robarle alguna alhaja valiosa.

En el pasado, había tenido que luchar contra alguno de sus esbirros cuando estos se emborrachaban y pretendían sustituirlo. No tenía piedad si alguno de ellos lo traicionaba. Él les ofrecía una vida llena de aventuras, tenían techo sobre sus cabezas y nunca les faltaba comida y bebida, además de parte de los botines; a cambio pedía lealtad.

En la isla de Bretón siempre había guardianes, y cuando él se ausentaba dejaba a su hombre de confianza, Pemberton. Era un tipo que se codeaba con las gentes de Nueva Orleans, sabía en quién podía confiar y en quién no. Además, le tenía encargada la custodia de Lauren, no quería que ninguno de sus enemigos se metiera con ella al saberlo a él lejos. Había enseñado a su hermana a defenderse y tenía sus propias armas, no dudaba de que ella sola amedrentaría al más curtido de los hombres.

El que lo preocupaba era el viejo Bullock; en sus buenos tiempos cada uno batallaba por su cuenta, pero desde que había resultado herido y baldado en una pierna, que lo había dejado cojo, se había vuelto un amargado envidioso que siempre buscaba camorra. Tenía una hija que era una mala víbora. Se había propuesto seguir la estela de su padre, pero al negarle ese capricho, al no dejarla capitanear su barco, ella se dedicó a sembrar la discordia entre sus hombres y siempre tenía algún conflicto entre manos. Cuando sus hombres se emborrachaban sembraban el temor en

las calles de Nueva Orleans y los seguidores del capitán Smith se veían en problemas, teniendo que escapar de peleas en las que ellos no habían participado. Las autoridades los seguían a todos.

***

Michael había cogido a Kathy en brazos y la entró a la casa. Lauren le dijo que la esperara en el comedor. Había una larga mesa de madera con espalmatorias que rebosaban cera de las velas a medio consumir. A los lados, unos largos bancos; y en los extremos, unos sillones de madera completaban el mobiliario. Él se sentó en la punta de un banco con Kathy en el regazo, y la hermana de Walter volvió enseguida con un barrilete de ron y unos vasos de barro. Los dos veían las miradas extrañadas que los hombres y las mujeres lanzaban a los desconocidos.

—Un buen trago la tranquilizará —dijo Lauren, y luego se giró hacia los brutos que no los perdían de vista y vociferó—: ¿Es que no tenéis nada que hacer? Él es Michael Smith, mi primo, ha venido con su mujer desde el norte.

Vio en las caras sucias de aquellos que no la creían, y levantó una ceja morena y amenazadora. Uno de los hombres que parecía tener el mal de San Vito, porque siempre estaba removiéndose, se le encaró:

—Lauren, no nos tomes por necios. ¡Es el vivo retrato del capitán! ¿Qué estáis tramando tú y tu hermano?

Ella se le acercó sacando la navaja que siempre llevaba en la cintura.

—Necio, ¿no te he dicho que somos primos? —El tipo se revolvió al ver las llamaradas que salían de los ojos de Lauren—. Así que a partir de ahora, espero que lo tratéis como si fuese el capitán.

Se formó un gran murmullo mientras todos salían de allí.

Michael le agradeció a Lauren, con una mirada, que los estuviera defendiendo y les proporcionara una excusa para estar en aquella casa. Sin pensar, llenó un vaso con el contenido del barril y se lo dio a beber a Kathy, sin tener en cuenta que llevaban muchas horas sin comer.

—Bebe, Kathy, te sentirás mejor.

Ella puso cara de asco cuando el líquido bajó por su garganta, pero enseguida notó que le calentaba las entrañas, que se le habían quedado heladas. Sorbo a sorbo se bebió el vaso entero.

Lauren había servido uno para él, y al probar aquel fuerte licor miró a Kathy frunciendo el ceño, al fin pensó que le serviría para dormir.

Una de las mujeres a la que llamaban Scarlet les llevó una bandeja con marisco y pescado. En cuanto el olor inundó sus fosas nasales, Michael se dio cuenta de que estaba hambriento. Vio que Lauren atacaba la comida y no lo dudó, él hizo lo mismo. Kathy se había levantado de su regazo y lo miraba todo con ojos expertos de los entendidos en antigüedades, pasaba la mano por encima de las superficies como si no quisiera que aquello se estropeara.

—Kathy, ven a comer.

—No tengo hambre —contestó ella sin mirarlo.

—Está muy bueno, ven, pruébalo.

Ella se acercó a Lauren y a Michael, que estaban en una punta de la mesa, sentados frente a frente. Tomó un trozo de pescado y lo mojó en una salsa oscura.

—Sí, está muy bueno —afirmó Kathy.

—Siéntate y come un poco más.

—No, aquí hay muchas cosas antiguas.

Lauren la miró con extrañeza, y Michael estuvo a punto de soltar una carcajada; en la época que estaban, allí no había nada viejo. Vio que le brillaban mucho los ojos y no supo si era por la emoción de lo que veía o por el vaso de ron que se había bebido.

—Mañana seguirán ahí, ven y come.

Ella negó con la cabeza.

—Las pueden vender.

—¿De qué está hablando? —preguntó Lauren.

—Es una estudiosa de antigüedades, además trabaja en una tienda. —Al ver que lo miraba sin entender, trató de explicarse mejor—. Igual que tú sabes mucho del tarot y de la bola de cristal, ella sabe mucho de objetos viejos.

—Comprendo. ¿Y eso se vende?

—Sí, hay personas que pagan una fortuna por algo que otra ha tirado por vieja.

—Si es viejo...

—En nuestra época, la basura de uno puede ser un tesoro para otro.

Kathy daba vueltas por el comedor mirando a través de las ventanas, pasaba las manos por los roñosos cristales para ver algo. Se comportaba como un niño. Y Michael supo que el ron se le había subido directo a la cabeza.

—Sois realmente raros.

Él se centró en Kathy.

—Ven, siéntate y come, después puedes seguir reconociendo todo lo que quieras.

Aquellas palabras parecieron gustarle. Ella se sentó a su lado y empezó a atacar la comida, se sirvió otro vaso de ron.

—Cuidado con eso, ¿no te apetece más un vaso de agua? —La tentó alargando la mano hacia el vaso de ella.

Kathy le dio un cachete en los dedos.

—Deja mi vaso.

Lauren los miraba con una sonrisa en los labios. Si ella le hubiese hecho algo así a alguno de los hombres, este le hubiese cruzado la cara de un puñetazo sin pensarlo. La relación entre esos dos era muy distinta a la que vivían en esa misma casa. Esperaba que esa mujer no fuera tan atrevida con ninguno de los hombres, si lo hacía recibiría más de un castigo.

—Come —repitió él, dejando el vaso.

—No sé lo que estoy comiendo —dijo ella—. ¿Qué tipo de pescado es? —preguntó mirando a Lauren, pero no la dejó responder—. Este vestido que llevas me gusta mucho, aunque no sé cómo puedes comer con ese corpiño tan apretado; ¿no es incómodo?

Se puso otro trozo de pescado en la boca, lo que aprovechó Lauren para hablar.

—Lo podrás comprobar por ti misma —aseguró, y luego continuó, mirando a Michael, en voz baja—: Será mejor que mientras permanezcáis aquí vistáis como nosotros. Si no lo hacéis llamaréis mucho la atención, eso puede ser peligroso.

Él la observó con los ojos muy abiertos, imaginándose vestido como esa panda de filibusteros, luego se le pasó por la cabeza la imagen de Kathy vestida con unas faldas y ese corpiño apretado.

—Tienes razón, será lo mejor hasta que podamos solucionar nuestro problema.

Al mirar a Kathy vio que se había terminado su vaso de ron otra vez, ya iba a volver a llenárselo. La observó y negó con la cabeza.

—Tengo sed —arguyó ella.

—Lauren, ¿pueden traer agua?

Ella le hizo un gesto a Candice, una de las mujeres que estaban comiendo al otro lado de la larga mesa; esta acudió, y la otra le pidió una jarra de agua y fruta.

Candice era una mujer rolliza, con unos ojos color miel, que los miró a los tres con el ceño fruncido, su boca ancha no mostraba satisfacción por la petición ni por tenerlos comiendo en la misma mesa.

Wendy, que era la otra que comía allí, los miraba recelosa, preguntándose qué estaba pasando. Todos sabían que era muy desconfiada con todo el mundo, sus ojos grises taladraban a los desconocidos, en especial a Kathy, que se estaba comportando de una forma muy rara desde que entraron en aquella sala.

Cuando Candice volvió y dejó lo que llevaba entre sus manos encima de la mesa, Michael le sirvió un vaso de agua.

—Bebe.

—Pareces mi madre —al decirlo se le escapó una risita.

Michael supo que el ron estaba corriendo por sus venas; de momento resultaba divertido, esperaba que siguiera así y durmiera la borrachera sin inconvenientes. Veía cómo la miraban esas mujeres y no le gustó nada. Tendría que estar alerta.

Kathy se tomó su vaso de agua y se levantó, todos los presentes la seguían con la vista. Ella miraba todo como si fuera una niña en un parque de atracciones. Se acercó a Candice y Wendy.

—¿Habéis cocinado vosotras? —La observaron como si hubiese dicho una barbaridad y negaron con la cabeza—. Es que estaba muy bueno.

—Quien cocina es Scarlet —contestó Candice—. La encontrarás por allí. —Le señaló una puerta, había visto que Derricks y Scarlet estaban teniendo uno de sus encuentros libidinosos y esperaba ver cómo era echada de malos modos del dominio de la mujer.

Kathy traspasó la puerta y vio lo que Candice esperaba, se paró de repente, no quería molestar,

por mucho que pensara que allí no era lugar para esos juegos. Se tapó los ojos y aguantó la respiración, miraba entre dos dedos que había dejado separados. Le entraron unas terribles ganas de reír al ver a aquella mujer voluptuosa sentada en el borde de una mesa y un hombre muy delgado con los pantalones por las rodillas en plena faena, sus ojos se clavaron en el culo del hombre, nunca había visto uno tan peludo. La risa iba a escapársele de un momento a otro. Andando hacia atrás, con cuidado de no hacer ruido, salió de la cocina, y al cerrar la puerta se le escapó una carcajada. Fue al lado de Michael, se inclinó hacia su oído y le dijo:

—Nunca había visto un culo tan peludo. —Su comentario pudieron oírlo todos—. Será mejor que los deje tranquilos. —Aquella afirmación hizo que Lauren frunciera el ceño, sabía que Scarlet y Derricks estaban juntos y se imaginó lo que había visto.

Kathy fue hacia el vestíbulo y sus ojos se posaron en varias espadas que estaban apoyadas contra un rincón al costado de la puerta.

Cogió una e hizo una serie de movimientos, como si estuviese defendiéndose de un enemigo invisible. Michael la había seguido con los ojos y al verla temió que se hiciera daño. Lauren también la miraba y sonrió.

—Creo que con tu mujer no nos vamos a aburrir.

Él iba a negar que fuera nada suyo, pero lo pensó mejor y cerró la boca, no sabía cuántos hombres había por allí y tenía que protegerla.

—Kathy, deja eso. —Parecía que le hablara a una niña pequeña.

—¿Por qué? Ven.

Él se levantó y fue hacia ella, quien le tendió otra espada.

—*Sur ses gardes*[1] —dijo en francés, poniéndose en posición de ataque.

—De ninguna manera —contestó con una media sonrisa.

—¡Qué aburrido eres!

—Puedes hacerte daño.

—No.

Wendy se les acercó con una sonrisilla que a él no le gustó nada.

—¿Si quieres yo puedo pelear contigo?

—¡Cojonudo! —exclamó Kathy.

Lauren, que no confiaba en esa mujer, se levantó.

—Wendy, déjalo.

La aludida la miró con mala cara, no pensaba hacerle mucho daño, solo pretendía generarle unos cuantos rasguños para demostrarle que ella era mejor. Había visto las miradas de ese tipo tan guapo hacia ella, y quería ridiculizarla. Así, tal vez, esos ojos oscuros mirarían en su dirección y podría catar lo que aquellas ropas que se adaptaban tan bien a ese cuerpo ocultaban.

Kathy dejó de mala gana las espadas donde las había encontrado.

—Voy a llevarla arriba a acostarla, ese ron... —habló Michael mirando a Lauren.

—Es buena idea.

Él la cogió de la mano y tiró hacia las escaleras.

—No tengo sueño, ve tú, yo subiré más tarde.

—No, subimos juntos.

Kathy se puso las manos en las caderas en actitud desafiante.

—¿Pretendes darme órdenes?

—Nunca se me ocurriría.

—Pues a mí me ha parecido que me mandas acostar como a una niña. No eres mi padre.

Michael la veía guerrera, estaba guapísima; con el vendaje en la cabeza parecía un pilluelo pirata y lo estaba desafiando allí frente a esas mujeres que la miraban mal, no sabía por qué, y no pensaba averiguarlo, por lo menos no esa noche. Ella no estaba en condiciones de defenderse de nadie. El día había sido como si se hubiesen internado en una película de ciencia ficción. Esperaba que después de un buen sueño vieran las cosas de otro color, no tan negro como las tenían en esos momentos.

—Vamos —dijo tendiéndole la mano.

Ella ocultó las suyas en la espalda y negó con la cabeza.

—No. —Se le notaba en sus posturas y su voz que el ron le hacía hacer todo eso.

Él temió que en su estado dijera algo que alertase a las mujeres que había allí de su secreto, dudaba que Lauren viera con buenos ojos que supieran que habían venido del futuro. Además, la podían tachar de loca y se imaginaba que tendrían que pasar allí una temporada, más les valía que creyeran que habían venido del norte. Sin dudarlo, se la cargó al hombro y subió las escaleras. Vio que Lauren sonreía y las otras fruncían el ceño. Pensó que eso les dejaría bien claro que no permitiría que se metieran con ella.

Kathy, al verse alzada de ese modo, empezó a golpearlo en la espalda.

—Bájame, bruto, no quiero subir todavía.

Él le dio una palmada en el trasero.

—Sh, no me has dejado otra opción.

—Eres un bárbaro. Suéltame ahora mismo.

A Michael se le escapó una sonrisa canalla al pensar que, al fin y al cabo, tendría que ser un pirata como le decía a su abuela.

Cuando entró en la habitación donde habían estado antes, se sorprendió al encontrar sábanas limpias al pie de la cama, y el suelo barrido de cristales.

—Cafre, suéltame, me estoy mareando.

Él la creyó y la dejó sobre sus propios pies. Vio que se tambaleaba y la sentó en uno de los sillones del rincón.

—Aquí, quietecita, voy a hacer la cama.

Kathy notó que las paredes parecían ondularse, cerró los ojos, esperando que se le pasara pronto. Y se quedó dormida al instante.

Cuando Michael terminó, le dijo:

—Venga, a dormir, piratilla.

Al no oír su respuesta, la miró y vio que había caído en un profundo sueño. Pensó un segundo en acostarla y supo que debía sacarle el vaquero, no dormiría cómoda con él. La tendió sobre la cama y tiró de la prenda, luego pensó en el sujetador, ¿y si no llevaba?; le puso una mano sobre el pecho y notó que sí. Se lo desabrochó y se lo sacó por los lados de la camiseta de tirantes que llevaba. La acomodó en el lado derecho y él se desnudó, solo se dejó el bóxer y se acostó a su lado.

Teniendo en la mente todo lo ocurrido ese día, le costó mucho dormir. Además, estaba Kathy, que se había dado la vuelta y lo había cogido por la cintura, apoyándose en su pecho. Era una sensación completamente nueva para él, nunca había sentido la necesidad de cuidar y proteger a alguien como le pasaba con esa mujer que dormía enroscada a él.

Estaba seguro de que habían sido todas las emociones que habían vivido ese día lo que lo tenía confundido, no podía ser que se sintiera atraído hacia ella, apenas la conocía, no sabía sus gustos ni nada, pero no podía evitar que sus manos la abrazaran contra él.

Capítulo 14

Kathy despertó y notó que estaba apoyada contra algo caliente y suave. Se estiró y advirtió que uno de sus brazos estaba inmovilizado por algo pesado. Levantó los párpados y se le abrieron los ojos como platos al ver el pecho desnudo de Michael. Incorporó la cabeza y vio que estaba dormido. El simple movimiento le causó un mareo, sentía la cabeza embotada. Se relajó, pero solo le duró un segundo, no notaba los pantalones y tampoco el sujetador, se miró y vio que llevaba la camiseta. ¿Qué habría pasado? No recordaba habérselos sacado ella.

Tratando de recordar le vinieron a la mente todos los acontecimientos del día anterior, ¿había sido real? Se tocó la cabeza, ¡mierda! Sí, no había sido fruto de ninguna pesadilla.

Sin ser consciente de ello, se apretó más hacia Michael y eso lo despertó.

—Sh, duerme —susurró él contra sus cabellos, besándolos.

Aquel gesto espontáneo fue una sorpresa para los dos. Ella pensó que se debía a la tensión que llevaban acumulada, Michael supo que se estaba despertando dentro de él algo que creía aletargado: nunca había sentido aquel calor en las entrañas que lo hacía desear formar parte de ese cuerpo menudo; además, quería que ella sintiera lo mismo.

—Eso va a ser difícil. —Esas palabras lo sacaron de sus cavilaciones.

—¿Por qué? Solo tienes que cerrar los ojos.

—¿Y cuando los vuelva a abrir estaremos en casa de tu abuela?

Él no respondió, y ella levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—No voy a mentirte.

Kathy se arrimó más a él como si pretendiera fundirse en su piel.

—Tengo miedo. —No le importó reconocerlo.

—De momento creo que estamos a salvo, pero no se te ocurra ir por ahí sola, no sabemos en quién podemos confiar. —Michael no quería asustarla, solo pretendía que fuera consciente del peligro que corrían entre esas gentes que no dudarían en sacar un cuchillo o cualquier otra arma a la más mínima provocación, o sin ella también.

—Me pegaré a ti como una lapa.

—Perfecto —dijo notando lo bien que se amoldaba a su cuerpo. Parecía mentira, con lo

menuda que era y sentía como si lo envolviera.

—¿Qué vamos a hacer?

Él sabía muy bien lo que le estaba preguntando, pero lo malinterpretó a propósito.

—Bajar a desayunar.

Kathy levantó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido.

—Sabes muy bien que no me refería a eso.

—Lo sé.

La atrajo para que reposara la cabeza en su pecho. Ella aspiró y el aroma de hombre la embriagó. ¿Sería el olor natural de Michael o algún perfume? Aquello la distrajo de sus quebraderos de cabeza, se concentró en aquel olor para distraerse de sus problemas.

—No quiero que te preocupes, no te separes de mí y veremos cómo podemos salir de esta. —Al tiempo que hablaba la envolvió en sus brazos para tratar de infundirle seguridad.

Kathy no fue consciente de que levantaba la cabeza y le daba un beso en el cuello, después supuso que fue una forma de agradecerle que tratara de darle ánimos y la protegiera. Sin embargo, él lo sintió como una muestra de cariño, le puso una mano en la nuca y, con el pulgar bajo la fina barbilla, hizo que lo mirara a los ojos. Los verdes se engancharon a los oscuros, cada uno se veía reflejado en los iris del otro.

«¿Ese brillo sería amor? Nooo, imposible», pensó Kathy, sin saber que él hacía lo mismo. Cuando Michael bajó la cabeza y le rozó los labios, supo que estaban viviendo un cataclismo. En esos momentos que deberían estar buscando la forma de volver a su tiempo, había surgido ese sentimiento que deseaban disfrutar al máximo. Supo que eso era fruto de la tensión que estaban viviendo. Necesitaban una válvula de escape y la encontraron en ese abrazo.

Ella buscó más contacto, se estiró, y el beso no fue tan tierno como el de él, fue tórrido y se volvió pasional. En pocos minutos estaban los dos jadeantes y sus manos recorrían el cuerpo del otro como si el mundo fuera a acabarse en cualquier momento.

La puerta de la habitación al abrirse los volvió a la realidad. Era Lauren, que les llevaba ropa.

—He pensado que necesitáis esto para pasar desapercibidos. —Kathy se escondió tras el cuerpo de Michael que se había sentado en la cama a punto de saltar contra quien osara entrar. Su respiración agitada hablaba por sí sola—. Lo siento, no pretendía... Será mejor que cerréis la puerta con llave si no queréis ser molestados.

—Lo recordaré —dijo él—. Gracias por la ropa. —Al escuchar la puerta cerrarse, Kathy asomó la cabeza y la giró hacia él, quien la miró y sonrió—. Esto va a ser divertido —aseguró con una gran sonrisa.

Ella no sabía de qué le estaba hablando hasta que vio lo que él miraba: una pila de ropa como la que llevaban en aquella época. Frunció el ceño. Antes de la inoportuna interrupción, estaban sumergidos en una danza de pasión que los había envuelto en cuestión de segundos, y se había sentido lanzada a una espiral de emociones que la atrapaban en una telaraña de la que no quería escapar. ¿Tan poco había significado para él ese beso? A juzgar por el interés que mostraba en la

ropa...

Michael no se sentía sereno en absoluto, solo pensaba que se estaba aprovechando de la situación, del miedo de ella. Y se maldijo. No debería haber dejado que su leve rozamiento de labios terminara en aquella vorágine de pasión que lo había excitado al máximo.

Al mirarla a los ojos, vio que ella esperaba que siguiera con lo que estaban haciendo antes, pero no sería tan desvergonzado como para beneficiarse de la situación. Tenía que alejarse de la tentación, se levantó y se acercó al montón de prendas. Había unos pantalones enrollados negros que seguro le vendrían bien; se apresuró a ponérselos, su miembro aún no estaba en reposo. También una camisa que imaginó que en algún momento debería haber sido blanca —se ponía por la cabeza y tenía unos cordones en el pecho—, las botas que acompañaban al conjunto eran de caña alta; se sorprendió, todo le iba bien, parecía confeccionado para su cuerpo.

—Pareces un pirata —afirmó Kathy, se había quedado sentada en la cama admirando el cuerpo firme de ese hombre que, por lo visto, su interés por las ropas superaba al que podía sentir por ella.

—Me gustaría mirarme en un espejo, pero no he visto ninguno por ahí.

—Puedes preguntarle a Lauren —replicó ella mordaz.

Él ignoró el comentario, sabiendo que ella estaba dolida por lo que había ocurrido, o por lo que no.

—Venga, ahora te toca a ti.

Ella se levantó, miró la falda negra, las enaguas blancas, unos calzones, medias remendadas, botas de media caña, una camisa y una especie de corsé.

—Yo quiero unos pantalones y una camisa como tú.

—No abusemos de nuestra buena suerte.

Ella frunció el ceño.

—Eso lo dice el que ha soñado ser pirata desde que era un niño y ahora se le ha presentado la oportunidad de vivir su mayor aventura.

Él sonrió como un demonio.

—Tienes razón, pero no pararé hasta encontrar la forma de volver a casa.

—¿Cómo vamos a volver?

—Lauren supone que nos trajo aquí el corazón de jade.

—Pero desapareció.

—Las piedras que hay ahí dentro se las da su hermano, Walter. Me temo que tendremos que esperar a que le traiga esa joya.

A Kathy se le atascó el aliento en la garganta, se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos, se dio unos golpecitos en el pecho para que el nudo que sentía le permitiera llenar de aire sus pulmones.

—Pueden pasar meses... incluso años hasta que eso suceda —dijo con los ojos llenos de terror.

Él, al verlo, se sentó a su lado y la atrajo hacia él con una mano en la estrecha cintura.

—Esperemos que lo traiga lo más pronto posible.

Kathy se cubrió la cara con las manos, pensando en sus seres queridos. No quería que se preocuparan, pero era algo que no podía evitarles; desaparecer durante meses sería un duro golpe para ellos.

—Si algún día podemos volver y les contamos lo ocurrido, nos tomarán por locos. Podremos estar contentos si no nos encierran en un centro psiquiátrico.

—Me estás hablando de tus padres, ¿verdad?

—Sí.

—Sé que va a ser difícil, pero tenemos otras preocupaciones entre manos: sobrevivir entre esta gente. Solo Lauren sabe lo ocurrido, los demás no creen en sus predicciones.

—Tienes un don especial para levantar la moral de las personas —murmuró con ironía.

—Lo siento, no soy especialista en endulzar la realidad.

—No hace falta que lo jures.

Si seguían por ese camino terminarían discutiendo, pensó Michael.

—Venga, que te ayudo a vestirte.

Kathy lo miró como si hubiese enloquecido.

—¿Te crees que soy una niña pequeña? Yo misma me pondré todo eso. —Señaló las prendas esparcidas por la cama.

—No pienso perderte de vista. —Sus palabras decían que no era algo que pudieran negociar.

—Date la vuelta.

—Tú no te la has dado cuando yo me he vestido —manifestó él, la había estado observando y ella no le quitó ojo de encima.

Kathy cerró los ojos pidiendo paciencia. Notó que la cama se movía y supo que él se había levantado, miró y lo vio de cara a la ventana. Se apresuró a quitarse las braguitas y ponerse esos calzones, ¡por Dios, qué incomodidad! Bufó. Tomó las enaguas y se las puso, meneaba la cabeza pensando en el gran cambio que había sufrido la moda y agradecía que ella no hubiese vivido en esa época... error, lo iba a vivir por un tiempo indeterminado. Le entraban escalofríos solo de pensar en que no sabía cuándo podría volver.

La falda no representó ningún problema, solo pensaba si podría aguantar todo el día con aquello puesto.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Es que estas mujeres no llevan sujetadores?

Michael la oía murmurar y sonreía.

Se puso la camisa y entonces entendió por qué llevaban ese cinturón abrochado con cordones. Tuvo la tentación de ponerse su sujetador, pero se le vería con aquella camisa que no le cubría los hombros. Tenía que conseguir ropa de hombre o se volvería loca.

—Joder, ¡qué incomodidad!

—¿Puedo darme la vuelta?

—No. —Por el tono de voz supo que más le valía no hacer comentarios.

Kathy se puso las medias y las botas, por lo menos no le apretaban, a primera vista le parecieron pequeñas, pero no.

Él la oyó moverse por la habitación y sus pasos se le acercaron, la sintió a su lado y bajó la vista.

—¿Ya puedo mirar?

—Como te rías, te daré una paliza. —Esa amenaza, viniendo de ella, resultaba risible. Le cogió una mano y le hizo dar una vuelta sobre sí misma.

—Estás preciosa.

—No me siento así. —Lo vio fruncir el ceño—. ¿Qué pasa?

—No se te ocurra separarte de mí.

—¿Por qué?

A Michael le hacía gracia que ella no supiera lo bella que se veía vestida así. Las otras que había visto la noche anterior ya la miraban con animadversión; cuando vieran lo guapa que era, su vida podía peligrar.

—Porque vas a despertar muchas envidias entre las mujeres que viven en esta casa y no quiero que te hagan daño. —Su mirada se posó en el vendaje que le había puesto la tarde anterior en la cabeza—. Ven, seguro que ya podemos quitarte eso.

La llevó hacia una de las butacas y ella se sentó. Se lo quitó con cuidado, la tela se había pegado a la herida; mojó la camiseta que se había quitado en el cubo de agua que aún seguía allí y humedeció la venda para que se desprendiera sin hacerle daño. Enseguida se despegó y vio que tenía un morado; sin embargo, la herida parecía curar bien. Le removió el pelo de tal manera que le cubriera el chichón. Con ojo crítico vio que con la melena despeinada aún se veía más atractiva.

—Eres demasiado guapa. —Parecía un reproche, pero el tono de su voz le decía que no lo era.

—Dices esas tonterías para que deje de quejarme de esta ropa. Voy a convencer a Lauren para que me consiga vestimenta de hombre, tengo la impresión... no, no, sé que es más cómoda.

—No, lo digo para que tengas prudencia, no sabemos los hombres que están por aquí, cualquiera de ellos se creerá en el derecho de tomar lo que quiera.

Kathy frunció el ceño.

—Si lo que quieres es asustarme lo estás consiguiendo.

—Mantente a mi lado y todo irá bien. Sígueme la corriente. Todos creen que eres mi mujer.

—¡¿Tu mujer?! —exclamó.

—Sí, cariño, a partir de ahora será así. —Los ojos verdes de ella se clavaron en él—. Puedes llamarlo instinto de supervivencia, si quieres.

Ella asintió. Y él, como si pretendiera hacerle entender a lo que se refería, se inclinó y le rozó los labios en un suave beso que a ella le encendió la sangre y las mejillas.

«Este hombre va a volverme loca», pensó.

Capítulo 15

Al bajar las escaleras, Michael vio todas las miradas clavadas en Kathy, y no parecían alegres, sobre todo las de Candice y Wendy. Las dos se inclinaron para que nadie oyera lo que decían, supo que no podía confiar en esas mujeres. Había también varios hombres que no estaban allí la noche anterior, estos miraban a Kathy como si pretendieran comérsela; él le cogió la mano, quería dejar bien claro que era su mujer. Cuando sus ojos se trasladaron a él y vieron el increíble parecido con el capitán, abrieron mucho los ojos. ¿Quién sería ese tipo?, se preguntaban. Que era familiar de Lauren era algo que no podían negar, era igual a su hermano.

Kathy estaba preocupada por no caerse con aquellas dichosas faldas y no vio cómo la devoraban con la vista. Al notar que él la cogía de la mano, levantó la cabeza.

—¿Pasa algo?

—Eres mi mujer, ¿recuerdas?

El comentario hizo que mirara a los allí reunidos. Al ver las caras sucias, barbudas, y las melenas andrajosas, contestó:

—Desde luego, cariño. —Le dedicó una sonrisa deslumbrante que hizo contener el aliento a algunos hombres.

Lauren dijo en voz alta para que todos la oyeran:

—Dejad sitio a mis invitados.

Varios tipos se apretujaron en el banco para dejar lugar a los recién llegados.

Kathy la miró.

—Gracias —dijo señalando la ropa.

La mujer le sonrió, luego pasó su mirada a Michael.

—Sabía que te iría como un guante, eres idéntico a él.

Después de desayunar, Michael le dijo que le apetecía dar una vuelta por los alrededores, quería familiarizarse con el entorno, si había problemas necesitaba conocer las vías de escape. Caminaron a orillas de Mississippi, el río era impresionante, abarcaba más que en su época. Michael supuso que al edificar alrededor habían variado su trayectoria. Al llegar a las marismas de la desembocadura, les llamó la atención una isla de las varias que veían, en aquella parecía

que había mucho movimiento de personas y varias edificaciones. A Michael le hubiese gustado tener unos prismáticos para ver qué estaban haciendo.

—¿Qué miras con tanta atención? —preguntó Kathy.

—Parece que en esa isla hay mucho movimiento. Me gustaría saber qué están haciendo.

—Ya salió el policía —lo embromó ella.

—Será deformación profesional.

Ella parecía aturullada cogiéndose las faldas.

—Si encuentro unas tijeras las voy a cortar —murmuró después de soltar un resoplido.

A Michael se le escapó una risotada.

—Yo no lo haría.

—¿Por qué? —Lo miró con el ceño fruncido—. Déjame adivinar. —Se cruzó de brazos y apoyó la cabeza en la palma de su mano como si estuviera pensando—. Ya lo tengo, tú no tienes que llevarlas.

—Lo que pasa es que eres más menuda de quien te las ha prestado, por eso las arrastras. Yo no las cortaría para no ofender a la dueña de la falda.

Él tenía toda la razón, pensó ella, pero no iba a admitirlo.

—Tal vez si lo hago me dejen vestir con pantalones.

—Mejor que no. —Michael se imaginó el culito respingón de ella resaltando en esas vestimentas, y sintió que su ingle despertaba. ¡La deseaba! Ya está, lo había reconocido ante él mismo. No era hombre que se engañara, la noche anterior lo había hecho al convencerse de que no cogía el sueño por los acontecimientos del día. Esa mañana habían terminado besándose y supo la pura realidad: su cuerpo no era inmune a la cercanía de Kathy, al calorcillo que lo había envuelto, a la suavidad de sus curvas. No quería que ningún otro hombre la viera como lo que era: una mujer que quitaba el hipo, sus ojos verdes contrastaban con su melena azabache, y su cuerpo podía hacer enloquecer al más cuerdo.

Kathy supo que él no iba a explicar su negativa, había vuelto sus ojos hacia aquella isla habitada. Como tenía calor y los pies le ardían dentro de aquellas botas, se sentó en una roca, se las quitó junto con las medias y se acercó al agua para refrescarse. La sensación del agua fría entre los dedos de sus pies la animó y, recogiéndose las faldas, se internó hasta las rodillas, de buena gana se habría quitado la ropa y se hubiera bañado.

—¿Qué estás haciendo?

—Pregunta tonta, ya ves lo que hago: refrescarme.

—¿No te das cuenta de que igual que nosotros los vemos a ellos, ellos nos ven a nosotros?

—¿Y qué más da? No estoy enseñando nada.

El miró sus piernas bien torneadas.

—Más de lo que deberías.

—¡Mierda, joder! ¿Es que no hago nada bien? —exclamó ella soltando las faldas que se arremolinaron a su alrededor, mojándose.

Él se dio cuenta de que la estaba reprendiendo en todo lo que hacía o decía, en su afán por evitar problemas la regañaba continuamente. Se internó en el agua hasta que llegó a ella, la cogió por la cintura y la arrimó a su cuerpo.

—Lo siento, no era mi intención hacerte sentir mal. —Posó una de sus grandes manos en la nuca femenina y con el pulgar le levantó la cara para poder perderse en esos maravillosos ojos—. Es que me haces sentir algo que no había sentido en mi vida, y me pone nervioso.

Ella lo miró sin entender.

—¿De qué me hablas?

Michael bajó la cabeza y le capturó los labios en un beso suave que la hizo estremecer de arriba abajo. Que le hizo perder el mundo de vista. Se acercó más a él y enroscó sus brazos en el cuello musculoso de Michael, sintiendo que sus corazones latían al mismo errático compás. Abrió la boca e introdujo su lengua en la boca masculina, probando el sabor de aquel beso que le estaba robando la razón. Él la aupó contra su pecho, con la otra mano en el trasero respingón.

Kathy se sentía volar entre aquellos poderosos brazos, se removió inquieta al notar que la virilidad de él se agrandaba contra su vientre, y sin ser consciente de ello, sus piernas se enroscaron a él.

Él se separó para coger aire, sentía que los pulmones le ardían, en brazos de aquella mujer se olvidaba hasta de respirar. Apoyó la frente en la de ella, el aliento de ambos se mezclaba embriagándolos, mordió con suavidad los labios carnosos, succionándolos, y sintió las manos de ella en sus mejillas cuando inclinó la cabeza para volver a besarlo con aquella pasión que no trataba de reprimir.

Cuando ella separó su boca y la fue bajando por el cuello de Michael, este lo estiró para dejarle espacio, sintiendo la caricia como si fueran las alas de una mariposa. Las manos de Kathy se trasladaron a los hombros de él y se dedicó a atormentarle una clavícula con besos cortos y largos, con la boca abierta, despertando puntos erógenos que él ignoraba que poseyera. Se sintió caliente, a punto de explotar, pero no podía hacerle al amor allí. No conocía el terreno y cualquiera podía estar al acecho.

—Cariño, me vas a matar... —Kathy lo miró y vio que tenía los ojos vidriosos, ella estaba tan excitada como él—. De placer.

Ella apoyó la cabeza en su hombro.

—No sé qué me pasa contigo, debes pensar que soy una fresca, nunca me he comportado así, te lo aseguro.

Michael sonrió.

—Debe ser que aquí te sientes diferente. A mí me pasa.

—Tú estás viviendo tu sueño de niño.

—Te aseguro que en mi niñez nunca me sentí como en estos momentos.

Con ella entre sus brazos salió del agua, la dejó en la arena sobre sus propios pies. Se sacó las botas.

—¿Qué haces?

—No te muevas de aquí.

Sin decir nada más, se internó en el mar, lo que necesitaba era que el agua fría enfriara su cuerpo excitado. Nadó un poco hasta que notó que su virilidad retornaba a su estado normal.

Kathy lo envidiaba, si se metía en el agua con aquellas ropas no estaba segura de poder arrastrarlas, el peso de las faldas mojadas ya era molesto, desnudarse quedaba descartado, del bosque que habían cruzado para llegar allí se oían ruidos que no sabía si eran animales o personas.

¿Qué le estaba pasando con Michael? Nunca se había sentido tan desinhibida como entre sus brazos. Tal vez fuera que los golpes en la cabeza junto al viajar en el tiempo la habían trastocado. No estaba segura de nada. Lo que tenía claro como aquellas aguas turquesas en las que él estaba nadando era que no podía evitar su contacto, que deseaba en todo momento tocarlo.

***

Al sentarse a comer junto a Lauren, Kathy le dijo dónde habían estado.

—Lo que habéis visto es la isla de Bretón, son hombres de Walter que están construyendo una casa y otros cuidan de los almacenes. —En la mirada de Michael pudo ver una pregunta silenciosa—. Allí es donde va a vivir Walter cuando terminen de construir su casa, y es donde se almacena la mercancía para que Pemberton la venda.

—¿Pemberton?

—Es el hombre de confianza de Walter.

Kathy estaba escuchando mientras se explicaba.

—Nosotros podemos ayudar en la construcción. —Miró a Michael, y este comprendió que ella estaba acostumbrada a tener más actividad en su vida—. Yo me dedico a reconstruir muebles antiguos.

Lauren la miró extrañada sin entenderla.

—Su trabajo es arreglar cosas viejas y que queden como nuevas.

—¿Ella?

Michael asintió.

—Sí.

—¿No es un trabajo para hombres?

Él sonrió.

—Las cosas cambiarán mucho para las mujeres de aquí... —Se calló al ver que ella ya había entendido que se refería a su futuro.

—Le preguntaré a Derricks si necesitan más mano de obra. Estaría bien que cuando mi hermano vuelva tenga la casa en condiciones para vivir. —Miró alrededor, sabía que todo lo que dijera podía llegar a oídos de Walter tergiversado. Bajó la voz—. Así me libraría de ciertas

compañías. —Con la cabeza hizo un gesto hacia Candice y Wendy.

—No quiero ser un problema, tal vez si me vistiera de hombre... —aprovechó para decir Kathy.

Lauren sonrió. Michael la miró frunciendo el ceño.

—Te vistas como te vistas, no puedes ocultar lo que eres. Pemberton también tendrá algo que decir al respecto. Yo no me pongo con los asuntos de los hombres y ellos me dejan en paz. —La mano de Lauren rebuscó en un bolsillo oculto en sus faldas y sacó un cuchillo de proporciones considerables, lo ocultó a la vista de los demás y lo deslizó hacia Kathy. Al verlo, ella abrió mucho los ojos.

—¿Estás tratando de decirme algo?

—Llévalo siempre encima, no te fíes de nadie, ni hombre ni mujer. Tu presencia aquí está revolucionando el gallinero. —Veía en los ojos verdes que no la entendía, ¿cómo era posible que aquella mujer fuera tan inocente? —. Ellos te miran con lujuria; y ellas, con envidia. Y estas gatas salvajes pueden hacerte mucho daño si sus hombres se fijan en ti.

—¡Dios mío! ¿Dónde me he metido? —¿Dónde podía guardar ese cuchillo sin que se apuñalara a ella misma?, pensaba frunciendo el ceño.

—Póntelo en las medias, así no te lastimarás ni lo perderás.

Kathy lo guardó donde le dijo.

—¿Por qué tengo la impresión de que siempre sabes lo que pienso?

Como respuesta obtuvo una sonrisa.

Michael, por debajo de la mesa, le cogió un muslo y le dio un suave apretón, era una clara afirmación de que siempre podía contar con él.

—Mantente, si es que te es posible, cerca de él o de mí.

—Entendido.

A ella no le gustaba lo que le decía; «como si fuera una niña», pensó. Sin embargo, no insistió; se daba cuenta de que Lauren, al presentarlos como sus primos y no decir cómo habían llegado allí, trataba de ayudarlos.

—¿Te importaría si te echara las cartas?

—No soy muy creyente en esas cosas —contestó Kathy.

—No importa.

—Cuando quieras. —Pensó que sería divertido ver cómo interpretaba su futuro, su pasado o lo que fuera.

Michael le había contado que supo cómo habían llegado allí, mirando la bola de cristal. ¿Querría saber algo sobre ella? ¿Podría decirle cuánto tiempo tendrían que quedarse allí?

Capítulo 16

Cuando terminaron de comer, Lauren le dijo que la acompañara. La llevó por los pasillos del piso superior hacia su habitación. En esta reinaba el orden, Kathy supuso que ella misma se ocupaba de mantenerla así. Una gran cama presidía la estancia, cubierta por una tela blanca igual que la que vestía la ventana. Unos taburetes a cada lado hacían las veces de mesitas de noche y en ellos había velas y lo que parecían piedras de río, estaban muy pulidas. Al pie de la cama, un arcón, que Kathy imaginó que sería donde guardaba su ropa, pues no había ningún armario. En las paredes colgaban lo que supuso que serían amuletos.

En un rincón había una mesa redonda cubierta por un paño rojo y en el medio un envoltorio del mismo color.

—¿Quieres sentarte? —Lauren le señaló una de las dos sillas que había en torno a la mesa.

—Sí, claro.

Vio cómo desenvolvía las cartas con reverencia y las barajaba. Las dejó sobre la mesa entre las dos.

—Corta.

Dejó una de las partes a un lado e hizo un rombo de cuatro cartas, dio la vuelta a la primera: la carta del sol. Lauren sonrió.

—¿Qué significa?

—¿Estás enamorada?

Kathy se la quedó mirando, ¿cómo podía saber esa mujer lo que ella apenas empezaba a sospechar? Y creía que todo era por encontrarse en aquella situación, cuando volvieran a su tiempo...

—No... no sabría decirte con certeza. —La confusión estaba latente en su voz.

Lauren giró otra carta: la luna. Podía estar relacionado con ese amor en ciernes, aún no sabía lo que sentía.

La próxima fue la estrella, significaba esperanza. Representaba el anhelo de Kathy por volver a su casa. Por último, dio la vuelta a la carta de la fuerza: un problema que solucionar. Se la quedó mirando un rato, le parecía que esa no solo les incumbiría a ellos, parecía que los

envolvería a todos los demás. Frunció el ceño, acariciando la carta con el índice, como si esperara que la carta le hablara.

—¿Has visto algo malo?

Los ojos oscuros de Lauren se miraron en los verdes.

—Veo algo inquietante en la carta de la fuerza, cualquiera te diría que se trata de vuestro problema, pero me temo que nos va a salpicar a todos.

—¿Estás tratando de asustarme por lo que te he dicho de que no creo?

—No, solo digo lo que me transmiten las cartas. Ven, acompáñame. —Lauren la precedió y la llevó al cuarto secreto, destapó la bola de cristal—. ¿Te importa?

—No.

—Siéntate —dijo, y ella lo hizo frente a Kathy.

—¿Te han dicho las cartas si tendremos que quedarnos mucho tiempo? No te ofendas, sé que tratas de ayudarnos, agradezco tu hospitalidad, pero he dejado atrás mi vida, personas a las que no quiero preocupar.

—No ha salido la carta del carro, es la que anuncia un viaje.

Lauren vio que el verde de sus ojos se apagaba un poco. Se concentró en la bola, y esta pareció temblar.

Kathy miraba, pero no notaba nada; sin embargo, parecía que Lauren sí estaba viendo algo y por la expresión de su cara no estuvo segura de que fuera bueno. Después de lo que le pareció una eternidad, Lauren levantó los ojos hacia ella.

—Di algo.

—¿Qué quieres que te diga?

—¿Qué te ha mostrado la bola?

—Me has dicho que no creías en estas cosas.

—Y no lo hago, pero me tienes intrigada.

No iba a decirle que había descubierto que era descendiente de sus peores enemigos: los Bullock. Si alguien llegaba a enterarse iba a correr sangre, había visto una lucha en la que caían tanto de un bando como del otro. Si ella podía evitarlo lo haría.

—Tienes que prometerme algo.

—Lo que quieras.

—Es muy importante que lo hagas. —Kathy asintió muy seria, parecía que a Lauren la preocupaba que no lo hiciera—. Si alguien te pregunta quién eres dile que Kathy Smith. —Ella frunció el ceño—. Es crucial que no se te escape tu nombre ante nadie —lo dijo apretándole las manos con fuerza.

—¿Qué puede pasar si se me escapa?

—No quieras saberlo.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Te dije que llevas el nombre de nuestro enemigo, no quisiera que se enterara de ello.

Podemos tener problemas.

—¿Has visto algo en la bola?

—No —mintió—. Te diré que no te fíes de nadie, aunque esté entre estas paredes, no son de mi confianza, no puedo asegurar su lealtad. Puede que si se enteran de tu nombre le vayan con el cuento al viejo Bullock y que él quiera conocerte. Te aseguro que no sería una buena experiencia, es un tipo amargado que hace la vida imposible a todos los que lo rodean. Eso sin hablarte de su hija, tendrá más o menos tu edad, ella quería capitanear el barco de su padre, y como él nombró capitán a otro...

—¿Ella quería convertirse en pirata?

—En cierta forma ya lo es, nunca he visto a ninguna mujer comportarse como ella, hay hombres que la rehúyen. Siempre lleva una espada al cinto y no duda en luchar contra cualquiera si no se hace lo que ella quiere. Las criadas se mantienen alejadas de ella cuando bebe demasiado, cosa que hace muy a menudo.

—Dios mío —susurró Kathy tragando grueso.

—No quiero que vivas asustada, solo hazme caso y todo irá bien.

Ella asintió; para no querer que se muriera de miedo, lo disimulaba muy bien.

***

Esa noche, cuando Kathy y Michael subieron a la habitación, él quería saber qué le había dicho Lauren. La había notado ausente y pensativa desde que volvieron al comedor.

—Me ha hablado de sus enemigos, de los Bullock.

—¿Y?

—Sin conocerlos, sé que no quiero encontrármelos. Me ha dicho que si alguien me pregunta que diga que me llamo Kathy Smith, creo que ha visto algo malo en su bola de cristal. Cuando le he preguntado, le ha quitado importancia, tengo la impresión de que me ha mentido.

Michael frunció el ceño. Ya sabía que eran enemigos acérrimos de los Bullock, ¿qué habría visto Lauren para ocultárselo? Él no creía en esas cosas, pero había acertado en que venían del futuro, cuando era algo que a cualquiera que se lo dijera lo tomaría por loco. Se sirvió un poco de ron de un tonelete que había subido junto con dos vasos.

—¿Te pongo un poco?

—Sí. También me ha dicho que no me fíe de nadie. Que no cree en la lealtad de los que viven aquí. Parece que desconfía de todos ellos. —Tomó un sorbo del vaso de barro que él le tendió.

—No creo que a ella le hagan nada, después de todo es la hermana del capitán Smith. Si cuando vuelve advierte que le ha ocurrido algo... imagino que su cólera será temida por todos.

Kathy asentía con la cabeza, sentada en uno de los sillones.

—Pero a él no le importará si alguien se carga a unos desconocidos. Mejor dicho, a mí, porque ella le puede decir que tú eres su descendiente.

El silencio cayó sobre ambos.

—No dejaré que te pase nada, lo sabes, ¿verdad? —dijo Michael arrodillándose frente a ella. Volvía a ver miedo en sus ojos y no le gustaba nada. Sus miradas se engancharon y cada uno se perdió en los iris del otro. Él se le acercó, encerrando su cara entre sus manos, estaban tan juntos que sus narices casi se tocaban—. ¿Me crees cuando te digo que te protegeré con mi vida?

—No quiero que me protejas con tu vida ¿qué haría yo sin ti?

Aquellas palabras le sonaron a Michael como música para sus oídos. La cogió por la nuca y la besó. No fue un beso tierno, fue uno que los encendió en cuestión de segundos, ella le envolvió el cuello con los brazos y se arrimó al cuerpo fornido de él. Pidiendo más contacto, él no se hizo de rogar y la abrazó mientras sus bocas no se separaban. La pasión que se desató entre ambos fue como un huracán. Él le recorría el cuerpo con manos ansiosas, hasta que no pudo aguantar más y la cogió en volandas para llevarla a la cama. Cuando estuvo a un paso se dio cuenta de que la deseaba desnuda, y no estaba seguro de poder lidiar con aquellas ropas si la tendía. La dejó sobre sus propios pies, mordiéndole el labio inferior antes de separarse. Sus ojos oscuros ardían al igual que los de ella. Con dedos diestros la despojó del ancho cinturón, ella sonrió al ver que se le enredaban los dedos en los cordones.

Aquella sonrisa hizo que él se le lanzara a la boca, volviendo a besarla tan profundamente que fue recorrida por un estremecimiento.

—No sé lo que haces conmigo —susurró ella—. Me siento...

—Acalorada, húmeda, ansiosa y con ganas de que se pare el mundo en estos momentos. Que lo que sientes no termine nunca. —Mientras hablaba iba tironeando de la camisa y las faldas.

Ella echó la cabeza hacia atrás tratando de llenar sus pulmones de aire. Parecía que no lograba respirar con normalidad. Notó que él la despojaba de todas sus prendas y ella quiso hacer lo mismo, pero sus manos temblaban por la fuerza de la pasión.

Cuando Michael llegó a las medias y se encontró con el cuchillo, lo sopesó.

—¿Sabes usar esto?

Ella abrió los ojos y bajó la mirada hacia él.

—No, no sé por qué me lo dio Lauren.

Él pensó en que tendría que enseñarle a defenderse, no pretendía perderla de vista, pero tenía la suficiente experiencia para saber que si alguien quería hacerle daño, lo despistarían a él y ella quedaría indefensa. Apartó ese pensamiento de su mente, lo que tenía entre manos lo tenía obnubilado. Se desnudó en unos segundos, su urgencia lo apremiaba de tal manera que sus ropas quedaron esparcidas por toda la habitación.

Al quedar ambos desnudos se miraron a los ojos durante unos segundos; como si se hubiesen puesto de acuerdo, los dos alargaron las manos en el mismo momento. Los brazos de Michael la envolvieron, la aupó y empezó a mordisquearle los labios.

—Tienes un sabor adictivo.

Ella aprovechó que hablaba para introducir la lengua en la boca masculina y recorrerla golosa,

con sus pequeñas manos en las mejillas, que empezaban a raspar por no haberse afeitado desde que había llegado al pasado. Las yemas de los dedos le cosquilleaban con el roce y la excitaba.

—Tú también —dijo cuando sus labios se separaron y pudo coger aire.

Michael sonrió y se dejó caer en la cama con ella encima. Kathy empezó a besar los hombros de él con la boca abierta hasta que llegó al cuello, allí se entretuvo al notar que él se ponía en tensión, le gustaba lo que le estaba haciendo. Ella se arrastró por el cuerpo duro que tenía debajo para llegar a la boca que tanto placer le daba. Él, con un movimiento fluido, la arrastró hacia el centro de la cama y volteó, situándose encima de ella, apoyándose en los codos para no aplastarla; era muy consciente de la diferencia entre ellos. Sus dedos se entrelazaron con los de ella y empezó a mover su pelvis contra la de Kathy con una cadencia que los hizo gemir a ambos.

De repente ella se puso tensa.

—¿Qué pasa? —dijo él dejándose caer a un lado.

—La puerta.

—¿Qué le pasa a la puerta?

—¿La has cerrado?

Michael sonrió y le acarició el cuello con la nariz.

—Sí, no volverá a estar abierta mientras nosotros estemos aquí dentro.

Él notó cómo se relajaba y sus manos empezaron a recorrerla por todos los rincones de su cuerpo menudo, llegó a la entrepierna y allí se entretuvo. La acarició; y al tocar la humedad que lo impregnaba, introdujo un dedo en el interior mientras con el pulgar le recorría el clítoris inflamado. Casi al instante las caderas de Kathy se empezaron a ondular buscando más contacto, y él se situó sobre ella para entrar con fluidez en el estrecho canal. Ella pareció recular.

—¿Te he hecho daño?

—No, es que nunca había estado con un hombre como tú.

El comentario pareció inflar el pecho de Michael, quien la besó tan profundamente que cuando empezó a moverse al mismo compás que su lengua le arrancó un jadeo entrecortado.

—Si te hago daño, dímelo.

Kathy no le contestó, el placer que sentía le impedía decir palabra. Lo rodeó con sus piernas y lo ancló a ella.

Los movimientos de Michael eran pausados, rítmicos y la enloquecían. Ella salía a su encuentro cada vez que él reculaba y cerró los ojos con fuerza al notar que un éxtasis glorioso estaba creciendo dentro de ella.

Él se sentía a punto de explotar, bajó la cabeza y chupó un pezón que estaba duro como un diamante, luego atormentó al otro, y Kathy estalló. Para evitar chillar lo atrajo hacia ella y lo besó para que él se tragara su grito de placer.

Michael había visto pasar todo el firmamento detrás de sus párpados cerrados, el gozo había sido cegador y supo que lo que acababan de hacer marcaría un antes y un después en sus vidas.

Para liberarla de su peso se dejó caer de lado y ella lo siguió. Ninguno de los dos era capaz de articular palabra. Sus corazones iban a salírseles del pecho, tamborileaban al compás de sus erráticas respiraciones.

Cuando al fin volvieron a abrir los ojos se miraron con un brillo especial en sus miradas. Aquel cataclismo lo habían sufrido juntos.

—Ha sido maravilloso —dijo ella con un hilo de voz.

—Yo también lo he sentido. —La envolvió en sus brazos, le dio un suave beso en los labios y dijo—: Durmamos un poco.

Sus palabras parecieron una orden para ella, cerró los ojos y se dejó atrapar por Morfeo mientras escuchaba el repiquetear del corazón de Michael bajo su oído.

Él no tuvo tanta suerte, le vinieron a la cabeza las preocupaciones de ella y supo que no iba a perderla de vista. Estaban rodeados de maleantes y no pensaba exponerla a ningún peligro. Inconscientemente la apretó contra él y ella se removió, se la quedó mirando un buen rato. ¿Qué tenía esa mujer que no tenían las demás con las que había estado?

Capítulo 17

A la mañana siguiente, se presentó en la casa un hombre con unas vestimentas distintas de las que estaban acostumbrados a ver. Sus ropas eran elegantes. Lo siguieron con recelo en la mirada.

—Hola, Pemberton —lo saludó Lauren—. ¿Me has traído lo que te encargué?

—Sí, Derricks lo está descargando.

—¿Cómo van los trabajos en Bretón?

—Lentos, cuando vuelva el capitán pedirá mi pellejo.

Ella soltó una risotada.

—Esconde el ron bajo llave y ya verás si trabajan rápido.

—O me cortan la cabeza para conseguir la llave.

Kathy vio que Candice y Wendy salían discretamente por la puerta, ¡qué raro que no se quedaran a escuchar! Había notado que siempre estaban revoloteando por la sala para enterarse de todo y luego se las veía por cualquier rincón murmurando la una con la otra.

—Que alguien traiga ron —dijo Lauren a nadie en particular. Kathy fue a la cocina y le pidió a Scarlet que le dijera dónde podía encontrar la bebida para Lauren. Esta la miró extrañada de que fuera ella.

—Esta es mi cocina y no quiero extraños por aquí. —Por lo visto la mujer no estaba de buen humor.

—Lauren ha pedido ron, si se lo quiere llevar usted...

La cocinera, al ver que no se había amedrentado ante su exabrupto, fue pisando fuerte hacia lo que parecía un almacén. Volvió con un pequeño barril y lo dejó sobre la mesa donde la había visto gozando con Derricks.

—Coge vasos de ahí. —Señaló un estante y le dio la espalda.

Cuando Lauren vio quién le traía el ron frunció el ceño.

—¿Dónde están esas holgazanas?

—No lo sé —mintió Kathy.

La mirada de Pemberton se clavó en ella.

—¿Y tú quién eres?

—Soy Kathy.

—Es una prima mía que ha venido del norte —se apresuró a decir Lauren.

La mirada de ese hombre no le gustó, parecía un gato ante un ratón a punto de zampárselo.

—Tienes una amiga muy bonita.

Michael iba a bajar las escaleras y se paró al oír la voz de un extraño. No le agradó la forma como desnudaba a Kathy con la mirada, se abstuvo de bajar, su apariencia causaría un buen sobresalto a ese hombre.

—Que tiene un esposo que te haría picadillo si te viera mirarla así.

Pemberton soltó una carcajada.

—Lo dudo.

—Yo solo trato de advertirte. —Por el rostro de ella, él supo que más le valía no buscar camorra. Lauren pensó en lo que Kathy le había dicho, y añadió—: Mañana podemos ir a Bretón, ¿qué te parece, Kathy?

—Me encantará.

Lo que oía no le gustaba a Michael, solo si él podía acompañarlas dejaría que ella fuera a aquella isla. Habían estado varias veces en las marismas y se sintió observado. No había insistido en ir allí a ayudar en los trabajos, por la seguridad de Kathy. No la iba a poner en la boca del lobo.

Kathy se alejó de ellos, no quería que pensaran que pretendía escuchar lo que tuvieran que decirse, puso una excusa y salió de la casa. Por su forma apresurada de moverse, Michael —que lo observaba todo desde arriba— supo que ese hombre la había puesto nerviosa. Miró por una ventana y la vio dirigirse al bosque de la parte de atrás de la propiedad. Sin perder un segundo, bajó y la siguió, no se preocupó por la mirada perpleja que dejaba en la sala. El extraño lo había visto y frunció el ceño.

—¿Quién es ese?

—El esposo de Kathy —contestó Lauren.

—¿Lo conozco?

—No creo. Es un primo mío que ha venido del norte.

—No sabía que Walter tuviera parientes.

—Sí, una hermana de mi padre se casó con un terrateniente y se fue a vivir a su plantación.

Lauren no mentía, lo que se callaba era que nunca habían tenido relación por el desacuerdo de la familia a que se casara con ese tipo que la había alejado de los suyos. Alguna vez la había visto por Nueva Orleans, pero su tía Selma la había ignorado, suponía que lo hacía para que nadie la relacionara con los piratas ni con los negocios que ellos hacían. Había urdido ese cuento porque, cuando alguien viera a Michael, no podría negar que eran parientes con la semejanza que había entre él y su hermano... Además, así tal vez nadie se metería con ellos al temer la furia de Walter cuando volviera. Esperaba que este no pusiera impedimentos a que su supuesto primo viviera en su casa, después de todo la enemistad había sido entre sus abuelos y el marido de

Selma, y ellos se mantuvieron al margen.

—Supongo que con tus poderes ya sabrás si puedes confiar en ellos —dijo Pemberton.

—Claro, no soy estúpida.

El hombre asintió con la cabeza.

***

Michael encontró a Kathy apoyada en un árbol, estaba pensativa y con la mirada perdida en el infinito.

—¿Qué haces aquí? ¿Te ha molestado ese tipo?

A ella la recorrió un estremecimiento.

—No me gusta sentirme así.

—Así ¿cómo?

—Sé que puedo parecer ingenua, pero no estoy acostumbrada a estar en guardia constantemente.

Él la abrazó, sabía muy bien de qué le hablaba, aunque no lo dijera: tenía miedo.

—Ven. —La cogió de la mano y tiró de ella para internarse entre los árboles. Donde estaban podía verlos cualquiera que se asomara a una ventana.

Caminaron un buen rato, y se encontraron con un claro. Michael se paró y escuchó, a su paso los pájaros habían salido volando y se había silenciado el ruido natural del bosque. En ese momento volvió a escuchar el trinar y supo que nadie los había seguido.

—Vamos a practicar. —Ella no entendió—. Quiero que si alguien intenta hacerte daño, sepas dónde pegar para dejarlo fuera de juego mientras escapas corriendo. —Al ver su mirada alarmada, añadió—: No pretendo dejarte sola, es por simple precaución.

Kathy asintió.

—A ver, una patada en los cojones creo que deja a cualquier hombre muy tocado.

Michael sonrió.

—Tienes razón. —Él hizo como que cogía algo del suelo y en un segundo Kathy se encontraba inmovilizada entre sus brazos por la espalda—. ¿Cómo me das esa patada? —Con un brazo, él la rodeaba por la cintura con la suficiente fuerza para que no soltara las manos, ella se removió y lo único que consiguió fue darle en la espinilla, cosa que solo logró que soltara un quejido; con su larga pierna le envolvió las suyas y cayeron los dos al suelo, con él encima de ella. Lo hizo con lentitud para no hacerle daño—. Esa maniobra te puede llevar a una posición peor.

—Ya veo.

Michael se apartó, la sentó en el suelo, a su lado.

—Si algún hombre te coge por la espalda, deja que crea que estás atemorizada, mantente tensa, deja que te levante las faldas, cuando lo haga tendrás el puñal a mano, tómalo y espera a

que se confíe. Cuando lo haga aflojará el amarre, entonces es el momento de darte la vuelta entre sus brazos y ponerle el cuchillo en los cojones, solo hará falta que aprietes un poco, que sienta la punta de tu arma para que se aleje de un salto. Intenta mantener el arma firme en tus manos, que no se te caiga o estarás perdida.

Tiró de ella para que se levantara y mostrarle lo que le había explicado. Era buena alumna, enseguida le cogió el tranquillo. Cuando estuvo satisfecho, le sonrió, la encerró entre sus brazos y le dio un suave beso en los labios. Ella le rodeó la cintura, y apoyó la cabeza en su pecho. Oyó el retumbar de su corazón y pareció que le daba tranquilidad.

—¡¿Qué haría yo aquí sin ti?!

—Estoy seguro de que saldrías adelante.

—O me volvería loca —dijo separándose y perdiéndose en sus ojos negros.

—No lo creo. Desde un principio aceptaste que algo había pasado al tocar el corazón de jade. No perdiste los nervios.

Ella recordó la primera noche e hizo un mohín.

—No, no los perdí, solo me cogí un pedo como una catedral.

Michael soltó una carcajada que ella pudo sentir en su propio pecho.

—Fueron los otros los que pensaron que estabas loca. Lo mirabas todo como haces con los objetos antiguos, todas estaban desconcertadas por tu comportamiento.

—Creo que aún lo creen, me rehúyen como si tuviera la peste.

—Con el tiempo verán que no eres ninguna lunática.

—Eso espero, sus miradas me crispan los nervios.

—Aunque sea así, no olvides lo que te dijo Lauren, no te fíes de nadie. —Kathy asintió con la cabeza, y Michael le internó sus dedos en la melena morena, notó la costra del chichón que había traído del futuro, se la acarició—. ¿Aún duele?

—No.

—Eres una chica dura, ¿eh?

—Lo intento —susurró sonriendo, lo que le valió otro beso, este no tan suave como el anterior. Él le sostuvo la cabeza y se inclinó para capturarle la boca. La recorrió con su lengua ansiosa, y ella no pudo evitar participar en el duelo de lenguas mientras sus manos se colaban por debajo de su camisa amplia y le acariciaba los músculos duros de su espalda.

Michael se apartó mordiéndole el labio inferior y succionándolo hambriento cuando notó que su virilidad se sacudía dentro de sus pantalones.

—Cariño, si seguimos así terminarás de espaldas en el suelo y con las faldas subidas.

—¿Se te ha contagiado el salvajismo que nos rodea? —susurró Kathy contra sus labios con una risita.

—Es posible —contestó él dándole un cachete en el culo—. Volvamos antes de que alguien salga a buscarnos.

Mientras caminaban cogidos de la mano, Kathy comentó:

—Estoy acostumbrada a estar siempre haciendo algo. Me gustaría poder ir a la ciudad.

Él soltó una risotada.

—Siempre que no te quedes mirándolo todo con ojos de entendida en antigüedades.

—Es algo que no puedo evitar.

—Ya veremos.

Al llegar a la casa y entrar en el vestíbulo, ella vio las espadas.

—¿Te apetece que practiquemos? —dijo señalando con la cabeza las armas.

—Será divertido. —El rostro de Michael mostró una amplia sonrisa. Cogió dos y le entregó una a ella—. Vamos fuera.

Kathy sopesaba la espada que llevaba en la mano y no miraba por dónde caminaba hasta que chocó contra la espalda de Michael, que se había detenido un poco lejos de la casa, pero a plena vista de todos los que quisieran mirar. Ella lo rodeó y se le puso enfrente con una gran sonrisa en los labios, con la espada en alto, eso era un juego para ella.

Michael levantó el arma y le dio un golpe en la espada que la hizo tambalear.

—Cógela con más fuerza.

Ella asintió. Dio un paso atrás y la agarró con las dos manos.

Él se le acercó con el sable en alto y le dio dos suaves mandobles, uno a cada lado. Esta vez ella lo resistió y dio un paso adelante para devolverle los golpes.

—Muy bien, sigue —la animó él.

Kathy hizo lo que le pedía y siguió golpeando la espada de Michael; este iba retrocediendo, dejándole espacio para que practicara. La veía que se lo pasaba bien con aquel juego, a la vez que aprendía a utilizar el arma. De vez en cuando él le devolvía algunos golpes para que también supiera retroceder ante el ataque. Se daba cuenta de que le molestaban las faldas largas, pero tenía que acostumbrarse a llevarlas.

—¿Quieres que sigamos mañana? —preguntó cuando vio que se le aceleraba la respiración.

—¿Estás cansado? —se burló ella.

Él le devolvió la sonrisa, sabía que el ejercicio la distraía de los problemas que tenían.

—De ninguna manera.

Él se dio cuenta de que el chocar de los hierros había atraído a las sirvientas de la casa y a los hombres que trabajaban en un huerto, al lado de la casa, y a los que lo hacían en las caballerizas. A la que no vio fue a Lauren, que los observaba desde la ventana de su dormitorio.

Poco a poco los brazos de Kathy empezaron a resentirse de los continuos golpes que daba y recibía. Su guardia ya no era tan eficiente y empezó a bajarlos.

—Por hoy ya está bien —sentenció Michael, acercándose y quitándole la espada de las manos —. Ahora vamos a bañarnos, el agua fría irá bien a tus brazos, apuesto a que los tienes acalambrados.

Ella asintió.

Michael dejó las armas en su sitio y volvió a salir, esa misma mañana Lauren le había dicho

dónde podían ir a bañarse con algo de intimidad. Cogió a Kathy de la mano y la arrastró detrás de él. Encontró el lugar después de recorrer un pequeño trecho que los llevó al río, era un lugar con grandes sauces donde sus largas ramas hacían las veces de cortinas y los ocultaba de ojos indiscretos.

—¡Esto es una maravilla! —exclamó Kathy, con la vista puesta en el agua clara que corría tranquila a través de aquellos brazos que parecían envolverlos.

Él miró alrededor, siempre alerta. Si alguien los seguía tenía que llegar por el mismo sitio que ellos. Esperaba que a nadie se le ocurriera ir, cuando vio que ella se estaba desnudando.

En segundos estaba sumergida en el agua transparente y sus movimientos formaban ondas concéntricas que se perdían más allá de las ramas.

—¡Oh, Dios! ¡Está divina! —dijo con un suspiro de placer.

Verla disfrutar de algo tan ínfimo lo hizo sonreír. Se empezó a quitar la ropa y en unos segundos estaba tan desnudo como ella; se zambulló, no era muy hondo, lo suficiente para refrescarse de arriba abajo. Vio que ella sumergía su melena y se frotaba el cuero cabelludo.

—Tendrás que conformarte sin champú ni acondicionador.

—Da igual, esto es la gloria.

La vio restregarse todo el cuerpo con un puñado de hojas que arrancó de una rama baja, cuando terminó lucía un bonito tono rosado por toda su piel. Estaba irresistible, se le acercó y la cogió por la cintura, pegándola a su cuerpo. A pesar de lo fría que estaba el agua, Kathy pudo sentir que estaba excitado, le cogió la nuca y lo atrajo hacia su boca. Lo besó con tanta pasión que él tembló; al notarlo Kathy, introdujo una mano en el agua y lo acarició pegándolo a su cuerpo, notó cómo su virilidad crecía entre sus dedos y se tragó el jadeo que a él se le escapó. Como si se fundiera con él se aupó y se colgó de su fuerte cuello, encerrándolo entre sus piernas; dejó que esa parte de él se paseara por su intimidad, que clamaba por sentirlo en su interior.

Michael la cogió por las caderas y entró con absoluta fluidez dentro de ese calor que lo esperaba. Sus ojos se encontraron y la pasión fluyó del uno al otro. Ella se impulsó y, con la ayuda de él, que la había cogido de las caderas, empezó aquella danza sensual que los elevaba hacia las nubes esponjosas que coronaban el cielo. Sus bocas se buscaron y se dijeron sin palabras lo que sentían: el amor que ninguno de los dos estaba preparado para reconocer.

Ese fue un encuentro pausado y tranquilo, que los envolvió en ese entorno idílico, con el canto del agua que amortiguaba sus suaves gemidos de placer hasta que, como almas gemelas, alcanzaron un orgasmo glorioso.

Kathy se quedó lánguida entre los brazos poderosos que la envolvían como un capullo de pétalos de rosa.

Michael caminó hacia la orilla y se tendió en la hierba suave, con ella entre sus brazos.

El suave sol del atardecer les calentó la piel, adormilándolos. Un escalofrío de Kathy les hizo tomar consciencia de dónde se hallaban.

—Amor, tendríamos que vestirnos antes de que venga alguien.

Ella reaccionó como si mil hormigas le recorrieran el cuerpo, se levantó de un salto.

—Oh... yo... —Se la veía abochornada.

Michael se puso en pie, le cubrió la boca con un dedo.

—Sh, tranquila, no hace falta que corras. —Se inclinó, le cogió las mejillas entre sus manos y le besó los labios—. No viene nadie.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando caminamos por el bosque los pájaros salen volando y no lo han hecho, los puedes oír trinar —dijo señalando su oído para que ella pusiera atención.

Kathy asintió.

—Tengo tantas cosas que aprender que, cuando las sepa, o habremos vuelto a casa, o habré envejecido aquí tratando de encontrar la joya —lo dijo muy compungida.

—Escúchame bien, encontraremos el corazón de jade y volveremos, no quiero que lo dudes ni un solo instante, ¿vale?

Los ojos negros de Michael parecían taladrarla, como si le quisiera poner esa idea en la cabeza para que dejara de preocuparse.

¿Qué pasaría si nunca lograban encontrar esa piedra?

Capítulo 18

Lauren, Michael y Kathy iban en un esquife rumbo a la isla de Bretón. Dos hombres con los pantalones hasta las pantorrillas y unas camisas roñosas remaban. Sus sucios y largos cabellos colgaban de sus cabezas como si fuesen zarzas.

Kathy habría jurado que sus barbas desaliñadas tenían vida propia, no le extrañaría que estuvieran llenas de piojos. Tenían suerte de que la brisa del mar se llevaba los malos efluvios que acompañaban a los remeros y sus olfatos fueran regalados por el olor limpio del mar.

Michael veía cómo las miradas de esos dos fulanos se clavaban en Kathy y la lujuria asomaba a sus ojos oscuros. Tendría que hacerles saber que ella le pertenecía. Ese pensamiento hizo que fuera recorrido por un estremecimiento, nunca había sentido por una mujer aquella posesión que se instaló en sus entrañas desde la primera vez que la tuvo en sus brazos.

Como si ella le hubiera leído la mente, apoyó una mano en su muslo, se le arrimó y dijo:

—Cariño, ¿has visto qué turquesa más maravilloso luce el mar? Dan ganas de bañarse y nadar un poco.

Aquellos ojos oscuros se clavaron en ella, supuso que imaginándola desnuda en el agua. Kathy lo dijo a propósito, para ver si los hombres cazaban la indirecta de que un baño no les iría nada mal, dejarían de oler como la basura de la semana anterior.

—Sí, amor, tienes razón. —La voz de Michael fue suave, pero sus ojos negros y su mirada dura estaban posados en los dos piratas que la desnudaban a pesar de su presencia.

—Lauren, ¿hay tiburones por aquí?

La mujer soltó una carcajada.

—Si los hubiera se habrían comido a la mitad de las gentes de la ciudad, nunca han visto ninguno tan cerca de la costa.

—Me tranquiliza saberlo.

Lauren sabía que el día anterior habían estado bañándose, lo había adivinado por sus cabellos mojados y sus ropas húmedas. Imaginó que en su época se limpiarían a menudo y se daba cuenta de que no les pedían a Candice o Wendy nada, eran inteligentes, esas dos holgazanas eran capaces de meter una serpiente en un cubo de agua si se veían obligadas a servir a esos dos

invitados suyos. Veía las miradas que les lanzaban cada vez que hablaba con ellos. Esperaba que muy pronto pudieran trasladarse a Bretón y perderlas de vista.

A medida que se iban acercando a la isla, lo que habían visto desde las marismas se tornaba mucho más nítido e impresionante. Aquello que parecían almacenes estaban cerca de un embarcadero donde debían anclar el Emerald. En lo alto de un risco había una construcción que debía ser la mansión a la que Lauren había aludido en más de una ocasión. Se la veía fastuosa, y Kathy estaba ansiosa por recorrerla por dentro.

El esquife llegó a una pequeña cala, y los remeros bajaron para tirar de la reducida embarcación hacia la arena. Michael hizo lo mismo; y cuando estuvieron en tierra, ayudó a las mujeres.

—Hawk, Jackson, volved a vuestros trabajos —ordenó Lauren—. Yo les enseñaré a mi primo y a su esposa la isla.

—¿Estás segura? —Jackson quería seguir al lado de aquella monada por la que estaba dispuesto a jugarse el pellejo.

—¿Cuestionas mi orden? —Los ojos negros de Lauren lo miraron retándolo a que protestara.

—No, no, ya nos vamos —dijo acobardado como si se hubiese prendido fuego en sus pantalones, sabía que esa mujer era muy capaz de hacerlos picadillo con su cuchillo.

Los vieron partir, y Michael y Kathy se miraron aguantando una risa.

—Hay que mostrarse dura con ellos o de lo contrario no me tendrían ningún respeto. —Lauren había visto las expresiones de los hombres.

—Haces bien, vives rodeada de... —Kathy se dio cuenta de que iba a soltar unas palabras que podían no gustar a Lauren y se calló.

—Ya puedes decirlo, una panda de vagos que me clavaría un cuchillo por la espalda si no fuera por quién es mi hermano. Aunque me encargo de que siempre sepan quién manda. No quiero sufrir ningún accidente. —Kathy pensó que a ella le sería imposible vivir con ese miedo en el cuerpo—.Vamos —dijo Lauren con voz autoritaria.

Los llevó al embarcadero, se iban encontrando a hombres cargados con fardos que los trasladaban de un almacén a otro. Cuando llegaron a una de las construcciones, vieron que el tejado había cedido en un rincón y los hombres sacaban las mercancías que habían quedado bajo los escombros.

Kathy vio que en el fondo había muebles y sus pies se dirigieron allí, no pudo evitarlo.

—Son preciosos. —Su mano derecha los acariciaba; y al notar el polvo acumulado, lo soplaba para ver el intrincado relieve de la madera.

—Walter requisó esta cama de un barco británico que llevaba pasajeros hacia las Indias Occidentales. —Miró alrededor—. Hay varias más, pero no son tan elegantes como esta y la ha escogido para su dormitorio.

—Aquí se va a echar a perder.

—Ahora iremos a la casa a ver cómo van los trabajos y si se puede llevar allí.

Mientras se dirigían a lo alto del risco donde se asentaba la construcción, Michael veía que la habían situado allí para poder controlar toda la isla y dificultar el avance del enemigo con los peñascos que la rodeaban. Estaba seguro de que desde la casa habría una vía de escape para pillar a los intrusos por sus espaldas. No dudó de la inteligencia de su antepasado.

Al llegar, se encontraron con muchos hombres, pero la mayoría estaba holgazaneando. Al ver a Lauren, todos parecieron reaccionar a la vez y desaparecieron dentro de la mansión.

—¡Vaya panda de vagos! —murmuró Lauren—. Tengo que buscar a alguien que ponga orden en este lugar.

Kathy se había quedado mirando la bonita fachada de madera y piedra. Había un porche que parecía rodear la casa y que en el primer piso se convertía en una terraza por donde se podía ir desde unas puertaventanas a otras, lo que unía todas las estancias.

—¡Parece un palacio! —exclamó.

—Esa es la intención de Walter, quiere que todo el mundo sepa que es el más audaz y más diestro en lo que hace.

—¿Lo es?

—Sí. Antes, esos almacenes que has visto siempre estaban a rebosar de mercancías, se tenía que dividir a los compradores con Bullock. Ahora que el viejo ya no capitanea su barco, llegan siempre a media carga, con lo que los comerciantes de Nueva Orleans acuden a Walter. Por eso, Bullock se ha convertido en un amargado, sus ganancias han mermado y su hija le hace la vida imposible, a él y a sus hombres. Muchos de ellos se han tenido que enfrentar a ella y se ha llevado alguna zurra, pero luego piensa en la manera de vengarse, y créeme que es una mala víbora.

A Kathy la recorrió un escalofrío al pensar en la maldad de esa mujer. Esperaba no encontrársela nunca.

Michael veía ojos que los observaban desde detrás de muchas ventanas. Los ignoró, imaginaba que muchos lo estarían comparando con Walter.

Entraron los tres en el interior y los murmullos les llegaban desde todos lados. Kathy miraba alrededor con mucho interés, sin prestar atención a los cuchicheos que se escuchaban por todas partes. Lauren y Michael la miraban a ella.

—Seguro que en cualquier momento va a ponerse a organizar...

—¡Es una casa digna de un rey! —exclamó Kathy al ver la escalera curva que llevaba al piso superior y que terminaba en el amplio vestíbulo. Como una exhalación recorrió un gran comedor, una cocina que estaba casi terminada y una gran sala, especulando qué se suponía que harían con aquella estancia tan amplia. Al ver su mirada, Lauren supo lo que se estaba preguntando.

—Walter quiere esta sala para reunirse con sus hombres —aclaró—. Ahora, cuando lo hacen en mi casa, la dejan hecha una pocilga. No quiere que le suceda lo mismo. En el resto agasajará a sus amigos.

—¿Sus hombres no van a vivir aquí?

—No, tienen un barracón en el otro lado de la isla, allí es donde viven los que ves y los que lo han acompañado esta vez.

Kathy se quedó pensativa, ese hombre al que no conocía pretendía... no, no lo pretendía, seguro que ya se había hecho rico. Y quería que todo el mundo lo supiera, que toda Nueva Orleans lo respetara; después de todo, la mayoría de comerciantes hacían negocios con él. Seguro que terminaría codeándose con lo más granado de la sociedad.

—Walter tiene aires de grandeza.

Aquella afirmación sorprendió a Lauren.

—Sí, últimamente pasa más tiempo en tierra que antes, creo que quiere controlar él mismo sus negocios. Creo que va a asociarse con algunos de sus hombres para que capitaneen el Emerald y así él tendrá más tiempo para codearse con los ciudadanos de Nueva Orleans. Las cartas, en alguna ocasión, me han mostrado que será una persona influyente.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrá poder para negociar con los dirigentes del norte y los españoles. Aquí las gentes se sienten francesas, y no aceptan las leyes que nos imponen los británicos. La tensión por las calles de la ciudad se está convirtiendo en algo intolerable.

«De pirata a político», pensó Michael. Tenía gracia, después de todo había muchos políticos que eran peores que los piratas. Entonces cayó en la cuenta de que Lauren no había preguntado en ninguna ocasión por el futuro de la ciudad, si tenía en cuenta sus poderes de adivinación estaba seguro de que se hacía una idea de su futuro próximo.

Kathy subió las escaleras que llevaban al piso superior, las habitaciones eran muy espaciosas.

—Con una buena limpieza ya se podrían empezar a colocar los muebles.

Lauren asintió a su comentario.

—Iré a la ciudad a buscar mujeres que quieran trabajar aquí.

—¿Podré acompañarte? —preguntó Kathy entusiasmada.

—Ya veremos —contestó mirando a Michael.

Este bajó la mirada al suelo y negaba con la cabeza. «Kathy me hará envejecer antes de tiempo».

Capítulo 19

Kathy estaba entusiasmada, ese día iría con Lauren a Nueva Orleans. Ver cómo había sido la ciudad dos siglos atrás la tenía ansiosa por partir.

—No te perderé de vista, si tú vas yo también.

—No puedes, cualquiera puede confundirte con Walter y acabarás con tus huesos en la cárcel.

—Entonces no vayas. ¿No te das cuenta de que me preocupo por ti?

—Y yo por ti. Tienes que quedarte.

La cogió por los hombros, le clavó la mirada en sus ojos verdes y agregó:

—¿Es que no te das cuenta de lo que nos dijo Lauren? La tensión en las calles de Nueva Orleans es como un polvorín. Puedes encontrarte en medio de un disturbio y ¿qué harás entonces?

Michael estaba intentando amedrentarla para que no fuera.

—Luchar tal como me has enseñado.

—¿Es que te crees que estás dentro de una película en blanco y negro? Estamos en una época que no es la nuestra.

—¿Me estás diciendo que tengo que sentarme a esperar a que nos traigan la dichosa piedra?

—No debemos llamar la atención.

—Y una mierda, no pienso perder la oportunidad de ver con mis propios ojos cómo era esta ciudad dos siglos atrás. —El tono de sus voces se oía desde el pasillo del piso de arriba.

—No me queda otra opción que acompañaros.

Él trataba de poner un poco de sentido común en la sesera de Kathy; sin embargo, sabía que no lo iba a conseguir. Si ella no fuera tan curiosa, si no hubiese estudiado Historia y Antigüedades, tal vez lo habría conseguido. Pero lo que había ocurrido había sido para ella como sumergirse en sus libros, y estaba fascinada.

La cogió de la mano y abrió la puerta.

—Vamos, Lauren debe estar preguntándose qué nos está retrasando.

Esa jornada Michael se había levantado con un humor de perros, no le gustaba que ella se alejara de él, intuía que correría peligro. Había tratado de distraerla en la cama esa mañana con la

esperanza de que Lauren se hubiese ido cuando ellos bajaran a desayunar. No tuvo esa suerte.

La dueña de la casa estaba sentada en su lugar habitual de la mesa, comiendo, los miró y ocultó una sonrisa. Se había acercado para decirle a Michael que se quedara tranquilo, que había sabido que un barco de esclavos había llegado y que no pensaba llevarla al centro. Además, como les había comentado a todos que tenía a su primo en casa, podía ir con ellas. Después de los días que hacía que habían llegado estaba segura de que su presencia no extrañaría a nadie. La barba que le había crecido acentuaba el gran parecido con su hermano.

Al escucharlos a través de la puerta supo que había interpretado bien sus cartas, esos dos estaban hechos el uno para el otro. Si terco era uno, el otro más.

—Voy a buscar café y pan, estoy famélica —dijo Kathy.

—¿Sabes montar a caballo? —preguntó Lauren cuando ella ya estaba de espaldas.

—No.

—Vaya, qué contrariedad.

—¿Por qué?

—Porque iremos a caballo.

Los hombros de Kathy se hundieron por la decepción.

—Yo sí sé, si no te importa montar conmigo.

Ella asintió con la cabeza, él vio cómo apretaba la mandíbula y sonrió. Lauren hacía lo mismo.

—Tiene mucho carácter —dijo ella.

—Es terca como una mula, así es como es —afirmó él.

—No iremos a la ciudad, tengo intención de ir al puerto, ha llegado un barco de esclavos. ¿Tienes algún problema?

Michael sabía que en la época que se encontraban era algo normal, él personalmente odiaba esa práctica y se ponía enfermo cuando se encontraba con algún caso de mujeres tratadas como tales.

—No te diré que apruebo esa forma de vida.

—Yo tampoco. —La respuesta de Lauren lo sorprendió—. Yo les ofrezco un techo sobre sus cabezas, comida y trabajo. Nada de cadenas, si alguno se quiere ir, es libre de hacerlo.

—¿No los obligas a...?

—Nadie los va a azotar; si no trabajan, no comen.

Él la miró queriendo saber si lo que le decía era verdad; reconocía que no le había mentido en ninguna ocasión, así que la creyó.

—Un trato justo.

—Eso mismo creo yo.

—La que puede armar un escándalo cuando se dé cuenta es Kathy.

—Eso te lo dejo a ti. Amordázala si es necesario, no quiero ninguna revolución.

—Sabes que me pones entre la espada y la pared, ¿no?

Lauren sonrió ante aquella expresión.

—Podías haber dicho que no sabías montar, pero estabas tan interesado en acompañarnos que tú mismo te has puesto en el aprieto. Yo lo he dicho para dejarla aquí.

—Si hay alguna otra ocasión, avísame.

Los dos rieron y Kathy se preguntó qué sería tan gracioso cuando volvió con café y unas rebanadas de pan negro con compota de manzana.

A Michael parecía que se le había pasado el mal humor, comía con ganas y sonreía al mirarla.

***

Kathy no paraba de removerse en el regazo de Michael, él la rodeaba con sus brazos, se acercó a su oído.

—¿No vas cómoda?

—Sí, es que estoy nerviosa y preocupada.

—¿Por qué? No tienes motivo. —Kathy se giró para mirarlo a la cara—. No vamos a la ciudad.

—Entonces, ¿dónde nos lleva? —Se puso tensa al pensar que solo iban a dar un paseo, ¡vaya pérdida de tiempo!

—Al puerto.

Se relajó al instante.

—Estoy segura de que será igual de interesante.

Él quería advertirle antes de que llegaran, tenía que contarle a lo que iban o podía ponerse como una moto cuando viera el motivo de su escapada al puerto. Se rezagó un poco de Lauren y la carreta que los acompañaba.

—Cariño, quiero que sepas a lo que vamos, y si no quieres presenciarlo, podemos volver atrás. —Ella se tensó con aquellas palabras.

—¿Qué estás tratando de decirme?

—Quiero que seas consciente de que estamos en 1805, y lo que verás es normal. No podemos hacer nada para cambiar lo que ocurre en esta época. Y no debemos.

Kathy frunció el ceño.

—Dilo de una vez, ¿qué es eso que te tiene preocupado que vea?

—Lauren va a comprar esclavos.

La boca de Kathy se abrió por la sorpresa, supo que no le estaba tomando el pelo.

—¿Es que no tienen bastante gente a su alrededor que le hacen las tareas? —dijo con las muelas apretadas.

—¿Quieres que volvamos?

Su primera reacción era decirle que sí. Sin embargo, lo que estaba viviendo era una oportunidad única de saber cómo funcionaban las cosas, no solo leerlo en un libro.

Negó con la cabeza y él supo que no estaba muy segura.

—En cualquier momento, me lo dices y nos vamos.

Ella asintió.

El resto del camino lo hicieron en el más absoluto silencio: él estaba pendiente de ella, no estaba seguro de que le gustara ver cómo trataban a las personas. Sin embargo, no dijo nada más.

Al llegar al puerto, vieron a mucha gente que se reunía alrededor de una plataforma. Michael situó su caballo al lado del de Lauren, el carromato se había quedado atrás, para no molestar a las personas que habían ido a ver el espectáculo o a comprar mano de obra gratuita.

Kathy miraba alrededor como si fuera una niña en una feria nueva, pero su rostro no mostraba la alegría y curiosidad de los últimos días. El barco amarrado allí no era muy grande.

—Antes eran más formidables —dijo Lauren como si le hubiese leído el pensamiento—. Pero ahora son perseguidos, estos son más rápidos para maniobrar y escapar.

Kathy ya sabía eso, en un par de años se los consideraría barcos piratas; y en unos pocos años más, varios países dejarían de comerciar con seres humanos. Eso no quitaba que le repugnara esa práctica. Estaba tensa y Michael lo notaba. Iba a preguntarle si quería que se fueran de allí cuando ella se estiró, y advirtieron cómo sacaban a un grupo de hombres de piel negra y los llevaban a la plataforma para que todo el mundo los pudiera ver. Estaban cargados de cadenas y un bruto con las espaldas muy anchas tiraba de ellos, Kathy pudo ver que llevaba un látigo en la otra mano. No dudó de que estaba acostumbrado a usarlo.

Un tipo vestido con elegancia se acercó a mirarlos y le dijo algo a quien dirigía la puja, en cuestión de segundos los hombres fueron retirados, el dinero cambió de manos y fueron llevados a un carro cubierto de barrotes.

Al instante, un segundo grupo en el cual había mujeres subió a la plataforma. El tipo que las vigilaba era otro con la misma constitución que el primero. Estos fueron vendidos uno a uno, Kathy miraba a quien pujaba y su corazón se encogió al ver a mujeres que compraban a seres humanos, ¿es que no tenían ni un ápice de compasión en sus entrañas?

Los siguientes fueron varios hombres, estos venían vigilados por dos brutos, uno de ellos trató de tirar de las cadenas, no quería subirse a la plataforma y un látigo restalló en el aire para ir a lastimar la piel del que se resistía. Kathy ahogó una exclamación, se giró y hundió el rostro en el pecho de Michael. Él la abrazó y notó que ella se sacudía suavemente contra él, estaba llorando.

—Lauren, nos vamos.

Esta vio a Kathy hecha un ovillo y asintió con la cabeza.

Michael llevó el caballo al paso, quería que ella tuviera tiempo de calmarse, la abrazó fuerte contra su pecho y le besaba el cabello.

Estaban a medio camino, cuando ella tuvo fuerzas para hablar.

—¿Por qué quiere Lauren comprar esclavos? —Su voz estaba teñida de pena.

—Aunque te parezca extraño, creo que haciéndolo les da una oportunidad. —Michael había detenido el caballo y le secó las mejillas con las yemas de sus dedos.

—¿De qué hablas?

—Les quita las cadenas y les ofrece un techo sobre sus cabezas y comer cada día a cambio de su trabajo. —Ella no entendía nada—. Creo que los llevará a la isla de Bretón para que sirvan a Walter.

—¿Y si alguno no quiere?

—Es libre de irse y buscarse su propio sustento.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí.

Los ojos brillantes de Kathy a causa de las lágrimas derramadas se clavaron en los oscuros.

—¿Y no los perseguirá si se marchan?

—No creo. Un sirviente insatisfecho puede causar muchos problemas.

Kathy asintió con la cabeza ante aquella verdad, en una casa donde había armas más les valía que los respetaran o algún día podrían encontrarse con un cuchillo en el cuello.

—Es una mujer inteligente.

—Sí, hemos tenido suerte de encontrarnos con ella. No quiero ni pensar en lo que habría sido de nosotros si hubiésemos ido a parar a la casa de algún terrateniente avaricioso.

—Estaríamos cultivando tierras sin oportunidad de volver.

«Y tú estarías calentándole la cama al amo», pensó Michael. Ningún hombre con ojos en la cara y un apetito sexual saludable pasaría por alto la belleza de Kathy.

Capítulo 20

Lauren no dio señales de vida durante todo el día. El sol ya había empezado su descenso cuando la vieron llegar con el carromato conducido por Derricks vacío.

Michael estaba enseñando a Kathy a montar, ella se lo había pedido al llegar, no quería que pudieran dejarla atrás por no saber dominar a un caballo. Llevaban horas en el cercado y ella había aprendido muy rápido a mantenerse sobre la montura. Ya estaba trotando alrededor del vallado.

—Me parece que ya es suficiente por hoy —dijo Michael, imaginando que tendría el culo y las piernas acalambrados por el ejercicio.

—Solo si me prometes que mañana saldremos del cercado.

Él sonrió, era posible que a la mañana siguiente no quisiera ver los caballos ni en pintura.

—Como tú quieras. —Él la ayudó a desmontar y notó que las piernas no la sostenían. La abrazó por la cintura y la mantuvo así hasta que se afianzó con seguridad—. Ahora te iría bien un baño de agua helada, tus piernas y el trasero te lo agradecerán.

Ella asintió.

Cogidos de la mano fueron hacia el río, y él pudo oír el suspiro de placer cuando ella se metió en el agua. Sonrió.

—¿Por qué no me has dicho que estabas dolorida? Habríamos parado antes.

—Por si no lo has notado, todos vigilan nuestros movimientos, no quiero que nadie crea que soy una blandengue.

Él rio ante su expresión.

—No creo que lo piensen, cada dos por tres nos ven practicar con la espada. A estas horas deben saber que eres capaz de defenderte.

—Yo no estoy tan segura.

Michael la veía nadar en medio de aquel remanso de paz y se percató de que los pájaros no trinaban, ¡alguien los había seguido! Estaría oculto entre la maleza, no le hizo gracia que cualquiera de los hombres viera a Kathy desnuda en el agua. Sacó su puñal de la bota, cogió un trozo de madera y se sentó en una roca de cara al bosque. No tardó en ver por el rabillo del ojo

un movimiento a su derecha. Se puso en tensión y vio que se trataba de una mujer, las faldas oscuras eran inconfundibles. Por sus ágiles acciones imaginó que se trataba de Wendy. Esperó unos momentos a que ella delatara su presencia; al no ocurrir, supo que los quería espiar. Sin pensarlo, se desplazó por el bosque sin hacer ruido y se situó detrás de ella. Estaba agazapada entre unos matorrales.

—¿Eres tú, Wendy? —El susto que se llevó la mujer la hizo caer de culo—. Si lo que quieres es bañarte, no creo que a Kathy le importe.

Él hablaba como si encontrarla allí espiándolos fuera lo más normal del mundo. Ella se levantó de un salto y lo miró con disgusto.

—Creía que alguien nos querría atacar por el río y quería avisar a Lauren.

«Una excusa muy mala», pensó Michael, los había visto dirigirse hacia allí. Las miradas llenas de lujuria que esa mujer le lanzaba cuando pensaba que nadie se daba cuenta empezaban a molestarlo. Y lo había hecho cuando le dijo a Kathy que le iría bien un baño. Seguro que esperaba encontrárselo desnudo.

—Ya ves que no, no creí que el suave chapoteo pudiera confundirse con un ataque. ¿Ha habido algún problema recientemente?

—No —dijo estirándose tanto como pudo. Al lado de Michael era más bien bajita.

—Entonces puedes quedarte tranquila, solo es Kathy dándose un baño.

Michael la vio partir y supo que había frustrado su plan de espiarlos; en adelante tendría más cuidado. Se apoyó en el tronco de un árbol y la siguió con la mirada, no fuera a cambiar de opinión y volviera. Cuando estuvo seguro de que no lo haría fue hacia el rincón donde Kathy estaba chapoteando, se quitó la ropa y se sumergió.

—Pensé que hoy no te apetecía bañarte.

—Junto a ti, siempre. —Le dio un beso en la nariz con una cálida sonrisa.

Ya frescos, salieron del agua y se tumbaron a los tibios rayos del sol del atardecer. Él le pasaba la mano por la larga melena, le daban mucho placer las guedejas deslizándose entre sus dedos, notar cómo se le iba secando el pelo era una sensación exquisita.

***

Cuando se reunieron con Lauren para la cena, esta les contó que había comprado a varias mujeres, que una de ellas traía un hijo pequeño y que las había instalado en Bretón. Que allí podrían tener una vida mejor de lo que les esperaba a los otros que habían sido vendidos a plantadores de algodón.

Kathy recordó lo que le había contado Michael y la miró con otros ojos.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque no puedo fiarme de nadie de la ciudad, Bullock tiene unos tentáculos muy largos. No quiero que ese viejo carcamal o su hija pongan a un espía entre mis paredes o, en este caso,

en las de mi hermano. Les he explicado lo que esperaba de ellas y lo que obtendrían a cambio y se han mostrado muy agradecidas.

—¿Les has quitado las cadenas?

—Por supuesto.

—Me gustaría darte las gracias en nombre de todas ellas, seguro que las has salvado de un futuro espantoso.

Lauren le sonrió.

—No tienes por qué dármelas. Ayer consulté mi bola de cristal.

—¿Y qué te mostró? —preguntó Michael.

—Que son buena gente, que la isla de Bretón se convertirá en un enclave muy prospero.

Mientras cenaban, Kathy le contó que estaba aprendiendo a montar.

—Mañana ya quiere salir del cercado —dijo Michael.

—¡Qué rápido!

—Ya veremos —añadió él—. Tiene las posaderas...

El comentario sin terminar sacó una carcajada a Lauren. La vieron levantarse y dirigirse a la cocina, unos minutos más tarde volvía con un tarro de barro, lo dejó al lado de Kathy.

—Esta noche te das una friega con este ungüento y mañana estarás como nueva.

—Oh, gracias. ¿Lo preparas tú?

—Sí, una anciana que vivía con nosotros me enseñó, fue también quien despertó mi don para ver en la bola de cristal e interpretar las cartas.

—Una mujer sabia.

—Sí, lo era. Brindemos por ella —Scarlet les había llevado el ron con que cada noche terminaban la velada. Kathy no bebía, desde la primera noche que no probaba ni un poco, no quería volver a emborracharse.

—Si tomas un poquito quizá te calme tu... —El comentario le valió por un codazo en las costillas, se rio a carcajadas mientras se tocaba el costado afectado—. Vale, vale, no bebas.

A Lauren le hacía gracia la forma como ese par se trataban. Si ella o cualquiera de las mujeres le daban a cualquiera de los hombres un codazo como el que Michael había recibido, este se lo devolvería con un puñetazo.

Cuando se retiraron a su habitación, Kathy subía las escaleras pesadamente. Sentía las piernas doloridas. Él se abstuvo de hacer comentario alguno. En el momento en que cerró la puerta tras de sí, ella ya se había dejado caer sobre el colchón boca abajo. Al girarse y verla sonrió para sí. Se le acercó.

—Deja que te ayude.

Ella no protestó, la cena se le había hecho muy larga, sentada en ese duro banco.

Michael le sacó las botas, las medias y los calzones, luego la giró con cuidado para quitarle el corsé que le sujetaba las faldas y la camisa. Trató en todo momento de que no tuviera que apoyarse sobre su trasero dolorido.

Al quedar desnuda, cogió el tarro y lo olfateó, no olía mal. Se arremangó y empezó a masajearle muy suavemente las nalgas con el ungüento. También le puso en los muslos, sabía que debían dolerle por su forma de andar.

Kathy soltó un suspiro.

—¿Te sientes mejor? —dijo mientras le masajeaba las pantorrillas.

—Sí, tienes unas manos... —pareció pensar en cómo terminar el comentario—, eres muy diestro masajeando lo que me duele.

Él ahogó una risita. Se secó las manos en el pantalón y empezó a desnudarse, ese masaje había afectado a su cuerpo, se sentía excitado, la visión de ella desnuda lo hacía desearla, pero ese día no sería tan insensible como para encenderla a ella también y dejarla más dolorida. La cogió en brazos con delicadeza y la puso dentro de la cama, él se tumbó a su lado y le pasó el brazo por debajo de la cabeza para que se apoyara en él. Era la forma en que solían dormir.

—Lo siento, hoy no estoy... —susurró Kathy.

Michael le cubrió la boca con dos dedos.

—Sh, no tienes que preocuparte por nada, amor. Sé que no estás bien para hacer ciertas cosas.

—Bonita forma de decirlo.

Le besó los cabellos y ella se removió buscando una postura más cómoda.

—¿Estás mejor así?

—Sí, siempre que estemos juntos.

—Nadie me separará de ti.

A Michael le costó coger el sueño, entre su cuerpo excitado y ella enroscada contra él, supo que no le sería fácil descansar. Trató de que su mente se distrajera pensando en lo que ese día había hecho Lauren: había salvado a varias mujeres y a un niño de un destino horroroso.

En los cuentos que le contaba su abuela, siempre había piratas buenos y malos, ese día había visto con sus propios ojos que se habían topado con los compasivos. Las historias de niño se habían convertido en realidad.

Capítulo 21

A la mañana siguiente, Kathy abrió los ojos y recordó el dolor que había padecido la tarde anterior. Se palpó el trasero y le extrañó que no le molestara. ¡El ungüento había surtido efecto!, pensó contenta; movió las piernas y estaba perfectamente. Se giró para decirle a Michael que estaba bien, se sorprendió de encontrarlo dormido, siempre despertaba cuando ella se movía un poco. Se apoyó en la almohada con el codo y descansó la cabeza en la palma de su mano, admirando el atractivo perfil de Michael. Era un hombre muy guapo, le había crecido el pelo y la barba desde que estaban allí, le quedaba muy bien. Sus pestañas negras tupidas le marcaban medias lunas en las mejillas y los dedos le cosquillearon por las ganas de pasarlos por encima. Sus labios carnosos captaron toda su atención, deseó capturarlos entre los suyos y perderse en aquella gruta que le regalaba tanto placer. Su mirada esmeralda bajó más y se encontró con el tronco de su cuello, al que le encantaba abrazarse para atraerlo hacia ella.

—¿Te gusta lo que ves? —susurró Michael con una sonrisa en los labios.

—Oh, sí.

Él aún estaba medio adormilado para acordarse del trasero de Kathy. Su mano se plantó en las nalgas femeninas y la empujó para que descansara encima de él. Ella abrió las piernas y su cuerpo se excitó al notar la gran erección de Michael que le acariciaba sus partes más íntimas. Sintió sus manos en las caderas, al mismo tiempo que las de él se ondulaban paseando su miembro por la humedad que desprendía su cuerpo.

—¿Siempre te despiertas así? —Ella se había inclinado para mordisquearle el cuello.

—Tendrías que estar al tanto, hace suficiente tiempo que dormimos juntos para que ya lo sepas. —Él le levantó la cara hacia la suya para capturarle los labios. El beso empezó lento y suave, le pasaba le lengua por el contorno de su boca, le succionaba el labio inferior y entraba en aquella gruta recorriendo cada rincón como si quisiera reconocer su territorio.

Kathy disfrutaba de aquella intromisión, siguiendo los movimientos de la lengua de él. La forma que tenía Michael de acariciarle el interior de su boca la enloquecía y deseaba regalarle tanto placer como recibía. Sus manos se posaron en las mejillas rasposas, embelesada por las sensaciones que estaba sintiendo, y de repente el beso cesó abruptamente, abrió los ojos

sorprendida por aquella inesperada interrupción.

—Perdona, amor... me he dejado llevar y no recordé que no estás bien.

Por un momento, ella no supo de qué le hablaba.

—¿Qué...?

Él trasladó las manos al culo y lo acarició con mucha suavidad, lo que hizo que ella entendiera su reacción.

—¿Cómo te sientes?

A Kathy la enterneció su preocupación. Repartió muchos besos suaves por los extraordinarios labios de él.

—Estoy muy bien, no me duele nada. —Lo miró a los ojos con picardía—. Yo diría que el estupendo masaje que me diste anoche obró el milagro.

—¿De verdad? No quiero causarte daño —dijo mirándola y apretando las nalgas contra él.

—No lo haces, me siento en la gloria.

Michael sonrió, le atrapó la cara entre sus manos y volvió a su boca. Su beso no tuvo nada de suave, fue tórrido y pasional, despertando todas las terminaciones nerviosas de Kathy, desde la cabeza a los dedos de los pies, que se le encogieron por la fuerza de la pasión. Se removió encima de él notando cómo su virilidad crecía contra su intimidad sensible.

Las manos fuertes fueron hacia las caderas de ella y la levantó para enterrarse en ese húmedo pasadizo que lo acogía con la calidez de un guante de terciopelo.

—¿Me quieres cabalgar?

—Oh, sí. —Kathy se impulsó y despacio empezó a moverse arriba abajo, gozando de la fricción que sentía, que parecía atravesarle todo su cuerpo. Levantó la cabeza, estirando el cuello hacia arriba, y soltó un gemido de gozo.

Michael la miraba por debajo de sus párpados caídos por la fuerza de la pasión. Se la veía preciosa con aquella fina película de sudor, sus pequeños pechos se movían como dos suculentos flanes ante sus ojos, se lamió los labios por las ansias de tomarlos en su boca. Se incorporó, para quedar sentado, le cogió un seno en cada mano, se inclinó y se los puso en la boca, dando suaves toques con la lengua a los pezones excitados y duros como capullos de rosa.

Ella lo envolvió con sus brazos, arrimándolo más a sus pechos, gozando como nunca antes. Notaba que el orgasmo iba creciendo en su interior, le cogió la cara entre sus manos y lo besó para que se tragara su grito de éxtasis. Se convulsionó, se puso tensa y se deshizo en un placer abrumador que lo arrastró a él junto a ella, dejándolos satisfechos y hechos un enredo sobre las sábanas.

Un rato más tarde, él abrió los ojos y la encontró mirándolo con tanta calidez en los ojos que lo derritió por dentro.

—No sé cómo he podido vivir estos treinta años sin ti.

El comentario le hizo levantar una de sus bonitas cejas.

—¿Estás tratando de decirme algo? —preguntó ella.

Michael se quedó pensativo, lo que sentía en esos momentos jamás le había pasado con ninguna de las otras mujeres que se habían cruzado por su vida. Sin embargo, debía reconocer que estaban viviendo una aventura excepcional, quizá todo fuera fruto de la emoción de estar experimentando en carne propia una de las historias que le contaba su abuela.

—Que me gusta tu forma de ser, cualquier otra mujer estaría histérica, en cambio tú no parece que pierdas los nervios por todo este caos. Admiro tu valentía.

—Eso lo dices porque estamos a dos siglos de distancia de nuestra época. —Kathy bajó la mirada, no se lo imaginaba con ninguna de las mujeres que los rodeaban allí. Pero ¿qué ocurriría si lograban volver a su tiempo? Seguro que tendría a alguien suspirando por él. De pronto se sintió tan insegura que trató de separarse del hombre.

Michael vio inseguridad en sus ojos, y no le gustó ni un ápice. La cogió por un brazo para retenerla, ella quiso separarse, tiró de su brazo y Michael la tendió y se tumbó encima de ella, impidiéndole moverse con su propio peso.

—Puede ser, aunque te garantizo que ya me gustabas antes de retroceder en el tiempo. Eres una mujer extraordinaria.

Kathy lo miraba con esos pozos esmeraldas llenos de dudas.

—No me alabes tanto, se me va a subir a la cabeza. —Trató de bromear ella.

Michael notaba la confusión que se reflejaba en los ojos verdes, supuso que aquellas palabras que se le habían escapado la sorprendieron tanto como a él. Le dio un último beso en los labios y se levantó.

Ella se quedó en la cama viendo cómo él se vestía, o se disfrazaba, para decirlo de alguna manera. Los músculos que se contraían con cada uno de sus movimientos la tenían hechizada.

Michael la vio observándolo y ralentizó el ritmo, cuando terminó, le dio un cachete en la nalga, se sentó a su lado y dijo:

—¿No querías salir a caballo?

Sus palabras la hicieron levantar en un segundo. La alegría se había apoderado de ella.

—Sí —gritó.

Una hora más tarde, salían de los establos al paso y estuvieron recorriendo las marismas y el borde del río. Los parajes tan distintos a como los conocían los mantuvieron en constante admiración.

***

—Lauren, ¿no vas nunca a la ciudad? —preguntó Kathy esa noche mientras estaban cenando.

—Muy pocas veces, todo el mundo me conoce, hay personas que piensan que soy una bruja, además de ser la hermana de Walter.

—¿Bruja? —se sorprendió Kathy.

—Los hombres, cuando van borrachos, se les suelta la lengua, alguno ha ido por ahí contando

que echo las cartas.

—¿Y qué tiene eso de malo? —Bajó la voz para que nadie más la oyera—. En nuestro tiempo también hay mujeres que lo hacen, y se sacan un buen dinero por ello.

—Aquí también, pero lo llevan con discreción. Nadie dice abiertamente que lo hace, y quien va tampoco lo airea a los cuatro vientos.

—¡Hipócritas!

—Hay personas que menosprecian lo que no entienden, supongo que también ocurre...

—Sí —afirmó Michael a la insinuación de Lauren—. Mi abuela lo hacía en la parte de atrás de su tienda, además de tener... —Calló con un gesto de cabeza, ella entendió que se refería a la bola de cristal.

—¿Y qué pasa cuando vas? —Kathy tenía ganas de conocer la ciudad y quién mejor que ella para mostrársela.

Lauren le sonrió al ver dónde quería ir a parar.

—Si quieres un día de estos podemos ir.

—Yo también voy —dijo Michael.

—Por mi parte no hay problema, puede ser divertido, llamaremos mucho la atención.

Kathy estaba entusiasmada ante la perspectiva de ver la ciudad de dos siglos atrás.

Capítulo 22

Lauren le pidió ayuda a Kathy para terminar con los complementos de la casa de Bretón. Ella estuvo encantada, y como Michael se había convertido en su sombra, los tres iban hacia la isla.

Las esclavas habían hecho un buen trabajo limpiando la casa de escombros: los suelos estaban relucientes y la baranda que llevaba a la segunda planta, pulida.

Cuando Kathy vio a las mujeres se presentó, tratándolas como lo haría con cualquiera en su época.

—Yo soy Kathy. —Les estrechó la mano como era su costumbre cuando conocía a alguien. Ellas se miraron extrañadas.

A su encuentro habían salido Namoi, Norah y Aaliyah, les dijeron que Jaida y Mollie estaban en la cocina, esa última era la que había llegado con un niño de unos dos años.

—Seguid con vuestro trabajo, vamos a los almacenes y mandaremos a algunos hombres con muebles —ordenó Lauren.

De camino a los cobertizos, esta expresó:

—Kathy, no deberías haberte presentado como si fueran tus amigas. —No estaba enojada, solo le señalaba un hecho.

—¿No sabes que se cazan más moscas con miel?

—No entiendo. —Le ocurría a menudo con ellos, decían cosas sin sentido.

—Estoy segura de que, si eres indulgente con ellas, te servirán mejor que si no paras de darles órdenes.

—Con Candice y Wendy no es así. Serían capaces de robarme la comida del plato si no mantuviera mi daga siempre a mano. Son unas holgazanas que cuando las necesitas no las encuentras por ninguna parte.

—¿Me equivoco si pienso que calientan la cama a los hombres de Walter?

—Estás en lo cierto.

Kathy asintió por haber calado a las dos mujeres.

—¿De alguno en particular o del primero que les levanta las faldas?

Michael ahogó una risa, estaba escuchando la conversación y supo que ella no había

encontrado una manera más sutil de decirlo.

—¡Son unas rameras! —exclamó Lauren a bocajarro.

—¿Los hombres de tu hermano se quedan en tu casa cuando están en el puerto?

—¡No, por Dios! —Lauren puso cara de horror—. Parecería un burdel.

—Entonces ¿por qué siguen ahí cuando ellos salen a la mar?

Lauren pensó en el razonamiento de Kathy.

—Cuando Walter las trajo dijo que serían las criadas.

—¿Y lo son? No te ofendas, yo veo más limpieza en esta casa que en la tuya —dijo señalando la edificación que acababan de dejar—. Creo que al quitarles las cadenas tienes a una servidumbre leal.

Aquellas palabras dejaron a Lauren pensativa.

Kathy dejó que la mujer resolviera lo que pasaba en su propia casa. Ella no era nadie para quejarse de la falta de limpieza.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los tres dijo nada, estaban llegando a los cobertizos.

—Cuando Walter vuelva le diré que las saque de mi casa. Ahora que él tendrá la suya, que haga lo que quiera con ellas.

Lauren llamó a dos hombres que estaban cerca del almacén. Les señaló la gran cama y les ordenó que la llevaran a la mansión y la montaran en el dormitorio principal. Kathy halló dos mesitas que irían bien con la cama, las sacó al exterior. En esos momentos ya no se quedaba mirando a aquellos brutos que la veían con lujuria, al contrario de los primeros días, en que su cerebro le decía que aquello debía tratarse de una fiesta de disfraces. Se sorprendía a sí misma de haberse adaptado tan pronto a esos filibusteros que no dudarían en levantarle las faldas, o sacarle una navaja por una mirada o una palabra fuera de lugar. Claro que se cuidaba de ir siempre acompañada por Lauren o el que suponían el primo del capitán Smith.

—Michael, ¿puedes llevarlas?

—«Lo que usted mande, señorita Escarlata» —dijo con el tono de la famosa película.

—¡Qué payaso eres! —se burló ella con una carcajada.

Al pasar por su lado, él se inclinó y le dio un beso rápido en la boca.

Lauren encontró un fardo de telas muy bonitas.

—Mira, Kathy.

—Oh, qué preciosidad. Quedarían unas cortinas muy bonitas.

—¿Cortinas?

—Estoy segura de que sabes de lo que hablo, aunque en tu casa no haya.

—Por supuesto que lo sé, pero no había pensado en ello. Solo las he visto en las casas de los ricos de la ciudad.

—Ya veo.

Kathy abrió una caja y vio que se trataba de una fina vajilla de porcelana. Lauren, al verla,

exclamó:

—¡Esos platos son dignos de un rey!

—Estoy segura de que a Walter le encantará comer en ellos. —Kathy empezaba a conocer, por los comentarios de su hermana, a ese hombre que nunca había visto—. Y agasajar a sus invitados.

Lauren asintió con la cabeza.

—Cuando reciba a sus amigos influyentes se morirán de envidia.

—Sobre todo si los llena de suculentas comidas —señaló Kathy—. Deberías asegurarte de que esas mujeres cocinan lo que pueda tentar los paladares de esos señores.

—Pemberton me ha dicho que Mollie cocina muy bien.

Siguieron buscando en las cajas, mientras algunos hombres trasladaban las escogidas a la mansión. Encontraron unas copas de cristal y también las dejaron aparte para que fueran llevadas a la casa.

Kathy veía que en aquel almacén podría pasarse la vida entera, todo lo que encontraba la alucinaba; en su tiempo sería antiguo, en esos momentos todo era nuevo. Acariciaba los objetos con reverencia, de tal forma que en algún momento Lauren se la quedaba mirando con extrañeza.

—Esta vitrina iría muy bien en el comedor —señaló Kathy—. Ahí dentro Walter podría exhibir su riqueza. —Había encontrado ese mueble que era exquisito, sus líneas eran muy elegantes.

Lauren se la quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—Sabes que nunca te he preguntado por tu época. ¿Hay algo que quieras contarme?

Kathy no sabía a qué se refería.

—No entiendo.

—¿Sabes algo sobre el futuro de Walter?

—No, aquí quien tiene esos poderes eres tú.

—Es que te expresas como si supieras algo que yo no sé. —Mientras hablaba, Lauren la miraba como si tratara de ver la verdad en sus ojos.

—Por lo que nos dijiste pensé que tenía aspiraciones políticas, que iba a retirarse de piratear.

—Eso espero que haga, aunque por el momento se dedica a hacer fortuna para ganarse adeptos a su causa. Walter mantiene relaciones con los franceses, españoles y criollos, por negocios. Mientras, los va conociendo y sabe quién lo va a traicionar y en quién puede confiar.

—Parece un hombre inteligente.

—Si no lo fuera, ya le habrían sacado las entrañas. Todos esos majaderos que lo acompañan no son de fiar. —Aquella revelación dejó a Kathy con la boca abierta. Si no podía confiar en nadie, ¿por qué se pasaba meses en el mar sabiendo que en cualquier momento podía haber un motín? Lauren pareció leerle el pensamiento—. Volverá sano y salvo. Mi hermano cree en mis poderes y antes de salir siempre me pide que le eche las cartas y que mire en mi bola.

—¿No sería más fácil mantener lejos a los que lo quieren traicionar?

—Walter cree que no, prefiere tenerlos controlados bajo su mando. Así puede actuar antes de que hagan planes contra él.

Kathy pensó que no lo entendería nunca. Ella ya estaba agobiada de tener que vivir en guardia contra todos los que la rodeaban, en un barco sin vía de escape sería mucho peor.

***

Un rato más tarde, Lauren estaba tomándose un ron con Michael, mientras Kathy revisaba las habitaciones de arriba. Él miraba por la ventana a los hombres que iban de un lado a otro. Le parecía estar viviendo su sueño de niño, rodeado de aquellos piratas barbudos, malolientes y groseros. Esos tipos eran tal como los describía su abuela, no dudaban en emprenderla a puñetazos con cualquiera de sus compinches, por la más mínima nadería. Estaba siendo testigo de ello. En esos momentos, uno de ellos, que iba cargado con un fardo, había chocado con otro sin intención y se estaban moliendo a golpes ante sus ojos. Le vino a le mente un *flash* de su época que le decía que tenía que separarlos, incluso inconscientemente buscó su arma reglamentaria en la parte trasera de su pantalón. Al no encontrarla volvió a lo que era su presente.

Lauren se había acercado a él sin hacer ruido, y vio su reacción. Unos minutos más tarde, los dos hombres que se estaban atizando estaban tendidos en el suelo con las respiraciones entrecortadas y con hilillos de sangre que corrían por sus sucios rostros. Uno de ellos se puso en pie y ayudó al otro, se miraron con unas sonrisas de dientes mellados y uno soltó una carcajada cascada.

—Esto lo podemos arreglar con un trago. —Oyeron que le decía al otro.

—Buena idea, compañero.

Los ojos de Michael se abrieron sorprendidos.

—¡Que me aspen! —exclamó.

—Lo hacen para divertirse y dejar sus tareas. —Lauren habló a su lado y supo que había visto lo mismo que él.

—¿Se lo pasan bien moliéndose con los puños?

—¿Aún no te habías dado cuenta de eso? Ahora irán y se emborracharán juntos. —Michael se quedó pensativo unos segundos y recordó alguno de los cuentos que le narraba su abuela—. Por tu mirada veo que no te han escandalizado, aunque hace un momento has reaccionado como si quisieras separarlos. Nunca te he preguntado, ¿a qué te dedicas en tu época?

—Soy policía. —Al darse cuenta de que ella no entendía, aclaró—: Soy agente de la ley.

—¿Pretendías separar a esos dos miserables? —dijo ella con una sonrisa y alzando una ceja—. Si quieres escuchar un consejo, nunca te pongas entre dos de ellos. No dudarán en sacar un cuchillo y rajarte. Recuerda que no te consideran de los suyos.

—¿No los detendría saber que soy el primo del capitán Smith?

—A muchos de ellos no.

Michael se la quedó mirando.

—Entonces tú tampoco estás segura.

Una expresión que nunca le había visto se reflejó en los ojos oscuros de Lauren.

—Todos saben que soy capaz de abrirlos en canal en pocos segundos.

Aquellas palabras volvieron a la memoria de Michael, la incógnita que lo había desconcertado desde el momento que se dio cuenta de que habían retrocedido en el tiempo.

—¿Qué te impidió hacerlo con nosotros cuando nos encontraste en tu casa?

—La última vez que consulté la bola de cristal, me mostró vuestra llegada.

—Entonces, sabías que viajaríamos en el tiempo.

—No, yo lo interpreté como un viaje en el caos, no lo entendí hasta que os vi. Lo que me lleva a otra pregunta: ¿por qué no pareciste incrédulo ni me tachaste de loca cuando te dije que estabais dos siglos antes de vuestra época?

—Mi abuela decía poseer poderes, como tú, también echaba las cartas y descubrí una bola de cristal como la tuya en su casa y otra en su negocio, donde se dedicaba a leer las líneas de las manos y... —Michael hizo un gesto con las manos como abarcando lo que ella misma hacía.

—Me gusta creer que es un don que pasa de madres a hijas. Aunque no todas tenemos la mente abierta para aceptarlo. Mi tía, sin ir más lejos, siempre ha dado la espalda a todo lo que no ha podido demostrar con hechos.

Michael se quedó pensativo unos instantes.

—¿Eso quiere decir que la estirpe de videntes se ha terminado? Mi padre es hijo único y yo no tengo ninguna hermana.

—No necesariamente. Tú puedes tener una hija o una nieta...

Él nunca había pensado en tener hijos, jamás tuvo una pareja consolidada con la que se hubiesen hecho esas preguntas. De repente, le vino a la mente Kathy, redondeada con su hijo creciendo en su interior, y una sonrisa se le dibujó en los labios. No obstante, apartó aquella idea al fondo de su mente. En esos momentos tenían un problema más gordo entre manos: volver a su tiempo.

Capítulo 23

Cada noche, cuando subían a la habitación del cuarto secreto —que no era otra que la de Walter—, Kathy y Michael charlaban sobre lo ocurrido durante el día. Ella solía abrir la ventana para que entrara el aroma de la tierra húmeda y escuchar los sonidos del río y los bosques que los rodeaban. Era relajante.

Michael la miraba recordando la conversación que esa misma tarde había mantenido con Lauren, ¿tendría hijas con ese extraño don de la videncia? Desde luego, si era así, él mismo las ayudaría a aceptar lo que muchos creían que era locura. En esos momentos sabía que su abuela no había sido ninguna impostora. A él se lo contaba en forma de narraciones en su corta edad; luego, al crecer, dejó de hacerlo, y él creyó que la imaginación la había llevado a entretener a sus clientes con las cartas. Ya no pensaba lo mismo. Al igual que Lauren, su antepasada, podía ver mucho más allá que los demás. Esas miradas incisivas que parecían atravesarlo eran el resultado de un poder al que se estaba empezando a acostumbrar.

Kathy lo veía extrañamente callado.

—¿Ha ocurrido algo?

—No, he estado hablando con Lauren.

—¿Qué te ha dicho?

—Que es posible que, si tengo una hija, sea vidente como ella.

—Hace un tiempo me habría reído de tus palabras, ahora ya no.

—Vaya lío en que te metí al pedirte que valoraras las cosas de mi abuela.

Ella lo miró sorprendida de que se culpara por eso.

—¿Qué dices? ¿Cuántas personas crees que han viajado en el tiempo? Somos afortunados. Lo único que me inquieta... —Kathy se calló, sabía que él estaba tan ansioso como ella por los que habían dejado atrás. Se acercó a la ventana y miró a lo lejos, el mar que brillaba bajo la luz de la luna, donde podía ver recortada la isla de Bretón.

—¿Sí? —La voz de Michael fue un suave susurro, y ella se dio cuenta de que lo tenía a su espalda.

—Mi familia y amigos estarán locos de preocupación al no encontrarme por ninguna parte. —

Él pasó los brazos por la estrecha cintura de Kathy y la apoyó contra su pecho—. Sé que tú piensas en ellos también, puedo verlo en tus ojos. Aunque estés viviendo tu sueño, de vez en cuando te quedas mirando al infinito, sé que los tienes muy presentes.

—Tienes razón.

Los dos oyeron un murmullo bajo su ventana, y Kathy se desprendió de sus brazos y se asomó. Él hizo lo mismo. Vieron que Candice y Wendy hablaban en susurros unos metros más abajo. No les gustó encontrarlas allí, ¿los estarían espiando? Sabían que no debía fiarse de ellas. Kathy cerró los pórticos y, al girarse, él la miraba con una pregunta en los ojos y ella le hizo otra.

—¿Crees que pueden habernos escuchado?

—No hablábamos tan fuerte como para que nos oyeran desde esa distancia. —No estaba muy seguro, pero no quería que ella se preocupara.

Kathy solía lavarse cada día antes de acostarse y usaba la camiseta que trajo del futuro para dormir. Se dirigió al cubo que cada día subía para ese menester y se iba a quitar la ropa que había empezado a no molestarle tanto.

Michael quería distraerla de sus quebraderos de cabeza.

—Te has acostumbrado muy pronto a llevar faldas —dijo con una sonrisa coronándole los labios.

—No te creas. Lo que pasa es que no tiene sentido que me queje. Y tengo la ventaja de que los hombres no me miran con la lujuria del primer día.

—¿Eso es lo que piensas?

—Sí.

Él soltó una carcajada.

—Lo que los mantiene a distancia es el cuchillo que Lauren siempre tiene a mano. Ahora que saben lo que las ropas esconden...

—Estás diciendo tonterías.

Michael negó con la cabeza. Se le acercó y posó sus manos en los finos hombros femeninos. Capturó su mirada esmeralda y con las yemas de los dedos recorrió los costados de Kathy hasta las caderas.

—Todos tienen grabada tu figura en su cabeza y están esperando el momento oportuno para saltar sobre ti. —Se inclinó para capturarle los labios, y antes de que ocurriera susurró—: Intenta no separarte de mí o de Lauren.

Tomó posesión de la boca de Kathy sin darle opción a protestar. Recorrió la suave y caliente gruta con minuciosidad y ella se colgó de su cuello, enredando sus finos dedos en el cabello castaño oscuro que había crecido desde que estaban allí. La barba de Michael ya no pinchaba, era una suave caricia en la cara y boca de ella. Trasladó sus manos hacia el rostro, que empezaba a parecerse al de un pirata.

Juntos habían aprendido que cuando empezaban a besarse no podían parar. El sabor de los besos del otro era pura tentación, y se dejaban llevar. Las manos de ambos se recorrían con ardor

y no tardaron mucho en empezar a tironear de sus ropas.

Él había aprendido muy pronto a luchar contra los cordones que ataban el cinturón-corpiño de Kathy, y desprendiéndose de él, lo demás era pan comido. Cuando quiso darse cuenta, ella lucía solo los calzones.

A ella le costaba más despojarlo de los pantalones, las botas representaban una pesadilla.

Michael se dejó caer en la cama acariciándole los pechos. Se los puso en la boca y les rindió un entusiasta homenaje con sus labios y lengua, lo que la hizo jadear de placer. Se separó de él al sentir que se estaba licuando por dentro, necesitaba sentir el calor de la piel de él contra la suya. Se agachó delante del hombre, de espaldas, y le cogió una de las botas, Michael le dio un suave empujón con el otro pie y repitieron la operación con el calzado. Entonces no tardó nada en desprender los pantalones; cuando lo hizo, el pene de él saltó del confinamiento y Kathy lo tomó entre sus manos. Escuchó cómo él contenía el aliento y, sintiéndose traviesa, lo recorrió de arriba abajo con la boca abierta, haciendo que él se arqueara de gozo.

Michael notaba que estaba perdiendo el control de su cuerpo, la boca de Kathy era muy caliente y lo hacía delirar. Sus testículos tensos recibían las caricias de las manos pequeñas y suaves como si fuesen el toque que lo haría explotar de un momento a otro. Se incorporó y de un tirón le quitó las calzas, la tendió en la cama boca abajo, quedando ante sí aquel trasero apetecible que le atraía como un imán. Lo masajeó con manos traviesas, haciéndole cosquillas en la húmeda entrepierna, colocó su pene en la hendidura entre las nalgas, las apretó sintiendo un enorme placer que lo compartió con ella al escucharla gemir de excitación.

Se inclinó sobre ella, le mordió el hombro con suavidad mientras entraba en ese paraíso que tenía entre las piernas. Vio que ella estiraba los brazos sobre la cama y cogía las sábanas dentro del puño cerrado.

—Ah —gritó de gusto Kathy.

—¿Te gusta? —preguntó él moviendo las caderas despacio.

—Sí, oh, sí —exclamó levantando el trasero para acercarse más al cuerpo fornido que la enloquecía.

Michael le cogió las caderas y se lanzó a una cabalgata frenética que les arrancaba gritos a los dos. Cuando sintió que ella lo engullía como fundiéndose con él, temblando por la potencia del orgasmo, se corrió como nunca. Se le escaparon de los labios unos suaves alaridos que trató de contener mientras aún se clavaba dentro de ella.

Kathy sentía el cuerpo blando y las piernas temblorosas. Notó que Michael se tumbaba a su lado al salir de ella y se arrimó al pecho de él, aspirando el aroma a sexo que habían formado los dos. Cuando su corazón volvió a bombear con normalidad, levantó la cabeza y sus ojos tropezaron con la mirada oscura de Michael.

—Hemos tenido que viajar en el tiempo para encontrarnos —susurró un segundo antes de cerrar los ojos y dormirse.

Aquellas palabras hicieron que el sueño fuera esquivo con Michael. ¿Qué había querido decir

ella? ¿Se estaría enamorando? Esperaba que sí, él ya había reconocido sus sentimientos.

Capítulo 24

Lauren proyectó una visita a la ciudad, para comprar objetos y útiles de costura que les hacían falta para seguir con la decoración de la casa de Bretón. Kathy estaba entusiasmada, mientras Michael no se quitaba el mal humor de encima. Ellas no querían que las acompañara por el revuelo que se podía formar al ser confundido con Walter.

—Estáis las dos locas. Kathy, tendrías que quedarte aquí, no sabes los peligros que te puedes encontrar en la ciudad.

—¿Dudas de mi capacidad para defenderla? —dijo Lauren levantando una ceja negra—. Nadie va a meterse con ella cuando la vean a mi lado. Los pendencieros saben que los puedo descuartizar, y los respetables hacen como que no me ven. Huyen de la ira de Walter, saben que los puede despellejar si tratan de ofenderme.

—Pero él no está aquí —exclamó Michael.

—Se vengaría mil veces si alguien osa causarme algún daño.

—Por ti sí, ¿qué pasa con Kathy? Ni siquiera sabe quién somos ni que estamos aquí. No levantará ni un dedo por una desconocida de dudosa procedencia.

Lauren veía la preocupación y una determinación que no había visto antes en los ojos oscuros idénticos a los de su hermano. Supo que no pararía hasta que ellas no dieran su brazo a torcer.

—Si lo que quieres es acompañarnos, hazlo. —Lauren adivinó que no lograría convencerlo de que se quedara, y prefería tenerlo al lado a que las siguiera con uno de los caballos—. Iremos en la carreta, así aprovecharé para traer víveres. Derricks, Jackson y Hawk también vendrán. —Estos dos últimos eran los remeros del esquife que los llevaba a la isla de Bretón.

Kathy, que se había mantenido extrañamente callada, lo observó, y él pudo ver inquietud en su mirada esmeralda. Terminó de masticar el último trozo de pan negro que estaba tomando para desayunar y lo hizo pasar con el café amargo. Dejó el vaso de barro con un golpe seco sobre la mesa y se giró de cara a él.

—¿Te das cuenta de que te vas a meter en la boca del lobo? —Lo encaró con el ceño fruncido —. ¿Es que no ves que te van a confundir con Walter y se puede armar?

El humor de él, que no estaba para sutilezas, explotó:

—La que no te das cuenta eres tú. No puedes pretender pasearte por ahí sin que todos los pendencieros de Nueva Orleans quieran meterse bajo tus faldas.

—No digas tonterías.

—No las digo, solo hace falta fijarse en cómo te miran los tipos de aquí y sabrás cómo lo harán los que no te conocen.

—Pero voy acompañada por Lauren y varios hombres —contestó ella perdiendo la paciencia.

—¡No es suficiente! —exclamó Michael.

—¿Quién te crees que soy? ¿La reina de Saba? Eres tú quien se llevará las miradas de todos, te confundirán con Walter y suerte tendremos si volvemos sanos y salvos.

—Sé defenderme.

—No si no sabes de quién debes hacerlo. —Kathy se daba cuenta de que todos los presentes estaban pendientes de sus palabras y que la miraban como si le reprocharan algo que no alcanzaba a entender. Lo cogió del brazo, lo hizo levantar de la mesa y salió fuera. Cuando se hubo alejado lo suficiente, lo encaró.

Michael, que se dio cuenta de la maniobra de ella, la usó dándole la vuelta.

—¿Por qué me has traído hasta aquí?

—Porque todos estaban pendientes de nosotros.

—Pues esto es lo que va a pasar en la ciudad. No todos los ojos me mirarán a mí, porque no pienso despegarme de tu lado.

—¡Eres imposible! —exclamó Kathy. Se dio la vuelta e iba a alejarse de él cuando notó una mano en su brazo. Se giró para seguir con su diatriba y él se inclinó y le capturó la boca, la exploró a conciencia, con furia. La pasión que ella ponía en discutir lo había encendido.

Cuando se separó, se quedó a unos milímetros de aquella boca y gruñó:

—Eres mi mujer, recuérdalo.

Michael se alejó de ella antes de caer en la tentación de echarla de espaldas y sumergirse en la calidez de ese cuerpo menudo.

A Kathy le temblaban desde los cabellos hasta la punta de los dedos de los pies, Michael nunca la había besado de aquella forma, como si quisiera marcarla como suya, su posesión. Cuando su corazón volvió a su ritmo normal, pensó que se le estaban pegando los modales de aquellos con los que vivían allí.

***

Una hora más tarde, los seis entraban en la ciudad. Jackson y Hawk conducían el carro para cargarlo y los otros cuatro montaban a caballo. Lauren tomó la delantera y paró ante la puerta de un almacén.

Kathy apenas se fijaba por dónde iba el animal, sus ojos recorrían la calle y miraban curiosos a las personas que iban de acá para allá. Michael, que montaba a su lado, se dio cuenta y le cogió

las riendas de las manos. Ella estaba demasiado interesada en las rústicas construcciones, parecía que se había internado en una película en blanco y negro, solo que allí había color.

El policía se sentía observado; y por las miradas que se clavaban en él, tuvo la sensación de que nadie lo veía con extrañeza. Como si lo estuvieran esperando. Al atar los caballos al poste se lo dijo a Lauren.

—No es de extrañar, seguro que alguien de casa se ha ido de la lengua. Juraría que han sido esas rameras, les gusta mucho chismorrear.

Mientras las mujeres entraban en la tienda, Michael se quedó en la calle con los hombres, a pesar de que ninguno de ellos le inspiraba confianza. Creyó que no sería normal que acompañara a las mujeres al interior del establecimiento. No pretendía llamar la atención haciendo algo inapropiado. Sin embargo, su sola presencia ya parecía inquietante, a juzgar por las miradas que le dirigían los que recorrían la calle.

Kathy estaba sumergida en el sueño de cualquiera que hubiese estudiado Historia del Arte. Miraba todo con la boca abierta y lo tocaba con reverencia. Era tanto su embelesamiento que las personas que había a su alrededor parecían creer que estaba mal de la cabeza.

Lauren se le acercó y le susurró:

—Deja de hacer eso.

—¿Qué?

Por respuesta, Lauren le hizo un gesto con la cabeza, señalando a una mujer que llamaba a su hija para que se alejara de ella.

—Oh, sí, comprendo. —Se situó al lado de Lauren, pero sus ojos se desviaban una y otra vez hacia los estantes llenos de telas, y hacia todo lo que la rodeaba. Unas palabras susurradas por una mujer que entró en la tienda la hizo darse cuenta de su error al acudir allí. La recién llegada le decía a otra: «Hay que tener redaños para venir aquí. Smith se cree que por haberse cortado el pelo y la barba no lo íbamos a reconocer».

Lauren se giró hacia la recién llegada.

—Es mi primo, señora Anderson. Tiene un parecido increíble con mi hermano. Walter se sorprenderá tanto como usted cuando vuelva.

La mujer la miró con una ceja alzada, lo que interpretaron como que no la creía.

—Señor Clark, volveré más tarde —dijo la mujer muy tiesa dándose la vuelta, con la nariz apuntando al techo como si la presencia de Lauren la molestara.

—Como usted quiera —contestó el tendero con educación. El hombre no era tonto y sabía que Lauren le dejaría unas buenas ganancias; si no, no habría acudido con el carro.

Kathy siguió a aquella mujer a la calle y vio que miraba a Michael con descaro.

—Idiota —susurró.

—¿Ha ocurrido algo? —le preguntó él con el ceño fruncido.

—Nada, se creen que eres Walter. Ya estoy deseando conocerlo a ver si de verdad te pareces tanto a él.

Que él hablara con una mujer en plena calle era mucho más insólito todavía. Lo normal era que el capitán acudiera al burdel cuando llegaba a tierra. Las mozas no le negaban nada. Solía ser generoso después de unas horas de placer. Era algo que todo el mundo sabía.

Por lo visto, la presencia de Smith en la ciudad corrió como la pólvora y un par de mujeres se le acercaron moviendo las caderas y con las blusas que apenas les cubrían los pezones.

—Tú, golfa, tienes que ponerte a la cola —gritó una morena mirando a Kathy de arriba abajo —. A mi hombre no le gustan las mujeres con tan pocas tetas como tú. Así que ya puedes volver al agujero de donde has salido. —La rubia que la acompañaba la cogió del brazo y la apartó de malas maneras del objeto de su deseo, con la mala suerte que chocó contra el pecho de Jackson, y este, al pretender ayudarla para que no terminara con el culo por el suelo, la manoseó a base de bien.

Kathy se quedó helada al verse relegada a ramera.

—Si te portas bien, tal vez te llevemos con nosotras. Madame Buchard igual te contrata para que limpies los vómitos de los borrachos. ¿Qué te parece, Genna? —habló la rubia de grandes pechos y con las caderas muy anchas. Iba vestida con una falda violeta con el bajo levantado por un lado, enganchado al corpiño, de forma que al moverse enseñaba las piernas y las botas, de donde sobresalía el mango de un cuchillo.

La morena soltó una carcajada ronca, su vestimenta era similar a la de la rubia, solo que la tela era más vistosa al ser de rayas naranjas y negras. Las camisas de ambas, que desaparecían bajo el cinturón apretado con cordeles, debían haber sido blancas en algún momento, entonces lucían amarillentas.

—Buena idea, Abby, así no nos lo mandará a nosotras. —Al terminar de hablar, se rio enseñando unos dientes desparejos y oscuros.

Las dos se habían situado a ambos lados de Michael y lo toqueteaban sin pudor. Kathy se lo quedó mirando con una ceja alzada, esperando a ver qué hacía él.

—Señoras, me han confundido, mi primo Walter está en el mar.

—No tenemos ningún problema, cariño —dijo Abby, cogiéndose al brazo de él—. Cuando él vuelva, tendremos uno para cada una, de momento nos tienes a las dos para ti solo.

Kathy no podía creer la desvergüenza de aquellas cuando la otra se colgó del otro brazo de Michael. El espectáculo que estaban dando había reunido a un buen número de mirones en la calle, mofándose de las mujeres.

Del otro lado se oyó una voz de varón:

—¿Es que no os dais cuenta de que os está tomando el pelo? Es Walter.

Kathy se giró, pero no podía decir quién había dicho aquello. Al volverse, vio a Lauren, que había salido de la tienda y estaba a la espalda de Michael, como si esperara que pasara algo. Su mano derecha estaba escondida entre los pliegues de su falda negra y ella no dudó que tendría su cuchillo en ella.

Michael se desprendió del agarre de las dos fulanas y les dijo que «en otra ocasión», con una

encantadora sonrisa. Los hombres parecían alentar al capitán a que no desaprovechara la oportunidad de pasar un rato con aquellas dos zorras. A Kathy le hirvió la sangre. Lo miró lanzando rayos por los ojos y trató de alejarse de aquellos bárbaros que los rodeaban, con la mala fortuna de que se tropezó con un pecho muy duro a la altura de su nariz.

—¡Ay! —exclamó tocándose el miembro agraviado.

—¿Qué pasa, muñeca? Por lo que veo, te han despachado. No te preocupes, princesa, a mí me gustan las mujercitas como tú.

Era un tipo rechoncho, alto como una torre, que la miraba con lujuria. Su mueca en la boca lo hacía parecer cruel. Por lo menos tendría la edad de su padre, pensó ella.

—Disculpe, señor, aquí ha habido una confusión.

—De ninguna manera, pequeña. He de admitir que no esperaba encontrar un bomboncito como tú. —El hombre la tenía cogida por un brazo como si fuese una tenaza, le clavaba los dedos y ella empezó a tener miedo. Miró alrededor y se le cayó el alma a los pies cuando vio que los mirones habían cruzado la calle y rodeaban a Michael. Parecía que todos los pendencieros de la ciudad se hubiesen reunido—. Me dijeron que eras bonita, pero no creí que lo fueras tanto.

Aquello despertó las alarmas en el cerebro de Kathy. ¿Quién le habría hablado de ella? No tuvo que preguntárselo mucho más. Hawk se les acercó y ella, horrorizada, vio que ese hombre le daba unas monedas.

—Suélteme ahora mismo —gritó Kathy.

—Monada, acabo de pagar por ti.

—¡Qué se cree usted eso! —Levantó la rodilla con fuerza, para darle en todas las pelotas. No obstante, lo único que consiguió fue que se apartara y entonces recibió un puñetazo en la barbilla que le hizo perder el sentido.

Capítulo 25

Frente a la tienda se había formado un buen tumulto de villanos, Lauren le dijo al dueño de la tienda que cargara los víveres en la carreta. Vociferó el nombre de los esbirros que la habían acompañado y les ordenó que ayudaran al señor Clark.

Michael miraba hacia todos lados buscando a Kathy, con su altura no le sería difícil encontrarla; sin embargo, no veía su melena azabache por ninguna parte. La habían apartado de su lado aquellas dos busconas y luego se encontró rodeado por todos esos hombres que le hablaban como si fuera el capitán Smith.

Se giró hacia Lauren.

—¿Dónde está Kathy?

—Estaba aquí fuera.

Aquellas palabras hicieron que el vello de todo el cuerpo se le pusiera de punta. A grandes zancadas se alejó de todos esos pendencieros, esperando encontrarla apartada de todos ellos. Se iba abriendo paso a codazos por entre todos los que remoloneaban por la calle y no la halló. Lauren se unió a él, y también Jackson, Derricks y Hawk.

Después de recorrer todo el entorno y no localizarla, Michael estaba que no le tocaba la piel al cuerpo.

—Derricks, ve a casa y trae a todos los hombres, tenemos que encontrarla —ordenó Lauren al hombre.

La frustración de Michael no conocía límites. Entró y salió de todos los comercios en más de una ocasión, si la hallaba mirando las antigüedades, embobada, le iba a pegar una paliza.

Esa jornada pareció no tener fin. Volvieron a casa cuando ya era noche cerrada. Al día siguiente seguirían buscándola.

¿Dónde se habría metido Kathy?, no paraba de preguntarse Michael.

***

Kathy volvió en sí en una habitación desconocida. Parecía una sala de recibo, estaba tumbada

sobre un sofá, intentó levantarse y las paredes aparentaron ondularse a su alrededor. Se tocó la barbilla, le dolía y no sabía por qué. Se quedó quieta tratando de poner orden a sus pensamientos, y estos acudieron en tropel a su cabeza. Recordó lo ocurrido en la calle y cómo ese majadero de Hawk parecía haberle tendido una trampa. ¿Quién sería ese hombre que se la había llevado? Y ¿por qué?

Volvió a intentar incorporarse, esta vez lo hizo lentamente y logró que nada se moviese a su alrededor. Tenía que reconocer que la persona que viviera allí tenía buen gusto. El suelo de madera estaba bien lustrado; las paredes, con papel de un tono vainilla, salpicadas aquí y allá con cuadros de barcos. La única ventana estaba cubierta por unos visillos de encaje, y a los lados, recogidas, unas cortinas de terciopelo ocre. Ante ella había dos sillones y una mesita con un cofre en el centro. Su alma de historiadora del arte clamaba para que tocara todo lo que veía; sin embargo, el sentido común le decía que tenía que saber dónde estaba y salir de allí cagando leches. Se levantó, se acercó a la ventana y no reconoció nada. Había una altura considerable hasta el suelo de más abajo. A lo lejos se veían como unos cobertizos donde había movimiento de hombres. Algunos estaban cargando unas carretas y otros descargaban otras. Miró el cielo, y por la altitud del sol supo que sería primera hora de la tarde.

Fue hacia la puerta y, al abrirla, se topó con un pasillo, varias puertas cerradas a un lado y otro. Se oía movimiento en el piso inferior; de puntillas y sin hacer ruido, cerró a sus espaldas y siguió el ruido, conteniendo el aliento cada vez que le parecía escuchar algo detrás de ella. Llegó al final y se encontró en lo alto de unas escaleras, abajo había un vestíbulo y lo que parecía la puerta que llevaba a la calle.

Empezó a bajar, los escalones crujían a cada paso que daba. De pronto vio a una mujer de color con un pañuelo colorido enrollado en la cabeza y un delantal. Supuso que sería alguna criada y que daría la alarma. No ocurrió, solo recibió una mirada curiosa y volvió a desaparecer detrás de una puerta, tal vez había ido a avisar de su intento de fuga. Kathy se precipitó las últimas escaleras, y cuando iba a abrir la puerta que suponía daba al exterior, esta se abrió con ímpetu empujándola hacia el suelo, despatarrada.

—¿Quién eres tú? —La voz de una mujer vestida con pantalones y completamente de negro le hizo temblar las entretelas.

«Piensa, Kathy, rápido», se decía sin poder apartar los ojos de la que la miraba como si se tratara de una cucaracha.

—Soy la nueva criada, señora —dijo con un hilo de voz, al recordar lo que habían dicho aquellas dos rameras.

Todo ocurrió tan rápido que no estuvo segura de dónde había salido la espada que tenía apuntando a su garganta.

—No soy imbécil. Yo compro a las sirvientas, y tú no eres una de ellas.

Con las voces acudieron varios hombres de color que se quedaron mirando lo que ocurría. Detrás de ellos, Kathy vio al hombre que aquella mañana se encontró al lado del comercio donde

estaba comprando Lauren. Este parecía divertido con la situación, una fea y torcida sonrisa adornaba su rostro.

—Georgia, la he traído yo —dijo el tipo.

—¿Es una de tus putas? —Los ojos verdes, apagados y furiosos, se clavaron en el hombre—. Si quieres divertirte hazlo en el burdel. Te he dicho muchas veces que no quiero rameras en mi casa, lo único que hacen es robar todo lo que pueden.

«Joder», pensó Kathy, otra vez volvían a tacharla de golfa. Se levantó del suelo y se dio cuenta de la altura de aquella que la miraba muy enojada. Le llamó la atención una fea cicatriz en la mejilla derecha. Sus labios apretados por la furia eran casi inexistentes. Su cabello castaño oscuro estaba despeinado y le caía por la cara y por la espalda como si no se hubiese peinado. Con los pantalones podía notar las curvas generosas y las anchas caderas, donde vio que llevaba un cinturón con una pistola, un cuchillo y la vaina de la espada que ahora apoyaba en el suelo.

—Esta aún es mi casa. —Tronó la voz del hombre.

—Por poco tiempo, si no paras de traer mujerzuelas —contestó a voz en grito.

Kathy vio que los hombres que habían acudido a ver qué pasaba iban marchándose.

—Oye, que yo no soy ninguna... —Kathy trató de hacerse oír, ya estaba harta de que hablasen como si ella no estuviera allí.

—Tú cállate —la interrumpió la mujer, que había oído que se llamaba Georgia, levantando la espada otra vez y mirando al hombre como si no supiera hacia dónde descargar su ira.

—Georgia, te interesará saber que es una de las mujeres de Walter.

Aquella revelación pareció despertar el interés de la mujer. Se le dibujó una sonrisa espeluznante en los labios, guardó el arma en la vaina y dio una vuelta alrededor de Kathy.

—Creo que te han engañado, Jack. —A pesar de ser su padre, siempre lo llamaba por su nombre de pila, como hacía todo el mundo—. ¿Cómo te llamas? —preguntó con los ojos clavados en ella.

—Kathy... Kathy Bu... Smith —repuso, recordando que Lauren le había dicho que diera ese nombre y no el suyo.

Los ojos de Georgia se entrecerraron, aquel titubeo le daba a entender que estaba mintiendo.

—Kathy Bu Smith, ¿qué nombre es ese?

—Kathy Smith. —Esta vez su voz sonó más firme—. Y este señor tiene razón, soy prima de Walter.

Aquellas palabras, por alguna razón que ella no alcanzaba a comprender, hicieron que los dos se rieran a carcajadas. Su aguante, ya precario, cedió y, rodeando a Georgia, fue hacia la puerta. ¡Aquellos dos estaban locos!

Al tocar el pomo, el filo de la espada de Georgia volvió a aparecer ante sus ojos.

—¿Dónde vas? ¿Te he dado permiso para que te movieras?

—No soy ninguna niña, me marcho.

Jack se le acercó con aquella sonrisa torcida que causaba verdadero pavor.

—Querida, no vas a ir a ninguna parte. ¿No te das cuenta de lo valiosa que eres para nosotros?

Kathy se encontraba entre el filo de la espada y ese hombre que le repugnaba.

—No tiene derecho a retenerme.

—Sigue tratándote como si te respetara —se burló Georgia.

—Ese es el trato que debería darme todo el mundo, después de todo soy Jack Bullock.

Al escuchar aquel nombre, Kathy se atragantó con su propia saliva. ¿Sería ese hombre un antepasado suyo? ¿Qué podía pasar si le decía su nombre real? «Que te tomarán por loca, no seas idiota», se respondió ella misma. En el tiempo que llevaban allí, había escuchado que los Bullock eran enemigos acérrimos de los Smith. ¿Qué pretendían hacer con ella?

Georgia movió su espada hasta que la hizo retroceder.

—Así me gusta, te quedarás aquí hasta que veamos si tu primo quiere recuperarte o no.

—¿A qué te refieres?

—Veremos lo que vales para él, si está dispuesto a desprenderse de parte del botín que tiene en la isla de Bretón.

—¿Estás diciendo que piensas pedir un rescate por mí? —Kathy habló gritando y encarándose con Georgia, se estiró tanto como pudo. Con la altura de la mujer se sentía en desventaja.

—Claro que sí. De todos es sabido que Walter protege a los suyos.

—Pero él está en el mar. No sabemos cuándo va a volver.

—No estoy yo muy segura de eso —terció Georgia—. Creo que esta vez el capitán Smith nos está tomando el pelo a todos. Yo misma lo he visto esta mañana en la calle. Seguro que ha mandado a Hawkins a la mar mientras él hace sus trapicheos aquí.

—¿Quién es Hawkins? —preguntó Kathy, nunca había oído ese nombre.

La otra, que aún sostenía la espada con la mano derecha apuntando al suelo, frunció el ceño.

—Dices que eres prima de Walter y no sabes que Hawkins es su contramaestre y hombre de confianza. Al único que dejaría comandar su nave. Estás mintiendo, tú debes ser una de sus rameras.

«Otra vez, ya volvía a las mismas». Kathy tenía el genio a flor de piel. Sin embargo, sabía que si no jugaba bien sus cartas, las cosas podrías ponerse muy feas.

—No hace mucho que he llegado, vivo con mi marido en el norte. Al que has visto no es a Walter, es su primo.

Georgia mostró una sonrisa malvada, volvió a levantar la espada y la colocó en el cuello de Kathy.

—Oh, entonces no creo que haya ningún problema en que esperemos a ver qué hace el capitán cuando vuelva. Quizá descubras que más os valía haberos quedado en vuestra casa. Mientras tanto, si quieres comer tendrás que ganártelo.

Kathy, que veía la mirada relamida de aquellos ojos verdes apagados, se encaró con Georgia con las manos en las caderas.

—¿Y cómo se supone que me lo ganaré?

—Eres muy bonita, estoy segura de que a los hombres les gustará tenerte por aquí.

—¡Te has vuelto loca! —exclamó Kathy a gritos.

La bofetada no se hizo esperar.

—Harás lo que te digo o no dudaré en descuartizarte. Estoy segura de que ellos mismos te darán una paliza si no los complaces.

Jack, que había estado presenciando toda la discusión, eligió ese momento para intervenir.

—Georgia, siempre has dicho que querías una criada, ¿no te apetece que te sirva la pariente de Walter? Creo que te sería más satisfactorio que verla saltar de cama en cama. Y podrías tenerla más controlada. ¿Quién te asegura que no se camela a alguno para que la saque de aquí? Sabes que no puedes confiar en esa horda de bárbaros.

Georgia la miró por debajo de sus párpados medio cerrados pensando en lo que su padre acababa de decirle. Ella solita podía hacerle vida más imposible que todos esos pendencieros.

—Tienes razón, Jack.

Kathy la observaba con la boca abierta, le daba la impresión de que acababa de caer en el infierno.

Capítulo 26

En el salón de Lauren solo podía oírse el taconeo de las botas de Michael, que no paraba de dar vueltas. No podía salir a buscar a Kathy hasta que amaneciera, no conocía el terreno. Además, todo el mundo pensaba que era Walter y se podía encontrar con serios problemas. No dudaba de que muchos de los que había visto en la ciudad no titubearían en clavarle un cuchillo por la espalda, amparados en la oscuridad.

—Si no descansas, mañana no le servirás de nada a Kathy —dijo Lauren. Estaban solos en el salón, los demás se habían retirado a dormir.

—No puedo, solo de pensar que está por ahí... perdida, o que alguien se la ha llevado, no, no puedo ni pensar en el miedo que estará pasando. Esto no habría ocurrido si no hubiese insistido en acompañaros.

—No lo sabes. Kathy es una mujer muy bonita y la ciudad está llena de maleantes.

—Pero yo...

—Deja de echarte la culpa. Si vas por ahí, podríamos decir que tu primer error fue llevarla a casa de tu abuela.

Michael se paró en seco y pareció razonarlo.

—Sí, tienes razón. —Al pensar en ello, se le ocurrió que tal vez podría encontrarla de otra forma—. Mira en tu bola de cristal, necesito saber que está bien.

—La bola no siempre muestra lo que queremos ver. —Lauren había pensado en hacerlo cuando el hombre se hubiese retirado. No quería que la furia de él pudiera hacerle malinterpretar lo que viera.

—Si no lo intentas, nunca lo sabremos —insistió Michael.

—No funcionará si no te calmas y dejas que la energía fluya.

Michael se acercó a la mesa y volvió a servirse un buen trago de ron. Esperaba que al correr el licor por sus venas lo ayudara a tranquilizarse. Se sentó en el banco mientras lo bebía y se obligó a controlar su respiración y los latidos erráticos de su corazón. Cerró los ojos para lograrlo, y cuando los volvió a abrir soltó una gran bocanada de aire que había retenido en sus pulmones.

—Estoy listo.

Lauren veía la determinación en la mirada oscura de Michael, y supo sin lugar a dudas que daría la vida por esa mujer. Aunque ellos pensaran que estaban viviendo una aventura pasajera, sus corazones se habían implicado y no se daban cuenta de ello. Seguro que creían que cuando regresaran a su época todo volvería a ser como antes. ¡Qué equivocados estaban!

Ya en la habitación de Lauren, esta le dijo que se sentara en una de las sillas que rodeaban la mesa donde descansaba la bola sobre terciopelo negro. En esos momentos la luz de la luna caía sobre el cristal y parecía brillar de manera propia. Lauren vio cómo él se secaba el sudor de sus manos en las perneras de sus pantalones. Se acomodó frente a él. Actuaba con sumo respeto, con lentitud, concentrándose en lo que quería saber. Michael la miraba a ella e imitaba el ritmo de la respiración de la mujer: tranquilo y pausado.

Ella parecía estar concentrándose, cerró los ojos y empezó a acariciar la suave superficie de cristal. Pasó un rato así, y entonces levantó los párpados y miró la bola fijamente.

Lauren vio una nube amarilla que se formaba bajo sus manos que continuaban acariciando la bola, eso significaba que lo ocurrido con Kathy estaba conectado con la envidia y la traición. Notó que unas monedas cambiaban de manos y una imagen nítida de unas paredes con cuadros de barcos. Tratando de canalizar su energía hacia la bola, distinguió entre la niebla a una mujer vestida de negro. No era Kathy. La nube amarilla se disipó y ella se quedó mirando la oscuridad de la habitación donde se hallaba.

—¿Qué has visto? —preguntó Michael.

—Envidia y traición.

—No entiendo.

—También he visto unas paredes con barcos y una mujer vestida totalmente de negro.

—¿Era Kathy?

—No. No le he visto el rostro, pero no era ella.

—¿Entonces?

—Lo que he visto me lleva a creer que alguien nos ha traicionado. Detrás de la desaparición de Kathy está uno de los nuestros, y ha cobrado por ello. Le han pagado por ella.

—¿Estás tratando de decirme que la han vendido como a una esclava?

—No lo creo, la traición no va con nosotros. Más bien va con Walter.

—¡Joder! —exclamó Michael poniéndose en pie de repente, lo que mandó la silla al suelo.

—Lo que sí te puedo decir es que no he visto un peligro inminente.

—Eso no me tranquiliza.

—Eso nos da tiempo, Michael. Mañana seguiremos buscándola. Ahora vete a descansar, no me servirás de mucho si no te tienes en pie.

Él salió de allí, bajó y cogió un pequeño barril de ron medio vacío, se temía que le iba a hacer falta. Subió a su habitación y la recorrió con la mirada, parecía ver a Kathy por todos los rincones. Se sentó en un destartalado sillón y se dispuso a pasar la noche más larga de su vida.

Capítulo 27

Kathy había caído en su peor pesadilla. Al escuchar que no la entregarían a los hombres pensó que algún ángel misericordioso estaba velando por ella. La realidad la golpeó en cuanto aquella bruja la hizo subir a su cuarto, le ordenó que limpiara y que le prepara un baño.

—Al fin tengo mi propia criada que hará todo por mí —se burló Georgia cuando vio cómo miraba todo el desorden reinante.

Había prendas limpias y sucias por todos lados donde mirara, un armario que habría sido el orgullo de cualquier anticuario estaba con las puertas abiertas, medio desprendidas de sus goznes, y por lo que veía era la diana donde Georgia lanzaba su cuchillo. Todas las superficies estaban cubiertas por roñosos vasos de barro, platos de peltre llenos de restos de comida donde se paseaban con libertad cucarachas y otros insectos. Un escalofrío le recorrió la espalda. Hizo una mueca con los labios y, sin esperarlo, la mano dura y fuerte de Georgia le dio un bofetón.

—¿Qué pasa ahora? —le gritó Kathy sacando su genio.

Como aparecido de la nada, sintió la punta de un cuchillo en la barbilla, los ojos se le abrieron espantados y se puso de puntillas para evitar que le atravesara la piel.

—A mí, háblame con respeto, zorra, si no quieres ir a calentar las camas de todos los hombres de la propiedad. —Guardó el arma y la cogió por el pelo, la arrastró hasta la ventana para que viera la cantidad de brutos que se movían más abajo—. ¿Es eso lo que quieres?

—No.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, señora —dijo con la boca pequeña, y la otra la escuchó.

—Suena bien eso, sí, debes llamarme «señora».

Kathy pensó en las veces que se tendría que morder la lengua para no decirle lo que pensaba de ella. Mirando alrededor, calculó que tendría que hacer mil viajes por aquel largo pasillo y las escaleras si tenía que bajar toda aquella porquería. Sin pensarlo dos veces, sacó la sabana roñosa de la cama, la tendió en el suelo y empezó a tirar allí todos los platos y las ropas mugrientas.

Georgia se quedó mirando qué estaba haciendo, no se fiaba ni un pelo de esa mosquita muerta. Al cabo de un momento en que Kathy pensó que si lo cargaba más no podría levantarlo, la vio

coger las cuatro esquinas y llevarlo como un fardo sobre su hombro. Georgia la siguió, no se fiaba de ella y temía que le tirara su ropa a la basura. Kathy se paró en el vestíbulo donde aquellos dos energúmenos le habían impedido la huida y escuchó. Decidió ir hacia la puerta por la que había visto a aquella mujer de color con el pañuelo en la cabeza, seguro que sería una de las criadas y tal vez se prestaría a guiarla un poco. Craso error, no contó con que llevaba a aquella bruja detrás.

—No se te ocurra pedir ayuda a mis sirvientas, cada una conoce su trabajo. —Miró alrededor, se encontraban en la cocina, y Georgia se dirigió a varias mujeres que trajinaban allí—: Cada una de vosotras tenéis vuestras tareas, si ayudáis a esta ramera seréis azotadas en el patio y se os reducirá la ración de comida.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto? —susurró Kathy con la cabeza gacha, lo que no impidió que Georgia la escuchara.

—Eres una Smith.

Durante las horas que estuvo Kathy sacando la porquería en la que vivía esa mujer, se preguntaba qué le habría ocurrido si hubiese dicho su nombre real. Entonces recordó cómo Georgia trataba a su padre y pensó que mejor que no lo supieran. Entre lavar ropa, los cacharros y adecentar la pocilga que llamaba «habitación», se pasó el día sin comer. Al caer la noche, se cuestionaba si podría descansar o seguiría dándole órdenes. Todo el día había tenido la impresión de que, estuviese donde estuviese, había ojos observándola.

Pasada la medianoche, Georgia se retiró a lo que le pareció un nuevo aposento, nunca había estado tan limpio. Había estado vigilando a Kathy por los pasadizos secretos y los agujeros camuflados en el muro. La había visto fregar los suelos de rodillas, limpiar todas las superficies, incluso arreglar las puertas del armario en el que lanzaba el cuchillo cuando estaba furiosa. Estaba sorprendida de la claridad que entraba por la ventana, nunca había visto que la luz de luna se reflejara a su alrededor. Se sentó en un sillón y se sirvió ron del bueno, del que guardaba en un escondrijo secreto en los pasadizos. Si lo llegaba a encontrar Jack se terminaría rápidamente. Esperaría a que la casa estuviera en silencio para ir a la taberna a jugar a los dados. Era un vicio y un placer medirse con aquellos villanos a los que vaciaba los bolsillos con sus apuestas.

Kathy se hallaba en la cocina, se sentó en la mesa, no podía ni con su alma, apoyó la cabeza sobre los brazos cruzados en la superficie, renegando del momento que había entrado en la casa de la abuela de Michael.

—Toma. —La voz de la sirvienta de color por poco la hizo caer de la silla. La miró con sorpresa, en todo el día no le había dirigido la palabra—. Debes estar hambrienta. —Puso ante ella un plato con una especie de guiso de pescado. El aroma le hizo rugir las tripas.

—Sí —asintió ella—. Y muy cansada. —Entonces recordó las palabras que Georgia les había dicho—. ¿No temes que te descubra y te haga azotar?

—Está dormida. Mi hija está vigilando las escaleras.

Kathy atacó la comida y bebió agua de un tonel.

—¿Dónde se supone que voy a dormir? ¿O tampoco se nos está permitido?

—Cuando termines vendrás conmigo.

Hablaban en susurros para que nadie las escuchara, por esa razón se asustaron cuando por la puerta que daba al patio entró Georgia. Había salido por el pasadizo y le extrañó ver una vela encendida en la cocina. Su postura bajo la jamba era amenazadora, tenía las manos en las caderas, con las piernas separadas, y las miraba con fuego en sus ojos.

—Vaya, vaya, mira lo que he encontrado. —Su voz era puro hielo.

—Señora —habló Kathy para que la mujer que trataba de ayudarla no se llevara ningún castigo—. Le estaba preguntando en qué rincón de la cocina debo descansar. No quisiera molestar a nadie.

Que se dirigiera a ella con los ojos bajos y respeto hizo que Georgia se sintiera complacida.

—Dormirás con las esclavas, y recuerda que si se te ocurre escapar o alguna otra tontería, te encontraré y desearás no haber nacido. —Se giró para irse y pareció pensarlo mejor—. Pórtate bien si no quieres dormir en la choza de los hombres, estoy segura de que estarían muy contentos si te pongo allí.

—Sí, señora. —Kathy siguió sin mirarla a los ojos, podía tomárselo como un desafío y tenía todas las de perder.

Cuando la vieron marcharse, las dos soltaron el aliento que habían estado reteniendo.

—Termina rápido de comer, antes de que cambie de opinión y vuelva. —La apresuró la sirvienta.

—Se me ha pasado el hambre, estoy tan cansada que podría dormir dos días enteros.

—Ni lo sueñes, tienes que levantarte al amanecer. Soy Davida —dijo la esclava, y al ver aparecer a su hija, una niña que no tendría más de diez años, añadió—: Ella es Isobol.

—Kathy.

Davida le quito el plato de delante y la apremió.

—Será mejor que vayamos a descansar. —La guio hacia una choza muy cerca de la casa, en el suelo había paja amontonada que había cubierto con cochambrosas telas. A Kathy no le importó, se había hecho a la idea de descansar en el suelo duro de la cocina, en cuanto se dejó caer se quedó dormida.

***

Georgia fue a la taberna y, como siempre, era la única mujer; se sentó en la mesa donde se jugaba a los dados, y sin que dijera nada le llevaron su ron. El tabernero sabía que podía ponerse agresiva y trataba de evitarlo. Los jugadores, ya medio borrachos, no dejaban de provocarse los unos a los otros. A ella le convenía, así no veían las trampas que hacía, cómo cambiaba los dados por los suyos cada vez que tiraba y así ganaba. Unas monedas por aquí y otras por allá, siempre volvía a casa con la bolsa llena.

Aquella noche, sin embargo, había un bruto tuerto que había surcado los mares con Jack Bullock, su padre, que se sentó a la mesa para jugar. Al verlo, apretó los labios, molesta con la presencia de ese hombre que le había enseñado todos los trucos que sabía.

—Menken. —Se llamaba el hombre, y ella lo pronunció con desprecio—. Hacía mucho que no te veía por aquí.

—Será porque no he venido —hablaba con la voz cascada.

—¿Por dónde paseas tus viejos huesos?

—No te importa, bonita. —La miraba con su ojo sano y ella rechinó los dientes al ver la burla.

A Georgia no le gustaba que la llamaran «bonita», le recordaba que su padre se había negado a que comandara su barco. Con un movimiento rápido sacó la daga y la clavó en la madera de la mesa en una clara insinuación de que dejara de meterse con ella o usaría el cuchillo.

—Georgia, ¿tiras o no? —bramó otro de los reunidos allí—. He perdido una buena cantidad de monedas que quiero recuperar.

—Pues no será hoy, Beauregard. —dijo ella tirando los dados, sin cambiarlos porque Menken no perdía de vista sus movimientos.

Georgia empezó a perder, la estaban desplumando, y todo por aquel villano que no le quitaba la vista de su ojo sano de encima. Nerviosa, jugueteó con el cuchillo que había sacado. Cuando echó mano a las últimas monedas, poniéndolas sobre la mesa, miró al bribón que se estaba divirtiendo viéndola perder.

—¡Maldito bellaco! Estás haciendo trampas —exclamó poniéndose en pie de repente y haciendo que la silla saliera disparada contra otro hombre que estaba detrás.

Al escuchar su alarido, todos los presentes se giraron a mirar, sabían que tratándose de la hija del viejo Bullock podría haber camorra. La vieron encararse con Menken, con el cuchillo en la mano.

—Demuéstralo, zorra. —A pesar de ser tuerto, era muy ágil y la enfrentó.

—Has trucado los dados.

—Ahí están, todos pueden ver que son los de la taberna, no están cargados como los que llevas tú entre las tetas.

—Te voy a matar —bramó ella.

Georgia lanzó un grito de furia y se abalanzó sobre él, quien repelió el ataque levantando un brazo fuerte y duro como un tronco. Posó una mano sobre el cuello de ella para impedirle atacarlo con aquel cuchillo que sabía usar muy bien. Con el otro brazo le dio un golpe en la mano armada, haciendo que la navaja cayera al suelo con un ruido sordo. En ese momento, varios de los que se mantenían alejados por no resultar acuchillados se acercaron y empezaron a alentar a Menken. Este se apresuró a desarmarla, sacó de la vaina la espada que siempre la acompañaba y la tiró al suelo lejos de ambos.

Ella lanzaba puñetazos al aire, cada vez más fuera de sí al escuchar cómo animaban a ese esbirro a que le diera una paliza. Y él se reía de sus intentos de causarle daño, era muy grande y

su fuerza superaba en mucho a la de Georgia.

—Bonita, sabes que no puedes hacerme nada. —El regocijo estaba presente en la voz de Menken—. Sé una buena niña y vete a casa.

El hombre no quería herirla por el respeto que le tenía a su padre y porque había pasado muy buenos momentos jugando con la pequeña mientras crecía. Aunque se había vuelto una mala víbora, él conservaba aquellos recuerdos.

—¡Y un cuerno! —Georgia temblaba de frustración—. Te abriré en canal.

Cansado de aquella mala pécora que lo único que conseguía era divertirlos a todos, Menken le dio un puñetazo en la barbilla que la lanzó contra el suelo, despatarrada.

Furiosa como no recordaba haber estado en su vida, Georgia cogió el cuchillo que tenía al alcance de su mano y se levantó de un salto, arrojándose contra esa mole que se había atrevido a golpearla.

Menken, aunque impedido de la vista de un ojo, la vio venir y esta vez el golpe contra su oreja la dejó inconsciente.

¡No hay honor entre piratas!

Capítulo 28

Michael se despertó con una resaca de mil pares de cojones. Necesitaba un baño frío con urgencia para despejar la cabeza. Se fue al río y se zambulló en el agua helada, nadó unos minutos, y cuando sintió que la nebulosa de alcohol se disipaba, salió del agua y volvió a la casa.

Lauren lo esperaba en el salón, sentada en la mesa y comiéndose una rebanada de pan negro con café.

—Siéntate y desayuna —dijo con su voz de mando. Vio que él iba a protestar—. He mandado a varios hombres a ver si se enteran de dónde está Kathy.

—No puedo perder el tiempo comiendo. ¿Cómo sabes que esos tipos son de confianza? Ayer viste traición en la bola de cristal.

—No lo sé, por eso mismo quiero que sean ellos los que hagan preguntas, por si alguien la ha visto. Por las noticias que nos traigan podremos saber quién está jugando a dos bandas —afirmó Lauren. Siendo policía, él sabía a lo que se refería. Si los interrogaban uno a uno podrían averiguar más—. Además, ya vimos el follón que se armó en la ciudad cuando te vieron. Mejor será que te quedes aquí.

Michael supo que Lauren tenía razón, pero que lo mataran si iba a quedarse sin hacer nada. Se comió el pan y cogió varios carbones de la chimenea, subió a la habitación y buscó una pared donde poder dibujar un plano de la ciudad. Cuando hubo terminado con lo que recordaba, llamó a Lauren y esta se quedó asombrada al ver las rayas.

—¿Qué es esto? —dijo ella. Michael le señaló la calle y los negocios donde el día anterior había estado buscando a Kathy y fue escribiendo los nombres que ella le indicaba—. Aquí detrás está el burdel —agregó, y él dibujó otro cuadrado con la palabra en medio.

—Nosotros estamos aquí. —Su dedo lo indicó—. ¿Hay más edificaciones?

Lauren miraba la pared, pensativa. Nunca había visto nada igual. Mientras, Michael, dándole tiempo a comprenderlo, posicionó el río, la isla de Bretón y la línea de la costa. Luego le explicó lo que era. Suponía que la mujer no sabía leer y acertaba, para ella las letras no tenían ningún sentido.

Al explicarle por dónde discurría el río, ella le señaló un par de propiedades más y le dijo el

nombre de los dueños.

Michael la vio fruncir el entrecejo y supo que le ocultaba algo.

—¿Hacéis esto en vuestra época?

—Hay personas que cobran mucho dinero por hacer planos y diseñar casas.

—¿Planos?

—Así llamamos a estos dibujos de cómo son las ciudades.

Ella asintió con la cabeza.

—Más hacia el norte hay unos viejos almacenes que usaba Walter antes de Bretón.

—¿Dónde vive Bullock? —preguntó Michael dándose cuenta de que no lo había dicho, sabiendo que eran enemigos de los Smith.

Ella se puso tensa al escuchar aquel nombre.

—¿No pensarás que la tiene él?

—No lo sé, pero me llama poderosamente la atención que no lo hayas señalado. ¿No me digas que no lo has pensado? —Michael la miró a los ojos como si pudiera desnudarle el alma—. Eres lista y yo no soy idiota. Te dije que era agente de la ley, me dedico a esto, a adivinar cuando alguien quiere tomarme el pelo o me engaña.

—Te dije toda la verdad de lo que vi en la bola.

—Te creo, pero... ¿qué hay de los Bullock?

Lauren miró la pared, tomó como referencia lo que él le había dicho que eran el río y la isla de Bretón, y señaló un punto.

—No puedo estar segura, no entiendo todos estos manchurrones —dijo refiriéndose a lo que veía—. Los Bullock viven en las afueras, al otro lado de la ciudad. Cerca del mar, tienen un embarcadero donde atracan su barco, Le Diable.

—¿Por qué estás tan segura de que no tienen a Kathy?

—Porque estarían rompiendo la tregua que tienen con Walter.

—Explícame eso. —Michael frunció el ceño.

—Mientras Jack capitaneaba su barco, sus negocios eran prósperos. Tuvo que dejarlo por una herida en la pierna que sanó mal, quedó tullido. Su hija, Georgia, quería seguir los pasos de su padre, y cuando este se negó, empezó a armar jaleo, a atacar a los hombres de Smith. Solo quería demostrarle a su padre que era capaz de hacer lo mismo que ellos, hasta que un día se le fue la mano estando borracha y mató a uno. Walter estuvo a punto de estrangularla.

—Pero no lo hizo.

—No. El viejo se comprometió a atarla corto y dejar de provocar a los Smith a cambio de la vida de su hija. Sabe que si algo le sucede a uno de los nuestros, Walter irá por la cabeza de Georgia.

A Michael le pasó por la mente algo que ya había pensado con anterioridad, que no había honor entre piratas. Además, Walter no sabía de la existencia de Kathy y de él. Era posible que al verlo a él, la tomaran a ella para asegurarse de si era el capitán o el primo, como afirmaban a

todos los que los confundían. Seguro que Jack no había creído que fuese su primo. Si sus suposiciones eran certeras, era muy probable que si iban a la propiedad de los Bullock los estarían esperando. Era una emboscada perfecta para Walter, en ese caso para él.

Además, le bailaba por la cabeza la palabra «traición». Los que vivían en la casa de Lauren lo miraban con aquella expresión de incredulidad. Con aquellas sonrisas oscuras, como si supieran su secreto, cuando la verdad era que pensaban que el capitán se había quedado en tierra para disfrutar de su nueva putita. Eran todos unos majaderos ignorantes, y por lo visto traicioneros.

—Me estás diciendo que no nos podemos acercar a la propiedad de Bullock, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso.

—Piensa, Lauren. Han tomado a Kathy para romper esa tregua. ¿Cómo beneficia a Bullock si le ocurre algo a Walter? ¿Qué harán los hombres de tu hermano si se quedan sin capitán?

La mujer frunció el ceño, con sus ojos negros clavados en Michael.

—Son hombres de mar y...

—Se irán con Bullock —la interrumpió él—. No he visto ninguno con las dotes de mando suficientes. No se respetan unos a otros; sin Walter que los mantiene a raya, se asesinarán los unos a los otros. Bullock cuenta con ello, con un motín, y los que queden se los llevará a su balandro. Y ni hablar que, si introduce a traidores entre los Smith, estos terminaran por entregarle el Emerald.

Lauren fue recorrida por un escalofrío. Michael le estaba abriendo los ojos a un futuro nada prometedor si Bullock estaba detrás de la desaparición de Kathy.

—¿Crees que es una trampa para atraernos hacia allí?

—Sí, de esa forma no serían ellos los que rompieran ese pacto. Estoy seguro de que ahora mismo nos están esperando. Me dijiste que los negocios de Bullock habían menguado, lo que quiere es apoderarse de todo lo que posee Walter. Ha empezado por Kathy para atraerlo a su terreno. Lo que desea es sacarlo de en medio para hacerse con todo el negocio del contrabando.

—Si fuera el caso, si Walter estuviera aquí, habría un baño de sangre.

—Sí.

—¿Qué podemos hacer? —Lauren se había quedado pálida al comprender las implicaciones de lo que podía ocurrir.

Michael permaneció pensativo, no confiaba en ninguno de los hombres que acompañaban a Lauren. Sin embargo, reconocía que ir él a las tierras de los Bullock era igualmente peligroso. Impensable.

—¿Hay alguno de estos bribones que daría la vida por ti?

La pregunta quedó flotando en el aire.

Capítulo 29

Kathy se levantó al amanecer y lo primero que hizo fue ir a la cocina y comer, notaba un vacío en su estómago tan grande como el río Mississippi.

Davida y su hija estaban allí, y ella les hizo gestos para que no delataran su presencia. Tenía miedo de que apareciera la bruja de Georgia por algún lado. Recordó la noche anterior y se dio cuenta de que no había bajado del piso superior por las escaleras que vigilaba Isobol. Aquella casa guardaba muchos secretos, y se propuso descubrirlos, igual que había hecho con la habitación secreta de la casa de la abuela de Michael.

Al pensar en él, fue como si hubiera recibido un golpe potente en el corazón, que la dejó sin apenas respiración. ¿La estaría buscando? Ella sabía que sí, se lo decía su alma. Había soñado con él y fue tan vivido que se acordaba de verlo con ojeras bajo los ojos por no haber descansado, con cara de desesperación. A pesar de todo lo que habían pasado, nunca lo había visto tan derrotado. En todo momento, trataba de levantarle el ánimo cuando ella flaqueaba. Era la roca donde se apoyaba, el pecho donde encontraba cobijo. Cerró los ojos rememorando la sensación de sus abrazos, de sus besos. Notó como si su corazón se saltara un latido al caer en la cuenta de un sentimiento que nunca había experimentado por nadie y que se había despertado con Michael. Se quedó con la rebanada de pan a medio camino de su boca al reconocer que él había llegado donde ningún hombre lo había hecho antes. Se había ido colando sigilosamente en su corazón sin previo aviso y ella ni se había dado cuenta hasta ese momento. Había estado ciega. Él se había preocupado por ella desde el principio, desde que se conocieron. Ya en su época él se había mostrado protector y encantador. Allí había empezado la atracción entre ellos.

Recordó cómo se había preocupado cuando aquel delincuente la había atropellado y le había abierto la cabeza. Podía imaginarse su inquietud por ella en esos momentos. Porque ella misma la sentía por él. Sabía que aunque Walter regresara con el corazón de jade, él no la dejaría allí. Levantaría la ciudad piedra a piedra hasta encontrarla. Una feliz tranquilidad se instaló en su cuerpo, con la certeza de que ambos habían sido unos tontos al no darse cuenta de esos sentimientos.

Se terminó el pan despacio, con la certeza de que Michael encontraría la forma de sacarlos de

aquella pesadilla. Ella tenía que resistir lo que aquella bruja le exigiera. Eso no quería decir que no buscara la forma de liberarse y escapar si tenía la oportunidad.

Con el ánimo renovado fue a doblar la ropa de Georgia que había lavado el día anterior. Con el propósito de descubrir los secretos de aquella casa y de paso ver si encontraba la forma de salir de allí...

***

Georgia despertó con un terrible dolor de cabeza, y su humor volátil era endemoniado. Llamó a Kathy a gritos. Ella subió con una brazada de ropa.

—¿Qué se le ofrece, señora?

—Cierra las cortinas, me duele la cabeza. Dile a Davida que me preparé ese brebaje inmundo que me hace sentir mejor.

—Sí, señora —dijo, dejando la ropa que llevaba encima de un sillón. Bajó a la cocina y le preguntó a Davida. La sonrisa de esta la sorprendió—. ¿Qué le pasa?

—Anoche se habrá emborrachado y hoy sufre las consecuencias. —La mujer se apresuró a mezclar varias hierbas y cocerlas, les echó miel y le tendió un vaso a Kathy—. Súbele esto, dormirá unas horas más.

Aquellas palabras animaron a la muchacha. Se vería libre de órdenes y bofetadas por un rato.

Mientras Georgia dormía, Kathy se quedó en la cocina y quiso saber cómo la mujer y su hija habían terminado allí. Esta le contó que eran esclavas y que tenía suerte de que Isobol aún era demasiado joven para que la hubiesen llevado al burdel. Kathy soltó un jadeo de espanto.

—Le estoy enseñando todo lo que sé para que no corra esa suerte, la estoy volviendo indispensable para que los amos no quieran desprenderse de ella —le explicó Davida.

Kathy no entendía cómo esas mujeres podían aceptar la esclavitud tan pasivamente. Recordó a las de Bretón, aquellas por lo menos parecían vivir mejor, algo que podía cambiar cuando Walter volviera. Al no conocerlo, no sabía si era tan indulgente como Lauren, si permitiría que sus hombres se propasaran con ellas.

—¿No has pensado nunca en escapar?

—Nos encontrarían y nos harían flagelar delante de todos para dar ejemplo. Hay hombres por los alrededores. —Davida pareció reparar en algo, se le acercó y le habló en voz muy baja, sabía por experiencia que en aquella casa las paredes oían—. ¿Estás pensado en fugarte?

Los ojos de las dos se prendieron, unos verdes luminosos contra otros negros como el carbón. Kathy asintió con la cabeza, y la mujer le hizo una señal a su hija para que se ocupara del puchero que estaba preparando. La arrastró hacia un gran almacén con víveres y siguió hablando en susurros.

—Debes esperar, no sé lo que está pasando, pero hay más hombres que nunca entre esos matorrales que rodean la casa.

—Desde la ventana de arriba no se ve a nadie. —Kathy había estado observando mientras limpiaba los cristales el día anterior.

—Son como culebras, te aseguro que están ahí. Isobol oyó una conversación del amo y cree que están esperando a alguien.

«Mierda», pensó Kathy, estaban esperando a Michael o a cualquiera que fuera a buscarla. La habían raptado para atraer a los hombres de Walter. Un escalofrío la recorrió de arriba abajo, todo había sido planeado. ¿Con qué fin?

Asintió con un cabeceo y las dos salieron de la despensa.

***

Georgia despertó sintiéndose mucho mejor. No sabía lo que contenía aquel brebaje que le preparaba Davida, pero le quitaba los efectos de la borrachera. La noche anterior, al recuperar la conciencia, se había encontrado tirada en medio de la calle frente a la taberna donde había ido a desplumar a esos bellacos. Había pensado en volver a entrar y darle a Menken su merecido. Sin embargo, no lo hizo, no quería que la dejara en ridículo de nuevo, era un bruto que sabía muy bien cómo actuaría ella; después de todo, le había enseñado él mismo a defenderse de los rufianes que la rodeaban. Volvió a su casa que se la llevaban los demonios, cogió una botella de ron de su escondite y aplacó su furia entre trago y trago hasta quedar inconsciente.

Al bajar vio que Kathy estaba barriendo el porche que rodeaba la casa. La miró con una sonrisa relamida.

—Cuando termines aquí, puedes subir.

Su voz hizo que Kathy pegara un respingo, esa mujer se movía como un fantasma cuando quería; si no, sus andares se escuchaban desde todos lados, sobre todo si estaba furiosa. Los tacones de sus botas eran como campanas que anunciaban un vendaval.

—Sí, señora.

A Georgia la sorprendía la buena disposición de esa Smith y no se fiaba un pelo. Sabía que tarde o temprano saldría a flote ese genio que podía ver en la mirada esmeralda cuando ella la observaba, cosa que no ocurría con frecuencia, era astuta y solía mantener los ojos bajos.

Kathy se mordía la lengua para no decirle cuatro frescas y que ella solita podía ocuparse de no vivir en una pocilga. Tenía las mandíbulas apretadas; y la otra, al verlo, soltó una carcajada.

—¿No tienes nada que decir?

—No, señora.

¡Cómo le gustaban esas palabras en la boca de esa mujer!

Desde otra parte de la casa, se oyó la voz de su padre que la llamaba. Se dio la vuelta y entró. Jack estaba en el salón con un vaso de ron ante él.

—¿Cuándo dejarás de meterte con los hombres? —preguntó de malos modos, al verla.

—Cuando me respeten —gritó ella con ira.

—¿Cómo van a respetarte si vas desafiando a cualquiera que te topes de frente? Eso no lo hace una mujer —vociferó él—. Un día de estos van a olvidar que eres mi hija y te clavarán un cuchillo hasta matarte.

—Eso será si me cogen desprevenida. Siempre estoy en guardia, Jack.

El hombre se tomó de un trago el líquido ámbar oscuro que quedaba en su vaso.

—Ayer mismo estuviste a punto de recibir una bala.

—Sería a traición, por lo que yo recuerdo nadie sacó ninguna pistola.

La paciencia de Jack con su hija estaba pendiendo de un hilo.

—Necia, no estoy hablando de la taberna. Cuando volviste, uno de mis hombres estuvo a punto de dispararte.

—¿Tus hombres?

—¡Serás simple! —El insulto le valió por una mirada furibunda de su hija—. ¿Te crees que no he puesto más hombres esperando que Walter venga a buscar a esa mujer?

Aquella información descolocó a Georgia.

—¿Por qué no me informaste?

La mirada de Jack la recorrió de arriba abajo.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones?

La discusión a voz en grito estaba siendo oída por todos los que se acercaban a la casa, y por Kathy, que estaba en el porche. Se quedó muy quieta al escuchar, para no delatar su presencia y saber que la estaban utilizando de carnada para atraer a Walter, o lo que era peor, a Michael. El cuerpo se le descompuso.

—Me la trajiste como un trofeo —exclamó Georgia al otro lado de la ventana, por donde se oían sus gritos—. Me la endosaste, sabiendo que al enterarme de quién era le haría la vida imposible y que la ira de Walter recaería sobre mí.

—¿Por qué crees que he puesto más hombres a vigilar? Estoy esperando preparado a ese pirata.

Georgia miró a su padre con los ojos entrecerrados.

—Por ahí dicen que Walter está en el mar.

—¿Y tú te lo crees? —Jack volvió a llenarse el vaso con ron—. Estuve a unos pasos del supuesto primo, te aseguro que es Walter, no puede haber dos hombres tan iguales. Se he cortado la barba y su piojosa melena, pero a mí no me engaña. Debe tener algún astuto plan para inventarse esa absurda historia.

—Si es como tú dices, supongo que ya le habrás mandado un mensaje con el rescate que pides por la mujer.

—Desde luego, ahora solo tenemos que esperar a que venga.

A Kathy le faltaba el aire. Solo de pensar en que Michael se acercara a aquellos que lo estaban esperando se le anudaban las tripas. Tenía que encontrar la forma de fugarse de allí sin dejarse el pellejo. Si tal como habían dicho Bullock y Davida esa misma mañana, los alrededores estaban

llenos de hombres, no sabía cómo podría hacerlo. Se fue al piso superior antes de que la pillaran allí escuchando, alguien podía verla y decírselo a ese miserable.

Capítulo 30

Michael y Lauren bajaron del piso superior. Él estaba convencido de que los Bullock eran los responsables de la desaparición de Kathy. Sin embargo, no podía presentarse en su propiedad sin tener alguna prueba. Si lo hacía podía desencadenar una contienda entre ambos. Además, debía tener presente que ninguno de aquellos bárbaros lo acompañaría ni lo apoyaría.

Al llegar abajo, solo se oía a Scarlet, que trajinaba en la cocina. Fue él quien reparó en un papel clavado con un puñal en la madera de la mesa.

—¿Qué es esto?

Lauren, que también lo vio, arrancó el cuchillo y Michael pudo leer:

> Si esta zorrita te importa algo, reúnete conmigo en el viejo embarcadero a medianoche. Nada de trucos o terminará alimentando a los peces.
>
> Jack

—¿Quién demonios es Jack? —preguntó mirando a Lauren.

Ella estaba a su lado con los ojos muy abiertos.

—Jack Bullock —dijo derrumbándose en el banco al lado de la mesa.

—¿Quién habrá dejado esta nota aquí? —preguntó él.

Lauren pareció no escucharlo, miraba la daga que sostenía en la mano y sabía a quién pertenecía. El objeto tenía una mella en el mango que ella misma le había hecho en una ocasión en que la él, borracho, lo había sacado para amedrentarla y arrinconarla. La trifulca había terminado con el hombre inconsciente, tendido en el suelo por un garrotazo que ella misma le había pegado. Si no lo había echado de su casa era porque era uno de los hombres de su hermano, y esperaba que se fuera con él cuando se trasladara a Bretón. Había cometido un error que pensaba subsanar ese mismo día. Con los ojos lanzando llamaradas, clavó el puñal en la mesa y salió al exterior a ver si lo encontraba. Solo vio a las dos holgazanas, Candice y Wendy, que cuchicheaban bajo una enorme encina, sentadas en las raíces que sobresalían del suelo. Se les acercó pisando fuerte para que la oyeran.

—¿Qué hacéis aquí? —Su tono de voz les indicó que estaba furiosa, y nadie se enfrentaba a Lauren cuando su mirada podía chamuscarlo allí mismo.

—Todos se han ido. No tenemos nada que hacer —aventuró Wendy.

—¿Habéis visto a Derricks? —Este era el único hombre en el que Lauren confiaba. Solían compartir problemas y cama de vez en cuando.

—No, cuando nos hemos levantado ya se habían marchado todos —contestó Candice.

—Entonces ¿no habéis visto a nadie merodeando por la casa?

Las dos se miraron y contestaron a la vez.

—No.

Lauren pensó que mentían, como también sabía que no le dirían la verdad.

—Tenéis suerte de que Walter no tardará en volver y os perderé de vista.

Michael sabía que Lauren había reconocido el puñal, la siguió y la vio hablando con aquellas putitas. La brisa que se había levantado con el día se llevaba las palabras y no podía escuchar lo que decían. Cuando ella volvió a entrar, la cogió por el brazo para que no se le escapara.

—¿A quién pertenece el puñal? No me digas que no lo sabes, porque no te creeré.

—Quiero hablar con Derricks antes de señalar a alguien, necesito estar segura de que no se lo hayan robado o lo haya dejado por ahí. Estos inútiles perderían la cabeza si no la llevaran pegada al cuerpo.

Él sabía que no le estaba diciendo la verdad. Había presenciado más de una discusión por ese motivo, cada uno se aseguraba de tener su puñal a mano en todo momento, y que nadie osara tocar el del otro. Además de usarlos para comer, también lo hacían para amenazar, no dudaban en sacarlos y juguetear con ellos a la vez que se retaban con la mirada o con palabras groseras.

Michael se había dado cuenta de las miradas que compartían Lauren y ese bribón, pensaba que era normal, después de todo los dos vivían bajo el mismo techo, y ella era una mujer atractiva, a pesar de que Derricks era un sinvergüenza que no dudaba en pellizcar los traseros de las otras mujeres de allí.

¿Podría confiar en ese hombre para recuperar a Kathy?

Capítulo 31

Kathy estaba en el piso superior cuando escuchó cascos de caballos. Asomó la cabeza y vio que Georgia y su padre se alejaban. Era su oportunidad de fisgar por dónde había salido la noche anterior. Se apresuró a poner orden en aquella cochiquera que la mujer había vuelto a dejar como un cuchitril. Entonces, recorrió el contorno de la estancia con las manos, buscando algún resorte, como había hecho en la habitación de la abuela de Michael. No lo encontró.

Las paredes eran de madera y pensó en entrar en la habitación contigua para ver si había diferencia entre el pasillo, estaba convencida de que debía haber pasadizos secretos que les permitieran ocultarse o escapar en caso de alguna escaramuza. Era la única explicación que le encontraba a la aparición de Georgia la noche anterior.

Además, le inquietaba que Michael fuera en su busca cuando sabía que lo estaban esperando los esbirros de Bullock. Seguro que no eran de los que preguntaban y después disparaban, sino al contrario.

Con todos sus sentidos alerta, fue a la estancia contigua, contando los pasos, y abrió la puerta tratando de no hacer ruido. No sabía si había alguien en su interior. Por suerte no había nadie, pero estaba tan sucia como había encontrado la otra el día anterior. Calculó la distancia hasta el... ¡puñetas!, en esa también había un armario que cubría toda la pared. Volvió sobre sus pasos por el pasillo y cerró la puerta tras de sí. Fue directa al mueble al cual le había arreglado los goznes y abrió una de las puertas, golpeó el fondo, afinando el oído, escuchando el ruido. Hizo lo mismo con las otras y de repente le pareció que el sonido era distinto, lo comprobó y, sí, no sonaba igual. Buscó algún tipo de resorte, no podía estar muy lejos, si lo usaban para huir tenía que estar cerca. Tocó todo el contorno y no lo halló.

—Mierda, mierda, mierda —susurró solo para sus oídos. Frustrada, se sentó frente al armario abierto y vio que la manecilla para tirar de la puerta estaba torcida, ella la había puesto derecha —. Georgia, en lugar de manos, tiene patas —murmuró levantándose otra vez para colocarla bien.

En cuanto la giró, le fue a la nariz un olor rancio, húmedo. ¿Cómo podía ser si ella misma había lavado toda aquella ropa? Se inclinó y olfateó, no eran las prendas, estas aún desprendían

aroma a fresco. Sintió como una corriente leve de aire y abrió los ojos como platos. Palpó el fondo del armario y la madera se desplazó hacia un lado, la empujó hasta que el pasadizo fue lo suficientemente grande para que entrara un hombre corpulento. ¡Ya lo tenía!

Necesitaba una vela, allí dentro estaba tan oscuro como las entrañas del infierno. Encendió una que halló y, sin pensarlo dos veces, se internó en ese agujero. Tuvo cuidado de cerrar detrás de sí la puerta del armario, dejándolo todo en orden para que no sospechara nadie que había descubierto ese secreto.

A la luz de la llama de la vela, vio unas escaleras que bajaban, una rendija de luz que se colaba por lo que debía ser la vía de escape de la habitación donde había estado y, a su espalda, varias cajas mohosas. En esos momentos que se sentía intrépida por haber encontrado la forma de salir de allí, se entretuvo en mirar dentro. Los recipientes apilados estaban llenos de botellas de ron, iba a darse la vuelta cuando reparó en un cofre que no habría visto si no hubiera sido por el reflejo de la llama en unos abalorios que lo adornaban. Se agachó y levantó la tapa con cuidado. Cuál no fue su sorpresa al contemplar las monedas de oro y joyas que casi llegaban al borde. Quien creyera que a los Bullock les iban mal los negocios, evidentemente no habían visto la fortuna que escondían allí.

Las yemas de sus dedos tocaron aquellos tesoros con reverencia y tropezaron con una tela, ¿qué más guardarían? Al tirar de la suave bolsa, notó el tacto del terciopelo caliente, ¿cómo podía ser que estando rodeado de monedas frías lo sintiera templado? Una especie de vibración la acarició y la recorrió de la cabeza a los pies. Lo sacó de entre las monedas y, al desplegar la tela, se le cortó la respiración.

Capítulo 32

Lauren escuchó a todos los hombres a medida que iban llegando y ninguno de ellos traía noticias de Kathy. Nadie la había visto, lo que resultaba lógico; quien se la hubiese llevado no iría contándolo por ahí.

Michael había acabado apoyado en el muro, tenso como la cuerda de un violín. Esa noche acudiría a la cita con Bullock, no podía dejar que Kathy bregara ella sola con esos majaderos.

Derricks y Hawk volvieron juntos y vio la mirada que intercambiaban Lauren y el primero. Ambos hombres negaron con la cabeza ante la pregunta silenciosa de ella. ¿Qué estaba pasando allí?, se preguntó ella al ver su complicidad, cuando lo normal era que se trataran como enemigos acérrimos. ¿Qué había cambiado?

—Alguien tiene que saber algo —exclamó Lauren poniéndose en pie y dando un golpe sobre la mesa donde todos estaban reunidos bebiendo ron.

—Jefa, en la ciudad no hay nadie que hable —dijo Jackson.

Ella lo miró entrecerrando los ojos y salió al exterior, una vez fuera respiró grandes bocanadas de aire. Necesitaba pensar, intuía que Michael iría a la cita aquella medianoche y no lo podía consentir. Oyó unos pasos que se le acercaban y se giró rápido, no daba la espalda a nadie.

—Soy yo, soy yo —dijo Derricks, alzando las manos como demostrándole que no tenía nada que temer.

Ella lo traspasó con sus oscuros ojos.

—¿A qué viene esa camaradería con Hawk?

—Le he dicho que tu hermano llegaba y se ha alegrado. Ahora mismo están todos brindando por Walter.

—¿Cómo lo sabes?

—El Emerald ha sido visto por el vigía de Bretón. —El sol se estaba poniendo y Lauren supo que no vería a su hermano hasta el día siguiente—. ¿Por qué me da la impresión de que no te sorprende su llegada? —preguntó Derricks.

—No es que no me sorprenda, es que en estos momentos lo necesito.

—Me tienes a mí para lo que quieras. ¿Se trata de los primos?

—No exactamente. —Ese don que poseía Lauren le decía que no se fiara de ese hombre.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que quieras.

—Lo sé —dijo, aunque en esos momentos tenía serias dudas.

***

Las estrellas brillaban en un firmamento libre de nubes. Michael, que había esperado que la niebla le diera alguna ventaja a la hora de reunirse con Bullock, supo que no tendría esa suerte. Volvió dentro y le hizo un gesto con la cabeza a Lauren. Esta se reunió con él al pie de la escalera que conducía al piso de arriba.

—Necesito una pistola.

—¿Sabes usarla?

—Espero que sí.

Un ruido en el vestíbulo los cogió a todos por sorpresa. Walter había llegado acompañado de varios de sus esbirros, Candice y Wendy salieron corriendo al ver a sus hombres que entraban pisando fuerte. Lauren se encaró con su hermano.

—No esperaba verte hasta mañana.

—¿Así es cómo me recibes después de este tiempo en el mar? —La voz profunda del pirata resonó por toda la sala.

Con el alboroto, Scarlet apareció con fuentes humeantes que dejó encima de la mesa. Los hombres siempre estaban hambrientos cuando llegaban.

—Me imaginé que querrías disfrutar de tu nueva casa —dijo Lauren con una sonrisa genuina —. Después de todo me ha llevado mucho trabajo que la tuvieras terminada a tu regreso.

—Es lo que pensaba hacer hasta que vino Pemberton con el cuento de que un primo mío estaba aquí.

Michael, que se había levantado a la vez que Lauren, lo miraba con la misma fijación que el pirata. Se acercó a un Walter plantado con las piernas abiertas en la entrada del salón y con las manos en las caderas en actitud beligerante.

—Soy Michael Smith —habló tendiéndole una mano.

El capitán ignoró el gesto amistoso.

—¿Quién eres?

—Puedo explicártelo —intervino Lauren.

—Pues hazlo, mujer, ya sabes que mi paciencia tiene unos límites.

—Vamos arriba.

Michael iba a acompañarlos, pero Lauren le hizo un gesto para que se quedara abajo. Walter la guio hacia su habitación y miró alrededor, sorprendido de que alguien se hubiese tomado el trabajo de limpiarla. Cuando sus ojos negros repararon en las rayas de la pared, se quedó mirando.

—¿Qué es esto? ¿Quién lo ha hecho? Parece una carta de navegación.

—Lo hizo Michael, dijo que era el plano de la ciudad.

Walter reconoció lo que veía y se quedó observándolo un momento. Luego se dio la vuelta y clavó los ojos en los de su hermana.

—¿Quién es?

—¿No has notado que es idéntico a ti?

—No me he fijado —mintió. Desde que Pemberton le había dicho que tenía un primo en casa de Lauren que había sentido curiosidad, a la vez que temía que fuera un impostor, o algún bribón con malas intenciones. No se fiaba de nadie, ni de sus propios hombres. Sabía muy bien que no dudarían en clavarle un cuchillo por la espalda si bajaba la guardia.

—Pues yo misma lo confundí contigo, pensé que querías tomarme el pelo. —El soltó un gruñido—. Es un descendiente tuyo.

—¿Qué?

—Él y su mujer viajaron desde el futuro.

—No me lo creo, cuéntame eso.

Lauren le explicó todo lo que ellos le dijeron que había en el cuartucho secreto, y cómo al tocar una de las gemas habían terminado allí. Al ver la incredulidad en los ojos de Walter, buscó en el armario y encontró las ropas que ellos llevaban.

—¿Has visto alguna vez unas prendas así? ¿Qué me dices de los zapatos? —Mientras él miraba aquellos extraños pantalones, ella siguió—: Consulté mi bola de cristal, todo lo que dicen es cierto.

—¡Por las barbas de Neptuno! —exclamó el pirata.

Walter creía en ese don que tenía su hermana, muchas veces había comprobado en carne propia la certeza de lo que veía. Aun así, se le hacía imposible acabar de creérselo.

—Por mucho que me gustaría celebrar tu llegada, tenemos un problema. —Sacó de dentro de su corpiño la nota que encontraron clavada a la mesa y se la tendió a él.

—¿Quién es la «zorrita»?

—La mujer de Michael.

—¡¿El viejo Bullock quiere jugar?! —exclamó Walter con una carcajada—. Ha osado tocar a una Smith.

La rápida aceptación de sus explicaciones no sorprendió a Lauren. Sabía que su hermano había estado esperando que el viejo lo provocara para enfrentarse a él. En ese momento tenía la excusa perfecta.

—Pienso que no se creyó en ningún instante la historia del primo, y se la llevó para demostrarlo.

—Me importan muy poco los motivos de ese canalla. Hoy probará la fuerza de mi brazo —afirmó acariciando la empuñadura de su sable con una sonrisa socarrona.

Lauren tenía que hacerle entender antes de que su genio volátil lo lanzara hacia lo que para él

resultaba una diversión.

—¡Es una trampa! —dijo cogiéndolo por ambos brazos—. Te está esperando, y no solo él. Seguro que se ha rodeado de villanos que no dudarán en matarte.

—¿Te crees que no lo sé? Bullock es un cobarde.

—¿Y qué piensas hacer? —Lauren se retorcía las manos con preocupación.

—Eso déjamelo a mí.

Capítulo 33

Kathy recorrió los pasadizos con tiento, tratando de escuchar si alguien había dado la alarma. Nada. Aquello era como un laberinto, había túneles a los lados y no sabía por dónde iba. Sin embargo, no iba a desistir, caminando en línea recta, sabía que sería mejor que empezar a dar vueltas; a desandar sus pasos siempre estaba a tiempo. El recorrido la llevó a la salida camuflada con ramas, que daba justo detrás de un ciprés de los pantanos que quedaba frente a la puerta de la cocina. Imposible salir por allí, la encontrarían en menos de lo que canta un gallo y no podía arriesgarse. Seguro que habría alguna otra que la llevaría más lejos y tendría mejor oportunidad. Retrocedió y tomó un túnel a su derecha; mirando el suelo vio que una buena capa de polvo le indicaba que no era usado con frecuencia.

De repente, oyó un alarido, era Georgia.

—¿Dónde demonios se ha metido la zorra? —rugía—. La voy a matar... cuando la encuentre probará mucho más que mis bofetadas.

Afinando el oído se dio cuenta de que la voz llegaba desde el pasadizo que acababa de dejar. Se apresuró, en el que estaba parecía no tener fin, se le estaba consumiendo la vela y no había logrado salir de allí. Al fondo de lo que consideraba el camino al infierno vio algo, una luz tenue. Se apresuró antes de quedarse sin cera y llegó a una salida cubierta con tablones, a través de ellos podía ver que la luz del día se apagaba con rapidez. Olía a salitre y podía oír el rumor de las olas al estrellarse contra los guijarros de alguna playa. Ya no escuchaba los desvaríos de aquella lunática, imaginó que estaría lejos de la casa. Empezó a empujar las maderas por las que estaban más arriba, al ser bajita le costó un poco abrir un agujero para poder ver dónde estaba. Se desolló los dedos, pero no importaba, tenía la libertad al alcance de sus manos.

Cuando consiguió ver con claridad lo que había al otro lado, advirtió que se hallaba cerca de un embarcadero. A la luz plateada de la luna, parecía un paisaje fantasmagórico. Salió con tiento del túnel, tratando de no hacer ruido, miró alrededor y vio la casa y las chozas de los esclavos a lo lejos. Pensaba hacia dónde dirigirse, si a derecha o izquierda; la decisión equivocada la podía volver a las manos de aquellos miserables. Se apoyó en un tronco mirando a uno y otro lado, cuando escuchó la voz profunda de un hombre.

—Bullock, sé que estás ahí, sal y lucha como un hombre.

El vello de todo el cuerpo se le erizó. Intentando no hacer ruido se escondió detrás de ese árbol caído, entre la vegetación que esperaba la ocultara. Asomó la cabeza por un lado y allí, en medio del embarcadero, estaba Michael. Un jadeo se le escapó; y cuando estaba a punto de salir de su escondite, reparó en que tenía los cabellos y la barba más larga. Además, llevaba un tricornio sobre su cabeza. Su postura mostraba agresividad y chulería. No dudó ni un segundo de quién era: Walter. No le extrañó que todos desconfiaran de la identidad de Michael, eran iguales, solo cambiaba su postura y las greñas.

De repente, escuchó pasos a su espalda, se acercaba un grupo de hombres, según el ruido que podía escuchar. Se le escapó una palabra muy fea al darse cuenta de que Bullock acudía con sus esbirros. Todos contra uno. ¡Sería desgraciado!

—Vaya, Walter, dudaba que vinieras. —La voz de ese hombre le causó un escalofrío.

—Quizá me esperaba a mí. —Michael caminaba por la playa, ese sí era él y no podía creer lo que veía al vislumbrar las armas que colgaban de su cintura.

Bullock y los que lo acompañaban se detuvieron.

—¡Por todos los infiernos! —exclamó Jack—. Sois dos.

—Es mi primo.

—Yo creí que llevabas entre manos alguno de tus sucios negocios y que querías engañar a todo el mundo.

El pirata mostró una sonrisa blanca, burlesca.

—¿Y por eso te llevaste a mi prima? Te has saltado el pacto que teníamos de no molestarnos, Jack. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

El otro soltó una carcajada.

—Estás en desventaja, Walter, mira los hombres que me acompañan. Vosotros solo sois dos. No debe importarte mucho esa zorrita, cuando arriesgas su vida de esta forma. Debías venir solo. Esto tenía que ser una reunión entre nosotros para hablar de negocios.

—¿Me crees tan insensato? Ya veo que tú también has venido a hablar —añadió con sarcasmo Walter—. Eres un miserable cobarde que se esconde tras las faldas de una mujer y una panda de inútiles.

Bullock soltó un rugido que pareció la señal para que sus hombres sacaran las armas de sus vainas. En el mismo momento, del mar se levantaron como espectros tantos brutos que Kathy no los podía contar. A la luz de la luna podía ver que cada uno iba bien armado con puñales y espadas. ¡Walter había ido a rescatarla y ni siquiera la conocía! Pensar en ello la reconfortó, al mismo tiempo que unos temblores la recorrían entera al caer en la cuenta de que esos tipos iban dispuestos a luchar. Los ojos se le abrieron a punto de salírsele por las órbitas al comprender por las miradas burlonas que los truhanes que salían del agua se divertirían. Asomó la cabeza para ver a los otros y tenían la misma expresión. ¡Idiotas!

—¿Te atreves a decirme cobarde en mi territorio? —bramó Bullock.

—Demuéstrame que no lo eres. Ven aquí y arreglemos las cosas entre tú y yo —lo desafió Walter.

En ese momento, Georgia llegó corriendo, en sus manos empuñaba un puñal y una espada.

—Yo lucharé por ti, padre, te demostraré que puedo vencer a este filibustero —gritó plantándose al lado de Jack.

El hombre soltó varias blasfemias seguidas, mirando a su hija, enojado.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? —La furia iba dirigida a Georgia.

—Tú no puedes luchar con él. —Señaló su pierna tullida—. Yo lo haré y así te darás cuenta de que puedo comandar tu balandro.

Walter soltó una carcajada al escuchar aquello, algo que enfureció a Georgia, que se arrojó contra el pirata lanzando llamaradas por sus ojos. Él pareció esperarla con una sonrisa guasona en los labios. Cuando la mujer llegó a su lado en el embarcadero, con un movimiento que ella no vio venir, le dio un golpe con un pie al costado de sus botas y le hizo perder el equilibrio, la cogió por sus ropas a la altura del cuello y la inclinó al borde del muelle.

—¿Metiéndote en juegos de hombres, Georgia? —se burló él mientras la volcaba peligrosamente sobre el agua.

La ira brillaba en los ojos de ella.

—Has venido aquí para nada, Smith. La zorra se ha largado, ahora mismo debe estar calentando la cama de alguien mejor que tú.

Michael lo escuchó e iba a acercarse a ellos, quería sacarle la verdad a golpes a aquella fiera si hacía falta. Walter le hizo una señal negando con la cabeza y este se paró.

—Reza para que la encuentre antes de que sufra algún daño. Si no es así, te dejaré en manos de mi primo y no quisiera estar en tu lugar. —El tono de su voz causaba verdadera grima. Dicho esto, abrió los dedos que la sostenían y ella cayó al agua con un chapoteo y una maldición en la boca.

Kathy se encontraba más cerca de los Bullock que de los Smith; pensó que estos últimos tampoco la conocían y no sabía cómo reaccionarían al verla salir de su escondrijo. Podrían creer que era enemiga y blandir las armas contra ella.

Jack, al ver a su hija en el agua, bramó:

—¡Cien doblones para quien me traiga la cabeza de Smith!

Los hombres que había a sus espaldas se lanzaron al ataque y los otros avanzaron con igual determinación.

Kathy se cubrió la cabeza haciéndose un ovillo cuando escuchó el primer chocar de los aceros. A ese se le sumaron tantos que se encogió aterrorizada. Sabía que Michael estaba en aquella refriega y temblaba de miedo. Oía las exclamaciones de los hombres y sus pullas groseras, junto con juramentos que no había escuchado en su vida. Después de unos momentos, se atrevió a asomar la cabeza, necesitaba saber si tenía que alejarse de allí cagando leches, o, al contrario, si los Smith eran los que dominaban ese pandemonio. Claro que, al no conocer a nadie, le era

difícil distinguir nada. Solo era consciente de los mandobles que sacaban chispas a las espadas y de los que iban retrocediendo. Entre ellos vio a Georgia, que estaba recibiendo una tunda del que supuso un Smith, este apenas usaba la espada, solo para protegerse de los ataques de ella, y le daba patadas en el trasero. Por la expresión del hombre supo que se estaba divirtiendo.

De repente, vio a Michael, se defendía bien, parecía que estaba en su salsa. Se quedó mirándolo con la boca abierta. Si no lo conociera pensaría que era uno de esos filibusteros. ¿Es que no se agotaban esos hombres?, se preguntó al ver el ímpetu y la fuerza con que se atacaban los unos a los otros. Ella misma no podía evitar encogerse cada vez que veía los golpes que se daban.

Después de un rato que le pareció interminable, algunos de ellos empezaron a lanzar las armas y a retroceder ante la atenta vigilancia de varios brutos que mantenían las espadas levantadas. El ruido de los choques de los aceros empezó a menguar, hasta que Walter, con Georgia cogida de los pelos, se plantó ante Jack espada en mano.

—Bien, Jack, ¿no querías hablar?, ahora es el momento. —El hombre empezó a retroceder—. ¡Alto ahí! —gritó Walter con furia.

—Bruto, animal, salvaje —rugió Georgia al verse tratada de esa forma.

Ante el silencio de su enemigo:

—¿Dónde está la mujer? —preguntó Walter con frialdad, plantando a Georgia ante los ojos de Jack. Esta se removía como una gata salvaje.

—Te he dicho que ha desaparecido —gritó Georgia—. Por la mañana estaba y luego ya no he podido encontrarla.

—¡Si le ha ocurrido algo os voy a rebanar el pescuezo! —intervino Michael con esa voz muy parecida a la de Walter, y con la espada aún en la mano.

Ese fue el momento en que Kathy vio que ya no corría peligro. Se alzó de un salto y corrió hacia ellos. Lo que no tuvo en cuenta fue que uno de los hombres de Smith, creyendo que representaba un peligro, la atrapara por la cintura y la retuviera. Aquel movimiento y el jadeo que se le escapó a ella hicieron que varios hombres se giraran espadas en alto, pensando que aún había más esbirros de Bullock.

Michael miró hacia allí.

—¡Kathy! —exclamó—. Soltadla, es a quien buscamos. —Su voz de mando hizo que la liberaran de inmediato. Ella se abalanzó hacia él y se cogió a su cintura como si la vida le fuera en ello.

Michael la estrechó contra su cuerpo, la notaba temblorosa. No le extrañaba después de lo sucedido. ¿Cómo habría logrado escapar y llegar hasta allí?

Capítulo 34

Walter, al ver su propósito cumplido, lanzó a Georgia a los pies de su padre.

—Jack, controla a esta fiera si no quieres que cualquier día la descuartice. —Miró a su enemigo con dureza en los ojos—. Y en cuanto a nuestro pacto de no entrometernos el uno con el otro, lo has roto. Así que vigila tu espalda; si miras bien, siempre habrá alguno de mis hombres controlando tus movimientos.

Bullock parecía impasible hasta que oyó los cascos de un caballo al paso, encima del cual había atravesados los cuerpos de dos hombres bien atados.

—Pero... ¿qué diantres? —dijo al reconocer a Derricks y a Hawk.

—¿Creías que no descubriríamos que eran unos espías?

—Yo no sé nada de ellos.

—Me estás tomando por un necio como tú —añadió Walter—. No te equivoques, nunca he sido idiota. En cuanto Lauren me contó lo ocurrido supe que tenía alimañas entre mis hombres. No me costó mucho hacerlos hablar.

—Par de majaderos, sinvergüenzas. Es que no servís para nada —vociferó Jack.

Al escuchar aquello, Walter hizo una señal a sus hombres y estos tiraron al suelo a esos dos traidores, como la basura que eran.

—Ata bien a tus perros, Jack. —El ceño de Walter lucía furioso—. Si descubro a otro de tus bribones vendré a por ti. —Dicho eso abandonó el lugar, seguido de los Smith.

***

Ya en el salón de la casa de Lauren, Michael seguía con Kathy sobre sus rodillas. Parecía que no podía dejar de tocarla. Lo necesitaba para asegurarse de que la pesadilla había terminado. En esas cuarenta y ocho horas que ella permaneció desaparecida se dio cuenta de que su corazón latía por ella. No se había percatado de que lo suyo era mucho más que el fantástico sexo que compartían. No. La necesitaba a su lado, en su vida, y tuvieron que llevársela para comprender lo que esa mujercita representaba para él. En esos momentos que volvía a estar entre sus brazos, se sentía

completo, como si hasta ese instante le hubiese faltado algo. Nunca se había sentido tan posesivo, protector y... cautivado. Esa era la palabra que definía los sentimientos que ella le inspiraba. «¡Diantres!», se le escapó mentalmente esa exclamación que solía usar su abuela, la amaba. Ese era el motivo por el cual se había emborrachado y no había sido él mismo hasta que la había encontrado. Jamás se había sentido tan enloquecido como cuando ella desapareció. Habría dado la vida por ella. Al reconocerlo, se sintió liberado. Algo dentro de él aceptó de inmediato aquel sentimiento que le llenaba cada poro de su piel y le alegraba el alma.

Kathy escuchaba cómo habían descubierto que Derricks y Hawk eran los que la habían vendido a Bullock.

—De Hank puedo creerlo —decía Kathy—. Pero Derricks..., tenía la impresión de que entre vosotros había mucha confianza.

La mirada de Lauren era apesadumbrada.

—Me engañó, me usó. Me trataba bien para colarse en mi cama. Yo también lo creía más honesto. No podía creerlo cuando él mismo confesó que se sacaba unas monedas con Bullock. Que le había pagado bien para distraernos a todos, para mandar a las rameras que coquetearan con Michael para poder separarte de él. Lo tenían todo planeado.

A Kathy no terminaba que encajarle la historia.

—¿Y lo confesó así, sin más?

Walter estaba sentado al lado de su hermana, comiendo y bebiendo. Escuchaba la cháchara de las mujeres.

—Tuvo un poco de ayuda —dijo con la boca llena.

—No entiendo.

—Nunca confié en él —señaló Walter, tragando con un largo trago de ron—. Por eso ya no me lo llevaba en mis viajes, es de esos hombres capaces de convencer al mismísimo diablo de que es un ángel. Podía encontrarme con un motín a bordo en cualquier momento. Lo que hice fue decirle que cuidara de Lauren para que creyera que posaba en él toda mi confianza, a la vez que encargaba a Jackson que lo vigilara a él.

—Muy astuto, hermano, podrías habérmelo dicho —se quejó Lauren.

Walter pasó por alto el comentario de ella.

—Cuando Lauren me dijo que había algún traidor entre los hombres, no me fue difícil sacarle la verdad: que él y Hawk eran espías de Jack.

Kathy podía imaginarse cómo lo había conseguido.

Una vez con todo claro, Kathy empezó a picotear pescado de una fuente.

—Ponme un poco de ron —le dijo a Michael—. Deberías comer un poco —añadió, al ver que él no lo hacía.

A él le extrañó la petición de la bebida, aunque se imaginó que ante la experiencia vivida no le iría mal.

—¿Segura?

—Sí.

Le sirvió un poco, no quería que se le subiera a la cabeza.

—Sabes que no soy ninguna niña, ¿verdad? —Miró lo poquito que le había puesto.

Michael sonrió.

—No quiero que ocurra lo de la última vez.

—Por lo que tengo entendido, estuve muy graciosa.

Lauren rio por lo bajo por la absurda conversación. Walter los miraba a ambos, aún extrañado por la historia de que venían del futuro, pero si su hermana lo decía, él lo creía.

Kathy, después de unos tragos de ron, empezó a sentir una seguridad que le daba valor. Al principio había temido a Walter, él la miraba con el ceño fruncido, en esos momentos ya se había dado cuenta de que lo hacía para intimidar y se propuso no dejar que lo consiguiera con ella.

—¿Crees que le va a gustar lo que hemos hecho en su casa? —preguntó como de pasada.

Lauren sabía que sí, que hacía mucho tiempo que esperaba poder disfrutar de su mansión. Sonrió con los labios apretados.

Michael le cogió a Kathy una mano que tenía sobre la mesa.

—Estoy seguro de que me va a gustar —afirmó Walter—. Jackson me ha dicho que habéis estado trabajando mucho. De todas maneras, no tardaréis en descubrirlo, tengo la intención de volver a la isla esta misma noche para controlar cómo va la descarga del Emerald. Si no me gusta os mandaré unas balas encadenadas.

Kathy abrió mucho los ojos al escucharlo, mientras Lauren se reía a carcajadas, sabiendo que aquello era una broma de su hermano que solía usar a menudo.

—¿Qué me has traído esta vez? —preguntó la hermana.

Walter sonrió y sacó de su fajín un paquetito envuelto en una suave tela. Ella lo abrió con la esperanza de encontrar la gema que Michael y Kathy necesitaban para volver a su época. Su decepción fue mayúscula al ver una amatista, era preciosa, pero sabía que no ayudaba a su descendiente.

Al ver la piedra, Kathy recordó lo que había escondido en una de sus medias, lo que había encontrado entre los tesoros de Georgia.

—¡Dios, me había olvidado por completo! —exclamó saltando del regazo de Michael. Puso un pie sobre el banco y se levantó las faldas hasta el muslo.

—Kathy, esto no lo hagas delante de los hombres, pueden tomárselo como una invitación a... —Lauren calló al ver que sacaba un saquito de terciopelo de su media—. ¿Qué es eso?

Ella miró a Michael con los ojos verdes brillantes.

—Cuidado con tocarlo —advirtió Kathy.

—¿Es lo que yo creo? —preguntó Lauren notando la energía que envolvía el paquete.

—Sí.

Michael se contuvo de tocar aquello.

—¿De dónde lo has sacado?

Walter no entendía nada, no sabía de lo que estaban hablando.

—¿Qué diantres hay ahí?

—No lo toques —gritó Lauren cuando vio que alargaba las manos.

—La casa de los Bullock está llena de pasadizos secretos. Por el que escapé, salí a la playa, cerca del embarcadero.

—¡Viejo zorro! —exclamó Walter—. Por ahí debe ser por donde esconde los botines y luego dice a sus hombres que no han tenido éxito en los viajes. Tendré que mandar un mensaje a algunos que está engañando. Es posible que lo pasen por la quilla.

Lauren y Michael estaban más interesados en saber dónde había encontrado el corazón de jade.

—Entré por una trampilla escondida en el armario de Georgia. Allí mismo tiene varias cajas de ron y medio escondido hallé un cofre lleno de joyas, entre ellas... —Señaló el envoltorio.

—¿Estás segura de que es el mismo? —Michael no podía creer que aquella joya de su abuela hubiese pertenecido a sus enemigos.

—Lo es —afirmó Lauren—. Puedo notar su poder.

Walter necesitaba ver la gema que era capaz de trasladar a dos personas en el tiempo. Sin pensarlo dos veces, cogió el saquito y volcó su contenido sobre la mesa.

—¡Por las barbas del demonio! —exclamó al ver el corazón bellamente tallado—. Esta cosa me la robo Jack en un encuentro que tuvimos en el mar. El muy bribón aprovechó que el Emerald quedó medio baldado por una tormenta y nos aligeró la carga.

¡Qué vueltas que daba la vida!

Capítulo 35

A la tarde del día siguiente, Walter insistió en agasajar a Michael y Kathy en su nueva casa antes de que volvieran a su época. Quiso agradecerles que hubiesen colaborado en terminar de acondicionar su mansión. Para la ocasión, Mollie, la esclava que cocinaba, les preparó un suculento banquete con mariscos de la zona, tanto que se relamieron los dedos. A la mujer se le daba bien.

—No me iría mal que te quedaras, Kathy —bromeó Walter mientras se tomaba un ron en una exquisita copa—. Tú y Lauren juntas sois capaces de conquistar a todos los terratenientes de Nueva Orleans mejor que yo.

—Lo dudo —contestó Kathy con una sonrisa.

Durante toda la noche que habían pasado hablando de los planes de Walter con respecto a la ciudad, ella se dio cuenta de que pretendía hacer la vida de los habitantes más cómoda. Además, quería luchar contra el maltrato a la mano de obra barata, que eran los esclavos. Quería que los políticos españoles, franceses y estadounidenses llegaran a un consenso. Después de todo la población criolla era muy abundante y eran los que más derechos deberían tener sobre los que pretendían hacerse con el territorio.

—Entonces ¿estás decidido a dejar el pirateo? —preguntó Michael con una sonrisa en los labios.

—Sí, desde que Jean Lafitte navega por estas aguas, traficando y espiando para quien mejor le pague, nos está haciendo la vida imposible. Tiene amigos influyentes que hacen la vista gorda con él y nos persiguen a nosotros. Les daré la oportunidad a mis hombres de que sigan o se retiren conmigo. Necesitaré que lleven mensajes, y la astucia de algunos me vendrá muy bien. Hay algunos que pueden pasar desapercibidos si se les corta el pelo y las barbas. —Después de pensar un momento siguió—: Puedo decir que tu presencia aquí me ha allanado el terreno, cuando me presente vestido elegante y sin estos cabellos piojosos pensarán que soy tú, el misterioso primo del capitán Smith.

Michael soltó una carcajada.

—Mi abuela siempre decía que todo ocurre con algún fin. Tal vez se refiriera a este viaje al

pasado.

—Era sabia esa mujer. —Al decirlo se dio cuenta de que hablaba de alguien que ni siquiera había nacido, movió la cabeza—. Lo será, tú ya me entiendes. A propósito, ¿por qué no os quedáis un tiempo? Apenas nos conocemos.

Michel miró a Kathy, era consciente de su fascinación por todo lo que la rodeaba. No obstante, la preocupación por sus familiares y amigos que había dejado atrás ganaba la batalla a ese detalle. También podía imaginarse a sus propios padres y colegas.

—Imagino que comprenderás la angustia de todos los que nos quieren y que no saben qué ha sido de nosotros.

Walter y Lauren asintieron. Él sabía que su hermana se preocupaba mucho cuando estaba pirateando.

Esa noche fue mágica para Michael y Kathy, era la última que pasaban en aquella época. Ambos pensaban lo mismo, aunque ninguno de los dos se atreviera a expresarlo en voz alta. ¿Y si lo que había nacido entre ellos era fruto de aquella extraordinaria aventura? ¿Y si cuando estuvieran en su tiempo desaparecían esos sentimientos? Junto a estas preguntas se sumaba otra que los tenía en tensión: ¿y si el corazón de jade los llevaba a otra época que no fuera la suya?

Capítulo 36

Al despertar a la mañana siguiente, Kathy no podía ocultar su nerviosismo. Deseaba entrar en la habitación secreta y volver a casa, porque si aquella maldita piedra los llevaba a otro tiempo no sabía qué haría.

—Tranquila, todo va a salir bien. —Trató de animarla Michael.

Cuando bajaron, Lauren los esperaba en su lugar habitual en la mesa. Pudo percibir la tensión de ambos. Sonrió misteriosa.

—No sé si será buena idea que coma algo —dijo Kathy—. Si no recuerdo mal, la otra vez me entraron ganas de vomitar.

Eso sacó una carcajada a la mujer que la miraba, y la tomó de la mano.

—He preguntado a mi bola de cristal. —Los dos la observaron con expectación—. Os va a ir bien.

Michael soltó el aire que había estado conteniendo al escucharla, y Kathy asintió con la cabeza, a pesar de que seguía con las mismas preguntas que la acosaban la noche anterior.

Al terminar, Kathy le dijo si se podía quedar con aquellas vestimentas prestadas y Lauren afirmó encantada.

—Las guardaré como un tesoro.

—Sé que lo harás.

Subieron al cuarto secreto y, antes de entrar, se fundieron en un abrazo.

—Gracias por todo, Lauren. No puedo imaginarme lo que habría sido de nosotros sin ti a nuestro lado. —Kathy se hacía una ligera idea de lo que les podría haber ocurrido si de repente hubiesen aparecido entre todos aquellos bellacos.

Michael también la abrazó y, antes de separarse, su antepasada le susurró al oído:

—He visto un buen futuro compartido. Cuida del tesoro que representa una mujer como ella.

—Hay pocas cosas que se te escapen, ¿eh?

—No me hizo falta mi bola de cristal para darme cuenta. Te quiere.

Los dos entraron en aquel cuartucho y cerraron la puerta. El corazón de jade estaba encima de la mesa central. Los dos parecieron rememorar lo que habían hecho en la otra ocasión. Se

miraron a los ojos bajo la luz de una vela y cogieron aire con fuerza. Michael asintió con la cabeza y Kathy cogió la gema y la acunó entre sus manos como hiciera la otra vez, él se puso a su espalda y la envolvió en sus brazos, acunando las manos de ella de igual forma que en el primer viaje. La energía los envolvió y vibraron al igual que la otra vez, todo se desdibujó y rodó a su alrededor, obligándolos a cerrar los ojos.

Cuando pareció que todo volvía a la quietud, miraron y se encontraron en el cuarto secreto de la abuela Kristen, la luz estaba encendida y la puerta abierta. Michael cogía a Kathy con excesiva fuerza y aflojó el amarre.

—¿Estás bien?

—Sí, pero el corazón ha desaparecido.

Él se quedó un segundo pensativo, la soltó y miró en todas las superficies.

—No entiendo de magia, igual es una señal de que no volvamos a hacer este viaje.

—También desapareció la otra vez, y lo tenía Georgia.

—¿Qué quieres decir? ¿Que posiblemente se halle en algún lugar de Nueva Orleans? —Ella asintió—. Te aseguro que no pienso buscarlo.

—No ha sido tan malo después de todo. —Kathy estaba mucho más relajada.

—Seguro que no pensabas lo mismo cuando te raptó Jack.

—En eso tienes razón. Fue terrible, pero no tanto como...

—¿Qué ibas a decir? —Michael la animaba a terminar la frase.

—Cuando te vi en la playa con todos aquellos hombres dispuestos a cortar cabezas.

—Tienes que reconocer que no me las apañé tan mal.

—En eso te doy la razón.

—Ven. —Michael tiró de ella y bajó la escalera de la casa de su abuela, salió a la calle y allí estaba su jeep. Miró el teléfono y vio que marcaba el mismo día que habían viajado al pasado. Entró en la tienda, donde Darleen los saludó con una gran sonrisa en los labios.

—Veo que habéis encontrado los viejos disfraces de tu abuela, ¿no te pican esa peluca y esa barba?

Aquellas palabras les hicieron recordar que iban vestidos como dos siglos atrás. A Michael le había crecido el pelo de la cabeza y en la cara.

—Deben ser de buena calidad porque no pican nada —explicó más tranquilo al ver que no los habían echado en falta. Que el tiempo no había pasado en su época. Sintió en el apretón que ella le daba a la mano que la abandonaba la tensión.

Al salir de la tienda, a Kathy se le escapaba una gran sonrisa.

—¿Qué es eso tan gracioso?

—Que nos tendremos que inventar una fiesta de disfraces para volver a casa con estas pintas.

Él lo encontró gracioso y estalló en carcajadas. ¡Qué felicidad haber vuelto a casa!

Capítulo 37

Aquella noche, cada uno en su propia cama añoró al otro y no pudieron pegar ojo. Michael recordó lo que Lauren le había dicho al despedirse y supo lo que tenía que hacer. Se afeitó la barba y con una taza de café en las manos vio el amanecer desde su terraza. Esperó a que se levantara el día en la ciudad. Fue al peluquero y se cortó el pelo. Con una sonrisa en los labios pensó que ya no se parecía tanto a su antepasado. Cogió su coche y fue en busca de Kathy.

Cuando ella salió, se sorprendió de que la estuviera esperando y recordó la noche en vela que había pasado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al acercarse al coche.

—Sube.

—¿Ha ocurrido algo?

—No —contestó él incorporándose al tráfico.

—Tienes mala cara, Michael —observó ella.

—No he dormido muy bien, te he echado de menos.

Aquellas palabras reflejaban lo mismo que le había pasado a ella.

—Yo también.

Él desvió un segundo la mirada hacia ella.

—¿Pasaría algo si nos tomamos el día libre? —Michael pensó que necesitaba unas horas con ella.

—No hay problema. —Kathy sacó el móvil del bolsillo de su vaquero y llamó a Rebecca para avisarla de que no iría. Con eso solucionado, y viendo que él tomaba la ruta del puerto, habló—: Anoche me tuve que morder la lengua muchas veces para no contarle a mi madre lo ocurrido. —Él sonrió—. Si lo hubiese hecho ahora mismo me estaría acompañando a algún loquero.

Michael se carcajeó.

Cuando llegaron a los muelles desde donde se veía lo que quedaba de la isla de Bretón, en esos momentos Refugio Nacional de Vida Silvestre, el aparcó y salieron del coche.

—Es increíble que ayer mismo viéramos esta isla con la mansión de Walter. Creo que tardaré un poco en asumir esta aventura que hemos vivido —confesó Kathy.

—Nunca lo olvidaré —sentenció Michael—. Debo reconocer que hubo momentos en los que me sentí agobiado, pero no era por lo que estábamos pasando, no, era pensando en la angustia que estaría viviendo mi familia.

Él la cogió de la mano y empezó a pasear por la orilla del mar, con el sonido de las olas de fondo.

—Tú estabas viviendo tu sueño de niño.

—Y de adulto.

Kathy levantó la cabeza para mirarlo, no lo entendía.

—¿No me digas que sigues soñando en ser pirata? —La mirada esmeralda se clavó en los ojos oscuros de Michael.

—No, pero allí he encontrado lo que no me esperaba.

¡Qué críptico que estaba siendo, por Dios!

—Y eso ¿qué es?

—A ti. —Esas palabras la dejaron clavada en el suelo. Levantó la cara y él se inclinó y la besó de la misma forma que la besaba en aquella cama cochambrosa que tantos buenos momentos les había brindado. Al separar la boca de aquellos suculentos labios, se quedó a pocos milímetros de la piel sonrojada de ella—. Nunca busqué el amor, es algo que no tenía previsto. Sin embargo, allí estabas tú, mi compañera de viaje, mi aventurera. No sé cómo ocurrió ni pretendo saberlo, te has convertido en parte de mi vida, de mis sueños y de mi corazón.

Kathy se estaba dando cuenta de que, estuvieran en la época que estuvieran, lo amaba. Esa duda de qué ocurriría al volver a casa, él se la estaba despejando. Se lanzó a sus labios y enroscó los brazos en su musculoso cuello. Él la levantó contra su pecho y le devoró la boca. Al separarse vio el brillo en las lagunas verdes de sus ojos.

—Me di cuenta de que te amaba cuando estuvimos separados a la fuerza. Fue una gran revelación descubrir que te había entregado mi corazón, y una gran angustia al preguntarme si tú sentirías lo mismo. Luego mi cerebro dudaba que ese amor superara la barrera del tiempo. Llegué a pensar que cuando volviéramos, aquello que hacía latir mi corazón se quedaría en el siglo XIX. —La mirada esmeralda de Kathy no se separaba de la oscura mientras hablaba.

Aquellas palabras dibujaron una sonrisa de felicidad en la cara de Michael.

—Ahora ya sabes la respuesta. Nuestro amor es tan grande que supera la barrera del tiempo. Te amo.

Pasaron el día haciendo planes y contándose confidencias. Al anochecer, habían decidido que se irían a vivir a casa de la abuela Kristen.

—Eso va a ser un bombazo —advirtió Kathy—. Para todo el mundo hace menos y nada que nos conocemos.

—No me importa lo que piensen los demás. Hemos vivido lo suficiente para saber que somos almas gemelas. Que nos amamos. —Selló sus palabras con un beso ardiente que los hizo temblar a ambos. Tenían su felicidad al alcance de su mano y no dejarían que nada ni nadie se

interpusiera entre ellos.

Epílogo

Como habían supuesto, la noticia de que se iban a vivir juntos levantó muchas especulaciones. Nadie entendía lo que los empujaba a ello, no hacía ni un mes que se conocían, pensaban todos, y ellos se negaban a revelar lo ocurrido, los encerrarían en un loquero si hablaban de su viaje en el tiempo.

Kathy se trasladó al piso de Michael mientras llevaban sus cosas a la casa de la abuela Kristen, y, sin prisa pero sin pausa, acondicionaron el dormitorio, que fue lo único que quisieron cambiar. Sin embargo, no se deshicieron de nada, montaron los muebles en otra habitación y compraron una cama a la medida de Michael. Ella se había reído de lo lindo al verlo reticente a cambiar ese mueble.

—Tiéndete en la cama. —Lo había invitado.

Los pies de Michael colgaban fuera y ella se había carcajeado a su costa, logrando que accediera a cambiarla.

Las ropas personales de la anciana las colocaron en cajas en el desván, para hacer sitio en el armario para las propias. Los dos se habían llevado unas grandes sorpresas al subir y encontrar los auténticos tesoros que habían pasado de padres a hijos; reconocieron algunas piezas de vajilla, cubiertos y copas de la mansión de Walter. Todo estaba muy bien envuelto y se había conservado a la perfección.

Michael quería bajarlo, ella lo disuadió alegando que podía romperse. Así que lo dejaron embalado.

Ella seguiría trabajando en New Orleans History, junto a su tía Rebecca. También se haría cargo junto a Michael y Darleen de la tienda del bajo.

Meses después, una tarde, cuando Kathy llegó a casa, Michael estaba mirando un documental en el televisor mientras se tomaba una cerveza. Él había cambiado su turno laboral, ya no trabajaba por las noches, prefería pasarlas en compañía de aquella mujer que le había robado el corazón.

—¿Qué es eso que traes? —preguntó al verla cargada con varios paquetes grandes.

—Ábrelo —dijo al acercarse a besarlo.

—Luego. —De un tirón la hizo caer en su regazo. Ella rio al ser aprisionada contra ese pecho duro que le encantaba mordisquear.

—No, ahora.

—Aguafiestas —señaló él, pellizcándole el culo.

Al hacerlo se encontró con las prendas que habían traído del pasado, ella había construido unas urnas con el frente de cristal.

—Así se conservarán mucho mejor y les podremos contar cuentos a nuestros hijos y nietos.

—Te habrías llevado muy bien con mi abuela, estoy seguro de que te adoraría. —Dicho lo cual, la besó con hambre y terminaron haciendo el amor en el sofá de la sala, demostrándose ese amor infinito que había nacido dos siglos atrás.

El cuarto secreto lo mantenían cerrado, era como un santuario para ellos. Un domingo que estaban retozando en la cama sintieron una vibración, como si de repente un magnetismo extraño hubiese invadido el aire que los envolvía.

—¿Has sentido eso? —preguntó ella, separando los labios de la piel del pecho de él y mirándolo a los ojos.

—Estoy sintiendo muchas cosas, amor. Es por esa maravillosa boca que tienes, me vuelve loco. —Las pupilas de Michael estaban encendidas al clavarlas en aquella jugosa boca.

Kathy sonrió con picardía y se pasó la lengua por los labios guiñándole un ojo. Volvió a inclinarse y siguió mordisqueándole el pecho como a ambos tanto les gustaba, disfrutando de ese amor atemporal.

Nota de autora

Como siempre os digo, esta historia es fruto de mi imaginación, es toda ficción. Cualquier parecido que podáis encontrar con la realidad es pura coincidencia, aunque no creo que lo encontréis. Me he divertido mucho con la historia de Michael y Kathy, es mi primera incursión en los viajes en el tiempo y os adelanto que no será la última. Tengo previsto escribir la historia de uno de los personajes de esta misma novela. ¿Os atrevéis a especular sobre quién voy a escribir?

Si a ti también te ha gustado, házmelo saber en cualquier red social.
Facebook: Marian Arpa
Instagram: @marian_arpa
Twitter: Marian Arpa15

Los escritores nos alimentamos de vuestros comentarios. Muchas gracias.

Agradecimientos

Mi primer agradecimiento va dirigido a Lola Gude, quién me apoya en mis locas aventuras, la que me empuja a compartirlas con todas vosotras.

Otro va para Vero, con quien mantengo animadas charlas de donde salen tantas ideas que los días tendrían que tener cuarenta y ocho horas para poder darles vida a todas.

Y por último y no menos importante, para ti, que estás leyendo estas palabras. Muchísimas gracias por darles una oportunidad a Michael y Kathy. Espero que disfrutes de ellos como yo lo he hecho al escribir su historia.

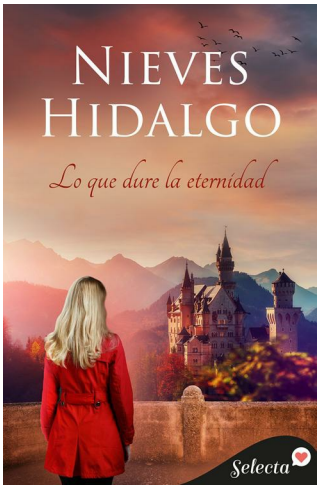
Un besazo a todas.

Si te ha gustado

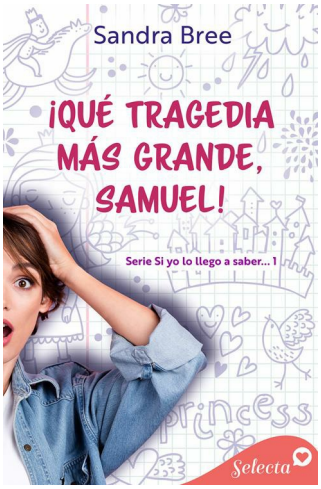
La tentación del corazón de jade

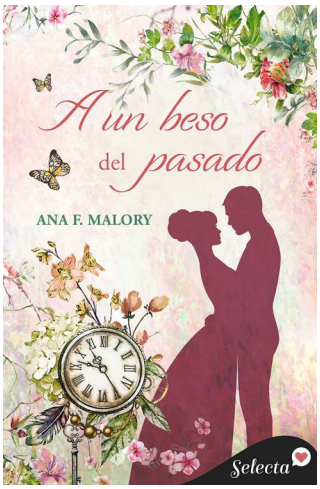
puedes disfrutar de estas

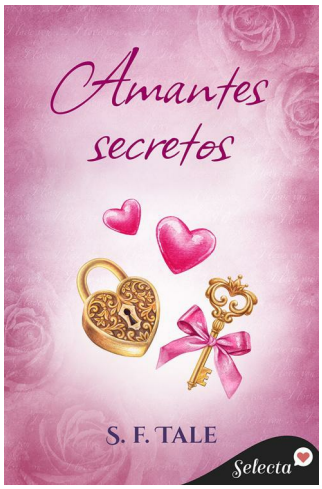









A un beso del pasado
ANA F. MALORY
Selecta


Amantes secretos
S. F. TALE
Selecta


Siempre en mi corazón
MAY BONNER
PIRATAS Y CABALLEROS 1
Selecta


Claudia Cardozo
Serie Hijas del pecado 1
Rebelde obsesión
Selecta

Las dudas y el no saber qué ocurrirá, serán los peores enemigos de Michael y Kathy.



Michael Smith es un policía de Nueva Orleans. A sus treinta años pierde a su abuela, la mujer que lo ha criado y que le ha hecho vivir una infancia feliz, llena de historias y cuentos de piratas. Cuando siendo un niño empieza a soñar con ser bucanero algún día, sus padres no ven bien las ideas que la anciana siembra en la cabeza del pequeño.

Kathy Bullock acaba de acabar sus estudios de Historia del arte y antigüedades, empieza a trabajar para una tía suya que le propone asociarse en su negocio. Un día recibe la visita de Michael pidiéndole ayuda para encontrar los tesoros de los que le ha hablado su abuela.

Ella percibe el amor que lo ha unido a esa extraordinaria mujer a quien todo el mundo ha respetado, incluida su tía, a pesar de que fue su competencia en los negocios.

¿Será cierto que la mujer posee tesoros?

Sin esperarlo se van a encontrar sumergidos en una increíble aventura de la cual no están seguros de cómo va a terminar. El miedo, la incertidumbre y el desconocido entorno, hacen que tengan que confiar el uno en el otro ciegamente. Aunque Kathy y su alma historiadora los va a poner en más de un aprieto.

¿Qué les espera al cruzar la puerta de la casa donde vivió la abuela de Michael?

¿Un amor que ha nacido en circunstancias adversas podrá sobrevivir a la aventura?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.



Edición en formato digital: diciembre de 2023

© 2023, Marian Arpa
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de DEPOSITPHOTO: Zeleniy9

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-15-1

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] En guardia.

Índice

La tentación del corazón de jade

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Marian Arpa
Créditos
Notas